
3 1761 08147138 5

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30.—Madr

GRAN COLOMBIA Y ESPAÑA

Ultimos tomos publicados:

VI.—*Tejas. La primera desmembración de Méjico*, por Carlos Pereyra.—3,50 pesetas.

VII.—*Ayacucho en Buenos Aires* y *Prevaricación de Rivadavia*, por Gabriel René-Moreno. 4 pesetas.

VIII.—*Apostillas á la Historia colombiana*, por Eduardo Posada.—3,50 pesetas.

IX.—*El Washington del Sur. Cuadros de la vida del Mariscal Antonio José de Sucre*, por B. Vicuña Mackenna.—4 pesetas.

X.—*Leyendas del tiempo heroico. Episodios de la guerra de la independencia americana*, por Manuel J. Calle.—4 pesetas.

XI.—*Los últimos virreyes de Nueva Granada (Relación de mando del virrey don Francisco Montalvo* y *Noticias del virrey Sámano sobre la pérdida del Reino)*, por Francisco Montalvo y Juan Sámano.—3,50 pesetas.

XII.—*El almirante don Manuel Blanco Encalada.—Correspondencia de Blanco Encalada y otros chilenos eminentes con el Libertador*, por Benjamín Vicuña Mackenna.—3,50 pesetas.

XIII.—*Junín y Ayacucho*, por Daniel Florencio O'Leary.—4 pesetas.

XIV.—*Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay*, por Carlos Pereyra.—3,50 pesetas.

XV.—*Rosas y Thiers. (La diplomacia europea en el Río de la Plata)*, por Carlos Pereyra.—3,50 pesetas.

XVI.—*Bolívar y las repúblicas del Sur*, por Daniel Florencio O'Leary.—3,50 pesetas.

XVII.—*Diario de un tipógrafo yanqui en Chile y Perú durante la guerra de la independencia*, por Samuel Johnston. (Introducción de Armando Donoso).—3,50 pesetas.

XVIII.—*Gran Colombia y España*, por Daniel Florencio O'Leary.

Biblioteca de la juventud hispano-americana

DANIEL F. O'LEARY

GRAN COLOMBIA Y ESPAÑA

(1819-1822)

NOTAS DE R. BLANCO-FOMBONA

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID
1919

—

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 21

LA FUNDACION DE COLOMBIA

(1819)

I.—Bolívar recorre y organiza las provincias del antiguo virreinato granadino.

Deseosos de manifestar la gratitud y reconocimiento del pueblo de Cundinamarca á los vencedores de Boyacá, que le habían devuelto el goce de sus derechos restituyéndole á la dignidad de hombres libres, los principales vecinos de la capital se reunieron en junta convocada por el gobernador político de la provincia el 9 de Septiembre de 1819.

Resolvióse en ella por unanimidad dar un voto de gracias al ejército y una corona de laurel á su digno jefe, y declaróse, además, que todos los que habían peleado en Boyacá eran acreedores á una medalla de oro con la honorífica leyenda de *Libertadores de la Nueva Granada*.

El 18 del mismo mes veinte preciosas niñas lujosamente ataviadas presentaron á Bolívar en la plaza principal de Santa Fe la corona, emblema de sus triunfos, á nombre de un pueblo agradecido; pero rehusó recibirla, diciendo con apropiada modestia que no era él, sino los jefes que le habían acompañado y los valientes soldados que habían derramado su sangre por la patria, los que la merecían.

A los pocos días de esta ceremonia y arreglado ya satisfactoriamente el régimen interior de las provincias emancipadas, partió á ponerse al frente del ejército que se estaba reuniendo en Cúcuta, despidiéndose de los granadinos con esta proclama:

«Granadinos:

»Desde los campos de Venezuela el grito de vuestras aflicciones penetró mis oídos, y he volado por tercera vez con el ejército libertador á serviros. La victoria, marchando siempre delante de nuestras banderas, nos ha sido fiel en vuestro país, y dos veces vuestra capital nos ha visto triunfantes. En ésta, como en las otras, yo no he venido ni en busca del poder ni de la gloria. Mi ambición no ha sido sino la de libraros de los horribles tormentos que os hacían sufrir vuestros enemigos y restituiros al goce de vuestros derechos, para que instituyáis un gobierno de vuestra espontánea elección. El Congreso general residente en Guayana, de quien dimana mi autoridad y á quien obedece el ejército libertador,

es en el día el depositario de la soberanía nacional de venezolanos y granadinos. Los reglamentos y leyes que ha dictado este cuerpo legislativo son los mismos que os rigen, y son los mismos que he puesto en ejecución.

»Granadinos: La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en una república, es el ardiente voto de todos los ciudadanos sensatos y de cuantos extranjeros aman y protegen la causa americana. Pero este acto tan grande y sublime debe ser libre, y si es posible unánime por vuestra parte. Yo espero, pues, la soberana determinación del Congreso para convocar una asamblea nacional, que decida la incorporación de la Nueva Granada. Entonces enviaréis vuestros diputados al Congreso general, ó formaréis un gobierno granadino. Yo me despido de vosotros por poco tiempo, granadinos. Nuevas victorias esperan al ejército libertador, que no tendrá reposo mientras haya enemigos en el Norte ó Sur de Colombia. Entretanto, nada tenéis que temer. Yo os dejo valerosos soldados que os defiendan, magistrados justos que os protejan y un vicepresidente digno de gobernaros.

»Granadinos: Ocho de vuestras provincias respiran la libertad; conservad ileso este sagrado bien con vuestras virtudes, patriotismo y valor. No olvidéis jamás la ignominia de los ultrajes que habéis experimentado, y vosotros seréis libres.“

Bolívar atravesó parte de las provincias de Tunja y del Socorro en su tránsito para Pamplona.

Parecía aquel viaje una marcha triunfal. En todas las poblaciones y á lo largo del camino le levantaban arcos, y de los lugares más apartados acudían los habitantes á rendirle sentidas y espontáneas manifestaciones de gratitud.

Con dificultad se abría paso por entre el inmenso gentío que se agolpaba en los caminos, que en circunstancias ordinarias están siempre desiertos.

Fecunda en bienes para esas comarcas y de grande utilidad para el país en general fué su correría por aquellas provincias: recogía datos sobre el estado de cada población, investigaba los males que les aquejaban y procuraba ponerles remedio él mismo, ó los recomendaba á la atención del vicepresidente. No perdía ocasión de excitar á los pueblos á que prestasen su cooperación al sostenimiento de la gran causa nacional que él defendía y propagaba como su principal campeón. A muchas de esas poblaciones eximió del pago de las contribuciones más onerosas, que en su sentir paralizaban la industria, y en otras distribuyó recompensas honoríficas que en nada gravaban el erario público.

Pero no arreglaba las dádivas que hacía de su propio peculio á la estricta economía que estableció en el manejo de las rentas del Estado. Antes de salir de la capital señaló pen-

siones de su fortuna privada á algunas de las viudas de los patriotas sacrificados por la venganza española y que en consecuencia habían quedado reducidas á la indigencia.

La lista en que ya figuraban los nombres de París, Baraya, Piedrahita, Olano é Ibáñez, se aumentó en este viaje con otros muchos no menos ilustres. Algunas de las pensiones subían á la suma anual de 1.500 duros, y ninguna bajaba de 500.

Mientras que así, con munificencia regia, remediaba las necesidades ajenas y atendía á las comodidades de otros, descuidaba las suyas casi en absoluto; no cargaba cama en su equipaje de campaña y su vestido era más sencillo y su mesa más frugal en esta época que la de muchos de los generales del ejército.

II.—Bolívar habla de terminar la emancipación americana en los países del Sur.

La columna realista que había sido expulsada del Socorro después de la acción de Boyacá, hizo alto en los valles de Cúcuta, donde fué batida por Soublette el 23 de Septiembre. Los cuerpos que éste mandaba tenían órdenes de reunirse al ejército de Apure, por la

montaña de San Camilo, y salir al llano cerca de Guasdualito (1).

El objeto de Bolívar al darles esta dirección, fué el de acostumbrarlos al clima en donde iban á prestar sus servicios en la próxima campaña é impedir la deserción de los reclutas, de que se componían aquellos cuerpos en su mayor parte, alejándolos de su país. Al marchar Soublette de Cúcuta, de conformidad con sus instrucciones, ocupóla luego al punto el general español La Torre con una lucida división. Era éste el ya tardío auxilio que enviaba Morillo en socorro de Barreyro, y atinó á llegar á tiempo que Bolívar y la división que iba á reemplazar á Soublette entraban en Pamplona. Al tener de ello conocimiento el jefe español, se detuvo en su camino, nada ganoso al parecer de encararse con el temido caudillo republicano.

Anzoátegui, destinado á mandar el ejército del Norte, llegó el 25 de Octubre al cuartel general en Pamplona.

Recibió en esto Bolívar noticias, si no alarmantes, en extremo desagradables de Angostura, las que no sólo contrariaban sus planes, sino que le obligaron á emprender marcha en el acto hacia aquella capital; pero antes de

(1) Véanse las instrucciones al general Soublette en el tomo XVI, pág. 444, de la correspondencia de *Memorias del general O'Leary*.

partir dejó instrucciones á Anzoátegui, encareciéndole sobre todo mantenerse á la defensiva y conservar á todo trance la importante posición de Chopo, caso que La Torre se atreviese á avanzar. Salió Bolívar de Pamplona; pero no había adelantado mucho en su camino, cuando el 19 de Noviembre le alcanzó un mensajero, anunciándole la muerte del general Anzoátegui, acaecida en Pamplona el día 15. Este triste acontecimiento le sorprendió grandemente, pues acababa de separarse de su valeroso teniente, dejándole en el pleno goce de la salud, lleno de noble ambición y de halagüeñas esperanzas.

Anzoátegui era un valiente y experto soldado; amaba á su patria tanto como aborrecía á España; la gloria militar y el odio á sus contrarios fueron los móviles de su conducta. Pérdida inmensa fué ésta para el ejército, tan prematura como sensible, y difícil de llenar era el vacío que dejaba. El día antes de recibir Bolívar la fatal noticia, le había escrito éste una larga carta en la que le refería las noticias que había recibido de Guayana y le hablaba de la necesidad en que se veía de forzar sus marchas para llegar á Angostura lo más pronto posible, con el fin de impedir los aviesos planes que algunos ilusos habían concebido durante su ausencia. Encargábale que guardase la mayor armonía con Santander, y

concluía con estas palabras: *Redoble usted, general, sus esfuerzos para aumentar y disciplinar el cuerpo que usted manda. Sea usted sobre todo muy vigilante. Cuide usted mucho de* La Guardia. *Recuerde usted que en ella tengo puesta toda mi confianza. Con ella, después que hayamos cumplido nuestros deberes con la patria, marcharemos á libertar á Quito; y quién sabe si el Cuzco reciba también el beneficio de nuestras armas, y si el argentino Potosí sea el término de nuestras conquistas.*

Acaso al fiar al papel estas palabras proféticas, sólo se propuso Bolívar despertar las nobles aspiraciones de Anzoátegui; empero los acontecimientos posteriores dejaron cumplida la predicción, la misma que dos meses antes había hecho al ejército en su proclama. *¡Soldados!*—decía—, *vosotros no erais dos mil cuando empezasteis esta asombrosa campaña; ahora que sois muchos millares, la América entera es demasiado pequeña para vuestro valor. Sí, soldados; por el Norte y Sur de esta mitad del mundo derramaréis la libertad. Bien pronto la capital de Venezuela os recibirá por la tercera vez y su tirano ni aun se atreverá á esperaros. Y el opulento Perú será cubierto á la vez por las banderas venezolanas, granadinas, argentinas y chilenas. Lima quizás abrigará en su seno á cuantos libertadores son el honor del Nuevo Mundo.*

III.—La picardihuela de Arismendi.

A pesar de las pruebas evidentes de patriotismo y desinterés que dió Bolívar con la instalación del Congreso de Guayana y con la abdicación que hizo ante él del mando supremo de que estaba investido, los celos ruines de algunos de sus compatriotas no quedaron aplacados, aunque aquel acto debió haberles impuesto silencio. El feliz desenlace de la campaña de Arauca no dejaba brecha alguna por donde asaltar la reputación del presidente; pero no bien se supo en Angostura, no sólo que había concebido el arriesgado proyecto de marchar sobre la Nueva Granada á atacar á los realistas, sino que realmente había invadido aquel país en lo más crudo del invierno, con menos de 2.000 hombres, cuando sus émulos, suponiéndole rodeado de dificultades, que le sería casi imposible superar, dieron rienda suelta á las pasiones, que por algún tiempo habian disimulado.

Sus enemigos personales calificaron la empresa de Bolívar como un abandono de los intereses de Venezuela; y algunos intrigantes, más atrevidos aún que los demás, trataron de forzar al Congreso á declararle desertor y

fuera de la ley. El vicepresidente Zea, Roscio y el virtuoso Peñalver, acompañados de los numerosos amigos que tenía Bolívar en Guayana, se opusieron enérgicamente á aquellos malos manejos. La conducta justiciera de estos buenos ciudadanos y la defensa que hicieron del presidente ausente, les atrajo no sólo las censuras de los turbulentos, sino mayores desagrados, pues se llegó hasta el punto de destituir al vicepresidente.

Contribuyó á dar pábulo á estas intrigas una ocurrencia acaecida recientemente. Ciertas faltas graves del general Arismendi en la isla de Margarita, hicieron necesaria la intervención del Gobierno, que ordenó al general Urdaneta le arrestase y remitiese á Angostura. Urdaneta refiere así este hecho:

"Agréguese á esto las nuevas dificultades que ofrecieron el general Arismendi y el gobernador Francisco E. Gómez y los demás empleados y militares de la isla. Debía Urdaneta exigir de ellos un contingente de 500 hombres para formar un batallón. Arismendi los ofreció á la llegada de Urdaneta, y cuando se trató de exigirlos para organizarlos empezó á evadir su entrega, diciendo que no era posible, porque los margariteños no querían salir de la isla, sino hacer la guerra allí, y que los jefes de los cuerpos también se oponían. Se dió cuenta al Gobierno, y en ausencia de Bolívar, que ya había salido para el ejército de Apure, contestó el vice-

presidente que el jefe de la expedición debía cumplir las órdenes que había llevado, porque sin esto faltaría la combinación en las operaciones que Bolívar iba á ejecutar sobre el Apure con las que esta expedición debía emprender sobre las costas de Caracas, y que de ello era responsable el jefe de la expedición.

»Autorizado así Urdaneta, se propuso hacer cumplir y reclamó de nuevo. Entonces se ocurrió en Margarita al ardid de fingir que había peste en la isla y establecieron un cordón sanitario entre el puerto de Juan Griego, donde residía Urdaneta, y el resto de la isla; pero descubierta la mentira, fué preciso recurrir á las vías de hecho. Arismendi y el gobernador fueron convocados á una conferencia, y habiéndose excusado en ella con la resistencia que hacían los jefes de los cuerpos á dar el contingente pedido, dispuso Urdaneta que todos los jefes fueran presos á bordo de un buque de guerra y que Arismendi y Gómez quedaran libres para entregarle dentro de tercero día los 500 hombres. Para este momento ya Gilmore se había separado del Estado Mayor por enfermedades, y se había nombrado para este empleo al coronel Mariano Montilla, que vuelto de la expedición que había hecho á Méjico con el general Mina, estaba en Margarita sin servicio. Este nombramiento lo aprobó el Libertador y dió á Montilla otros mandos, á que correspondió dignamente.

»El día fijado para recibir la recluta amaneció Arismendi con Gómez en la ciudad de Asunción con todos los hombres de la isla capaces de tomar las armas, y declaró por escrito que no podía cum-

plir las órdenes del Gobierno. Las tropas expedicionarias se encontraban situadas de este modo: la legión británica, en Pampatar, á las órdenes de English, es decir, al extremo Sur; 150 alemanes con 60 criollos, que mandaba el capitán Manuel Cala, recogidos de los hospitales y no margariteños, en el pueblo del Norte con el cuartel general; de manera que Arismendi, con toda la fuerza de la isla, quedaba interpuesto, privando toda comunicación por tierra. Se dispuso, pues, que el general Valdés fuese embarcado á Pampatar, competentemente instruído para dirigir las operacioness por allí, y Urdaneta quedó en el Norte, desde donde contestó á Arismendi que estaba resuelto á hacerlo obedecer por la fuerza.

»Tres días se pasaron en contestaciones, y cuando al cabo de ellos vió Arismendi que se le había de hacer cumplir la orden, se escapó de entre los suyos y vino á excusarse, diciendo que el general Gómez y todos los demás eran los que tenían la culpa. Bien se conocía ya la intriga, y que el principal objeto era entretener y cansar para que no se exigiesen los hombres y dejando órdenes á Montilla para todo evento y á Arismendi prevenido de no moverse del pueblo del Norte, se dirigió Urdaneta á la ciudad con un edecán á hablar con Gómez, el cual, como todos los demás allí reunidos, excusó su falta con Arismendi. Entonces le ordenó Urdaneta que licenciase todas las tropas, como lo hizo, en efecto, y que se abriese un juicio para descubrir quién fuese el culpable de inobediencia, resultando de él, por deposición de 27 jefes y oficiales, que era Arismendi el que promovía la insubordinación. Vuelto Ur-

daneta al Norte, recibió este sumario á las doce de la noche, pasó al instante á Juan Griego á asesorarse con el doctor Andrés Narvarte, quien opinó que debía procederse contra Arismendi por estar comprobado el delito. Volvió Urdaneta al Norte, hizo prender á Arismendi, y cuando amaneció, ya estaba á bordo de un buque de guerra para ser conducido á Guayana con el sumario, como sucedió."

En Angostura se hallaba Arismendi confinado desde el 21 de Julio, cuando empezaron á ponerse en juego las intrigas contra Bolívar y sus partidarios. El carácter de Arismendi y sus anteriores desavenencias con el presidente, inspiraron confianza á los facciosos que concurrían á su prisión como centro de la camarilla, donde salían á propalar al pueblo falsas noticias á fin de alarmarle y desacreditar al Gobierno, diciendo que á consecuencia de la invasión de Nueva Granada, y no teniendo los realistas ninguna fuerza respetable á retaguardia, marchaban sobre Guayana; que ya se aproximaban á la capital; que ya estaban en la orilla opuesta del Orinoco; que la apatía del vicepresidente crecía con el peligro, y por último, que era necesario que un gobierno militar sustituyese el de Zea, que carecía de energía para obrar en las críticas circunstancias en que se hallaba la república.

Tales patrañas ganaron terreno, y Zea, ya

fastidiado, se vió compelido á presentar su renuncia al Congreso, que de contado la admitió, y Arismendi salió de la prisión á ponerse al frente del Gobierno el 14 de Septiembre.

Si en verdad existía algún peligro que demandase medidas que sólo por el terror podían hacerse cumplir, la elección de Arismendi habría correspondido de lleno á las circunstancias, porque su carácter duro é inflexible no se dejaría guiar por consideraciones que hubieran influído en el ánimo de hombres de otro temple. Elevado á la primera magistratura, dictó algunos decretos característicos. Declaró de propiedad del Gobierno todos los cueros de ganado vacuno que se beneficiase en el territorio de la República, y había lugares de Venezuela donde el cuero de la res valía más que la misma carne; monopolizó también en favor del tesoro la venta del tabaco y de los licores espirituosos, que mandó adjudicar al mejor postor.

Cuando estaba tomando estas que llamaba él medidas vigorosas, llegaron á Angostura las noticias de las primeras victorias de Bolívar. Al principio no se les dió grande importancia, porque Bolívar no ocultaba al Gobierno los grandes obstáculos que se le presentaban, es decir, el peligro á que expondría al ejército la falta de cooperación de Páez, ni tampoco el lastimoso estado de las tropas des-

pués de la sangrienta batalla del Pantano de Vargas; pero todas las dudas se disiparon cuando llegó el boletín de la acción de Boyacá impreso en Bogotá.

Los amigos de Bolívar, que lo eran por lo mismo de la patria, recibieron las noticias con el mayor regocijo, y aunque no causaron disgusto á sus enemigos, éstos habrían dado un mundo por que hubiesen llegado algún tiempo antes, para que no se dudara de la sinceridad de su alegría. Arismendi, que había dado impulso á las intrigas y se había aprovechado de ellas, no fué el menos asombrado, como que él era el más culpable. So pretexto de llevar á efecto ciertas medidas de interés público, se puso en marcha para Maturin el 21 de Septiembre. Sus amigos le acompañaron á la playa y lo vitorearon al partir.

En justicia debo confesar que tanto durante su ausencia de Angostura, como en el tiempo que permaneció allí al frente del Gobierno, desplegó su genial actividad, allegando tropas y recursos para la continuación de la guerra. Algunas de sus medidas, sin embargo, estaban en completa contradicción con las disposiciones de Bolívar. El nombramiento de Mariño al mando del ejército de Oriente en reemplazo de Bermúdez, fué un paso inconsulto.

Seis semanas después anunció Arismendi

su próximo regreso á la capital. El 10 de Diciembre llegó á la Soledad, pueblo situado en la margen izquierda del Orinoco, frente á Angostura, desde donde oyó los alegres repiques de campana, las salvas de artillería y los cohetes y fuegos del otro lado del río, y fijando la vista con atención á la opuesta orilla, divisó las banderas republicanas ondeando al viento y las flecheras empavesadas. Lleno de contento por las demostraciones con que se festejaba su vuelta, despachó un edecán para anunciarla en forma á las autoridades y pedir una flechera en que trasladarse á la capital. Pasaron algunas horas y no parecía la flechera. Arismendi, cada vez más impaciente con la dilación, creyó, sin embargo, que "se preparaban á recibirle con gran pompa". Eran ya las cuatro de la tarde, y nada de flechera todavía; pensó entonces que las autoridades querían venir á su encuentro, para presentarle sus respetos y acompañarle á la ciudad.

Caía ya la tarde y había despachado, uno tras otro, dos mensajeros más, que tampoco regresaron; fastidiado de tanto aguardar, cruzó el río con solo su secretario en una pequeña canoa. Al aproximarse á la orilla, á puestas del sol, oyó otra salva de artillería, que suponía saludaba su arribo; desembarcó, y á pesar de las insignias que vestía, propias de su alto rango militar y de la magistratura su-

prema que desempeñaba, la gente pasaba á su lado sin tributarle la más insignificante señal de respeto. "¿Qué puede ser todo esto?" preguntó á su secretario. Cien voces que clamaban: "¡Viva Bolívar, vencedor en Boyacá!" fueron una clara pero terrible contestación á aquella pregunta. Un "Adiós, general" de su secretario, que lo había sido antes de Bolívar, pero que por debilidad se había adherido á Arismendi en los recientes cambios, vino á confirmar una idea que acababa de asaltarle: que sus amigos le habían abandonado.

Aquella mañana había llegado inesperadamente el Libertador á la capital. Su presencia produjo el doble resultado de restablecer la confianza pública y de matar al nacer la hidra de la discordia.

Con noble generosidad disimuló los torcidos designios de sus enemigos y no quiso investigar su culpable conducta, pues él no guardaba rencor, y así fué cómo á los pocos días confirió el mando en jefe del ejército de Oriente al general Arismendi y destinó al coronel Mariano Montilla al importante empleo de jefe de Estado Mayor de la división que conducía el general D'Evereux á Margarita.

Le valió esta política tantos amigos cuantos admiradores le habían granjeado sus proezas. La fracción de Arismendi quedó reducida á

su natural nulidad, y por primera vez desde que Venezuela se elevó al rango de nación, no hubo sino un solo partido: el de los defensores de la independencia.

IV.—En el Congreso de Angostura.

El Congreso envió una diputación á felicitar á Bolívar por sus victorias y á acompañarle á la sala del Congreso. Al presentarse en ella le cedió su asiento el presidente de la corporación, de conformidad con un decreto anterior en que se le acordaba esa distinción. Toda la población de Angostura acudió presurosa al palacio y á sus alrededores á presenciar el solemne acto de aquel día. Bolívar dió razón minuciosa de todo lo que había hecho durante su ausencia, en un discurso en que luce más que la elocuencia la sencilla modestia con que omitió la más leve mención de sus hazañas personales y el cuidado especial que puso en encomiar los servicios del ejército y los patrióticos esfuerzos del pueblo granadino.

«¡Señores del cuerpo legislativo!

»Al entrar en este augusto recinto, mi primer sentimiento es de gratitud por el honor infinito que se ha dignado dispensarme el Congreso, permitién-

dome volver á ocupar esta silla que no ha un año cedí al presidente de los representantes del pueblo.

»Cuando inmerecidamente y contra mis más fuertes sentimientos, fuí encargado del poder ejecutivo al principio de este año, representé al cuerpo soberano que mi profesión, mi carácter y mis talentos eran incompatibles con las funciones de magistrado; así. desprendido de estos deberes, dejé su cumplimiento al vicepresidente, y únicamente tomé sobre mí el encargo de dirigir la guerra. Marché luego al ejército de Occidente, que tenía al frente al general Morillo con fuerzas superiores. Nada habría sido más aventurado que dar una batalla en circunstancias en que la capital de Caracas debía ser ocupada por las tropas expedicionarias últimamente venidas de Europa, y en momentos en que esperábamos nuevos auxilios. El general Morillo, al aproximarse el invierno, abandonó las llanuras del Apure, y juzgué que más ventajas produciría á la república la libertad de la Nueva Granada que completar la de Venezuela.

»Sería demasiado prolijo detallar al Congreso los esfuerzos que tuvieron que hacer las tropas del ejército libertador para conseguir la empresa que nos propusimos. El invierno en llanuras anegadizas, las cimas heladas de los Andes, la súbita mutación de clima, un triple ejército aguerrido y en posesión de las localidades más militares de la América meridional, y otros muchos obstáculos, tuvimos que superar en Paya, Gámeza, Vargas, Boyacá y Popayán para libertar en menos de tres meses doce provincias de la Nueva Granada.

»Yo recomiendo á la soberanía nacional el méri-

to de estos grandes servicios por parte de mis esforzados compañeros de armas, que con una constancia sin ejemplo padecieron privaciones mortales y con un valor sin igual en los anales de Venezuela, vencieron y tomaron el ejército del rey. Pero no es sólo al ejército libertador á quien debemos las ventajas adquiridas. El pueblo de la Nueva Granada se ha mostrado digno de ser libre. Su eficaz cooperación reparó nuestras pérdidas y aumentó nuestras fuerzas. El delirio que produce una pasión desenfrenada es menos ardiente que el que ha sentido la Nueva Granada al recobrar su libertad.

»Este pueblo generoso ha ofrecido todos sus bienes y todas sus vidas en las aras de la patria, ofrendas tanto más meritorias cuanto que son espontáneas. Sí; la unánime determinación de morir libres y de no vivir esclavos, ha dado á la Nueva Granada un derecho á nuestra admiración y respeto. Su anhelo por la reunión de sus provincias á las provincias de Venezuela es también unánime. Los granadinos están íntimamente penetrados de la inmensa ventaja que resulta á uno y otro pueblo de la creación de una nueva república compuesta de estas dos naciones. La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas; es el voto de los ciudadanos de ambos países y es la garantía de la libertad de la América del Sur.

»¡Legisladores! El tiempo de dar una base fija y eterna á nuestra república ha llegado. Á vuestra sabiduría pertenece decretar este grande acto social y establecer los principios del pacto sobre los cuales va á fundarse esta vasta república.

»Proclamadla á la faz del mundo y mis servicios quedarán recompensados.»

El presidente Zea, en nombre del Congreso, dió las gracias á Bolívar con estas bellísimas palabras:

«Excelentísimo señor:

»Entre tantos días ilustres y gloriosos que V. E. ha dado á la república, ninguno tan dichoso como el de hoy, en que V. E. viene á poner á los pies de la representación nacional los laureles de que lo ha coronado la victoria, y á presentarle las cadenas de dos millones de hombres rotas con su espada. ¡Yo te saludo, brillante y memorable día, en que los principios soberanos del orden representativo reciben tan solemne homenaje del heroísmo, en medio de las aclamaciones de numerosos pueblos redimidos de la tiranía á fuerza de prodigios!

»En efecto, señores, no cabe en la imaginación lo que el Héroe de Venezuela ha hecho desde que dejó instalado este augusto Congreso, y asombra la perspectiva inmensa de lo que ya no puede menos de hacer. La empresa sola de pasar los Andes con un ejército fatigado de tan larga y penosa campaña, esta empresa atrevida en el rigor de la estación de las lluvias y de las tempestades, cuando torrentes impetuosos se precipitan de todas partes, cuando los ríos se convierten en mares, cuando desaparecen los valles bajo inmensos lagos, y no puede darse un paso sin peligro y sin horror, fluctuando siempre entre las aguas de la tierra y las que arroja el cielo; esta empresa sola pareció tan extraordinaria, que el

enemigo llegó á mirarla como un delirio militar. Así es que, sobrecogido de un terror pánico á la repentina aparición de nuestras tropas sobre las cumbres inhospitalarias de Paya, abandona una posición formidable, en que un puñado de hombres pudiera detener fuerzas inmensas.

»Vencida la Naturaleza, ¡qué oposición no presenta todavía un ejército tres veces más numeroso, bien disciplinado, bien provisto, estacionado en aquella frontera, y batiéndose siempre en posiciones ventajosas, Gámeza, Vargas, Bonza, Boyacá, bajo las órdenes de un jefe tan hábil como intrépido y experimentado!

»Pero todo cede al ímpetu rápido y terrible de los soldados de la independencia; apenas puede la victoria alcanzar al vencedor, y en menos de tres meses, la principal y mayor parte de la Nueva Granada se halla libertada por esas mismas tropas, cuya completa destrucción daba el virrey de Santa Fe por segura é inevitable. ¿Y qué hombre sensible á lo sublime y grande, en qué país capaz de apreciar los altos hechos y los altos hombres, dejará de pagarse á Bolívar el tributo de entusiasmo debido á tanta audacia y á tan extraordinarias proezas? Haber llevado el rayo de las armas y de la venganza de Venezuela desde las costas del Atlántico hasta las del Pacífico, haber enarbolado el estandarte de la libertad sobre los Andes del Oriente y los del Occidente, haber arrebatado en su rápida carrera doce provincias á la inquisición y á la tiranía, haber hecho resonar desde las ardientes llanuras de Casanare hasta las cimas heladas de los montes del Ecuador, en una extensión de más de cuarenta mil

leguas cuadradas, el grito heroico de independencia ó muerte, que cada vez repiten los pueblos con nueva energía y más intrépida resolución: tantos prodigios obrados por la salud del mundo interesado en la independencia de la América ¿no serán admirados, ni el genio á quien se deben obtendrá el premio que ambiciona?

»¡Qué! ¿No logrará él la unión de los pueblos que ha libertado y sigue libertando? Unión que es de necesidad para las provincias de Venezuela, las de Quito y las que propiamente constituyen la de Nueva Granada, de infinito precio para la causa de la independencia, de grandes ventajas para toda América, y de interés general para todos los países industriosos y comerciantes. La importancia en política es proporcionada á las masas como la atracción en la Naturaleza. Si Quito, Santa Fe y Venezuela se reunen en una sola república, ¿quién podrá calcular el poder y prosperidad correspondiente á tan inmensa masa? ¡Quiera el cielo bendecir esta unión, cuya consolidación es el objeto de todos mis desvelos y el voto más ardiente de mi corazón!»

Otros miembros hicieron elogios de las virtudes y hazañas de Bolívar y de sus compañeros de armas. Volvió éste á dirigirse á la asamblea repitiéndoles: *decretad la unión política de los dos Estados y habréis satisfecho mi más ardiente deseo y recompensado ampliamente al ejército por sus servicios.*

V.—La fundación de Colombia.

En Santa Fe, y en todas las provincias del tránsito y desde su llegada á Angostura, Bolívar no perdió ocasión de popularizar este vasto proyecto, que era el asunto favorito de sus conversaciones, en las que se complacía en demostrar las ventajas que de esa unión reportaría la América entera.

A sus íntimos amigos decía: *el plan en sí mismo es grande y magnífico; pero además de su utilidad deseo verlo realizado, porque nos da la oportunidad de remediar en parte la injusticia que se ha hecho á un grande hombre, á quien de ese modo erigiremos un monumento que justifique nuestra gratitud. Llamando á nuestra república Colombia y denominando su capital Las Casas, probaremos al mundo que no sólo tenemos derecho á ser libres, sino á ser considerados bastantemente justos para saber honrar á los amigos y á los bienhechores de la humanidad; Colón y Las Casas pertenecen á la América. Honrémonos perpetuando sus glorias.*

Los argumentos de Bolívar prevalecieron, y tuvo la dicha de ver triunfar sus nobles esfuerzos. La ley fundamental que constituyó la república de Colombia fué sancionada en An-

gostura el 17 de Diciembre, fecha memorable en los anales del país, por dos razones: porque fué el día del nacimiento de la gran república y el de la muerte de su fundador. En el período de los once años transcurridos de 1819 á 1830, el uno señaló su triunfo, el otro su muerte; en ambos días los amigos que le rodeaban oyeron de sus labios estas patrióticas palabras: *Unión, unión, ó la anarquía os devorará.*

La república de Colombia quedó constituída en virtud de la siguiente ley:

"El soberano Congreso de Venezuela, á cuya autoridad han querido voluntariamente sujetarse los pueblos de la Nueva Granada, recientemente libertados por las armas de la república; considerando:

„1.° Que reunidas en una sola república las provincias de Venezuela y de la Nueva Granada, tienen todas las proporciones y medios de elevarse al más alto grado de poder y prosperidad.

„2.° Que constituídas en repúblicas separadas, por más estrechos que sean los lazos que las unan, bien lejos de aprovechar tantas ventajas, llegarían difícilmente á consolidar y hacer respetar su soberanía.

„3.° Que estas verdades, altamente penetradas por todos los hombres de talentos superiores y de un ilustrado patriotismo, habían movido los gobiernos de las dos repúblicas á convenir en su reunión,

que las vicisitudes de la guerra impidieron verificar.

„Por todas estas consideraciones de necesidad y de interés recíproco, y con arreglo al informe de una comisión especial de diputados de la Nueva Granada y de Venezuela, en el nombre y bajo los auspicios del SER SUPREMO, ha decretado y decreta la siguiente ley fundamental de la república de Colombia:

„Artículo 1.° Las repúblicas de Venezuela y la Nueva Granada quedan desde este día reunidas en una sola, bajo el título glorioso de república de Colombia.

„Art. 2.° Su territorio será el que comprendían la antigua capitanía general de Venezuela y el virreinato del Nuevo Reino de Granada, abrazando una extensión con 115.000 leguas cuadradas, cuyos términos precisos se fijarán en mejores circunstancias.

„Art. 3.° Las deudas que las dos repúblicas han contraído separadamente son reconocidas *in sólidum* por esta ley como deuda nacional de Colombia, á cuyo pago quedan vinculados todos los bienes y propiedades del Estado, y se destinarán los ramos más productivos de las rentas públicas.

„Art. 4.° El poder ejecutivo de la república será ejercido por un presidente, y en su defecto por un vicepresidente, nombrados ambos interinamente por el actual Congreso.

„Art. 5.° La república de Colombia se dividirá en tres grandes departamentos: Venezuela, Quito y Cundinamarca, que comprenderán las provincias de la Nueva Granada, cuyo nombre queda desde hoy suprimido. Las capitales de estos departamen-

tos serán las ciudades de Caracas, Quito y Bogotá, quitada la adición de Santa Fe.

„Art. 6.° Cada departamento tendrá una administración superior y un jefe, nombrado por ahora por este Congreso, con título de vicepresidente.

„Art. 7.° Una nueva ciudad que llevará el nombre del Libertador Bolívar será la capital de la república de Colombia. Su plan y situación se determinarán por el primer Congreso general, bajo el principio de proporcionarla á las necesidades de los tres departamentos y á la grandeza á que este opulento país está destinado por la Naturaleza.

„Art. 8.° El Congreso general de Colombia se reunirá el 1.° de Enero de 1821 en la villa del Rosario de Cúcuta, que por todas circunstancias se considera el lugar más bien proporcionado. Su convocación se hará por el presidente de la república el 1.° de Enero de 1820, con comunicación del reglamento para las elecciones, que será formado por una comisión especial y aprobado por el Congreso actual.

„Art. 9.° La constitución de la república de Colombia será formada por un Congreso general, á quien se presentará en clase de proyecto la que ha decretado el actual, y que con las leyes dadas por él mismo, se pondrá desde luego, por vía de ensayo, en ejecución.

„Art. 10. Las armas y el pabellón de Colombia se decretarán por el Congreso general, sirviéndose entretanto de las armas y pabellón de Venezuela por ser más conocidas.

„Art. 11. El actual Congreso se pondrá en receso el 15 de Enero de 1820, debiendo procederse á

nuevas elecciones para el Congreso general de Colombia.

„Art. 12. Una comisión de seis miembros y un presidente quedará en lugar del Congreso, con atribuciones especiales que se determinarán por un decreto.

„Art. 13. La república de Colombia será solemnemente proclamada en los pueblos y en los ejércitos, con fiestas y regocijos públicos, verificándose en esta capital el 25 del corriente Diciembre, en celebridad del nacimiento del SALVADOR del mundo, bajo cuyo patrocinio se ha logrado esta deseada reunión, por la cual se regenera el Estado.

„Art. 14. El aniversario de esta regeneración política se celebrará perpetuamente con una fiesta nacional, en que se premiarán como en las de Olimpia las virtudes y las luces.

„La presente ley fundamental de la república de Colombia será promulgada solemnemente en los pueblos y en los ejércitos, inscripta en todos los registros públicos y depositada en todos los archivos de los cabildos, municipalidades y corporaciones así eclesiásticas como seculares."

Aunque la unión fué acordada por el voto unánime de los miembros del Congreso, la Nueva Granada sólo estaba representada en aquel cuerpo por una de sus provincias, la de Casanare. Por este motivo se convocó una asamblea constituyente que debía reunirse en el Rosario de Cúcuta, á discutir la gran ley nacional y confirmarla ó reformarla, con asis-

tencia de los representantes de las provincias libertadas.

El Congreso de Angostura, entretanto, nombró los magistrados principales el mismo día en que decretó la república de Colombia. Bolívar fué elegido presidente, y para vicepresidentes de Venezuela y Cundinamarca, respectivamente, se nombró al doctor Juan Germán Roscio y al general Santander.

Sólo la elección de Bolívar fué unánime, y no fué éste el único honor que se le tributó, pues también se recompensaron sus servicios con el título más alto que jamás podrá conferir un pueblo libre: el de Libertador de su patria.

Estos decretos causaron general contento en todo el país, y la popularidad del Libertador parecía crecer al par del crecimiento de la república.

La creación de Colombia puso el sello á los títulos que ya tenía su fundador á la inmortalidad. Con ese grande acto Bolívar dejaba de ser el caudillo afortunado, pues sólo como tal se le tenía en aquella época, para ocupar el alto puesto de primer magistrado de un Estado extenso y fuerte. Los mismos realistas parecieron acatar este cambio de fortuna; pero de todas las ventajas que él produjo fué la mayor el crédito que adquirió la nación en países extranjeros.

VI. — Los legionarios irlandeses del general D'Evereux. — El doctor Zea sale en comisión para Europa.

A pesar del cúmulo de negocios políticos que le traían ocupado, Bolívar no interrumpió los relacionados con la guerra. La legión que el general D'Evereux había levantado en Irlanda para el servicio de la república, empezaba ya á llegar á la isla de Margarita, que se había elegido como punto de reunión. Este hermoso cuerpo auxiliar habría servido útilmente al país si se hubiesen tomado precauciones convenientes; mas concurrieron varias circunstancias á inutilizar sus servicios y á contrariar el designio que les indujo á abandonar sus hogares para ir á países remotos á defender la causa de la libertad.

El Libertador tuvo por un momento la idea de ponerse á la cabeza de esos voluntarios y penetrar con ellos en la provincia de Caracas por la costa de Ocumare, mientras que el ejército del Norte llamaba la atención del enemigo hacia Barinas ó Barquisimeto. Si tal hubiese hecho, se habría abreviado el término de la guerra en Venezuela; pero los acontecimientos posteriores le obligaron á abandonar ese proyecto.

Destinó entonces al coronel Montilla á mandar, mientras llegaba D'Evereux, los cuerpos que estaban en Margarita y los que se esperaban, con órdenes de amagar la costa desde La Guaira hasta Portobelo, siempre que la fuerza disponible de la legión contara mil hombres, y si alcanzaba á dos mil debía ocupar á Caracas, desembarcando en Catia, Ocumare ó Choroní, según la posición del enemigo, y tomar á La Guaira después.

En seguida se dirigiría á Río Hacha y Santa Marta, en combinación con el general Urdaneta; mas no sin dejar bien guarnecidas á Caracas y La Guaira. Al almirante Brión se le ordenó convoyar esta expedición, que abriría operaciones en Enero, en tanto que las fuerzas de Cumaná y de Barcelona coadyuvarían, según sus instrucciones, al plan general de campaña.

En el corto espacio de dos semanas de incesante trabajo y diligencia, sentó Bolívar los cimientos de una gran república y dictó medidas capaces de asegurar su buena marcha en el interior y de fundar su crédito en el extranjero.

Con este fin nombró comisionado especial á don Francisco Antonio Zea, en cuyas luces y clara inteligencia tenía la mayor confianza. El estado caótico de la Hacienda nacional tenía en gran peligro el crédito de la república.

Los agentes que hasta entonces se habían enviado á Europa habían contraído deudas en nombre de la república, de las que el Gobierno no tenía ningún conocimiento, y diariamente se presentaban reclamaciones que no podían satisfacerse. Para poner término á este abuso llevaba Zea instruccionespara examinar todas las reclamaciones pendientes, consolidar la deuda y contratar un empréstito. Debía también solicitar el reconocimiento de la república de Colombia y ajustar tratados con las naciones que lo deseasen.

Ocupóse en seguida el Libertador en remitir armas y municiones para el ejército de la Nueva Granada, y en la noche del 24 de Diciembre partió de Angostura con destino á Bogotá.

ESPAÑA INICIA NEGOCIACIONES CON LOS AMERICANOS

(1820)

I.—Bolívar se dirige á Venezuela y regresa luego á Nueva Granada.—Promulga é impone el decreto del Congreso de Angostura sobre creación de Colombia.

Era el objeto principal del Libertador al dirigirse á Bogotá promover la pronta adhesión de las provincias libres de la Nueva Granada á la ley fundamental decretada por el Congreso de Angostura.

En el Socorro tuvo la satisfacción de saber que Santander, anticipándose á sus deseos, apenas tuvo conocimiento de aquel acto reunió á las autoridades y vecinos notables de la capital para que lo sancionasen. Y en verdad que ningún trabajo le costó obtener un voto de aprobación; porque era tanta la con-

fianza que se tenía en Bolívar, y tanta la gratitud del pueblo granadino por los servicios que le había hecho, aparte de la conveniencia de la unión que todos reconocían, que hubieran aprobado cuanto él les hubiese propuesto, seguros de que nada propondría que no tendiese al engrandecimiento de la patria y á su emancipación de España.

En su tránsito por Apure pasó revista á los diferentes cuerpos allí acantonados. De San Juan de Payara, el 16 de Enero de 1820 despachó al general Antonio José de Sucre á comprar armas en las Antillas, con fondos que con laudable empeño había reunido en Cundinamarca el general Santander. De Guasdualito y el Rosario escribió al vicepresidente de Venezuela y á Brión, Arizmendi, Urdaneta, Montilla y demás jefes que obraban separadamente, haciéndoles las más minuciosas prevenciones, á fin de que el plan general acordado en Angostura no fracasara. Nada descuidaba, todo lo preveía.

"En caso que el enemigo, decía al primero, anticipe sus marchas sobre nosotros por esta parte, mi conducta será muy prudente; y la del ejército de Apure debe ser muy audaz. El señor general Páez debe atacar y tomar la provincia de Caracas con la mayor resolución, y después ponerse á la espalda del enemigo que invada este territorio, y libertar el resto de Venezuela. El general Páez estará pronto

para ejecutar esta operación, luego que tenga la primera noticia; yo tengo la mayor confianza de que lo hará con el mayor acierto y suceso, tanto por su actividad y valor, como por la hermosura del ejército de su mando."

Y al general Páez escribía:

"No dudo que US. esté pronto á marchar al primer aviso que tenga de los movimientos que haga el enemigo contra nosotros con fuerzas considerables. Ya US. sabe que en este caso se debe arrostrar por todo, batir los cuerpos que hay en la provincia de Caracas y entrar por Trujillo y Mérida, tomándole la espalda al enemigo. Esta es en substancia toda la instrucción que doy á US. con respecto á sus operaciones. Si el enemigo se dirige hacia el Oriente, US. debe obrar del mismo modo, variando sólo de dirección, pero ocupando siempre á Caracas, aunque sea con un pequeño cuerpo; pero con un buen jefe á su cabeza, capaz de aprovechar los inmensos recursos de aquella capital. Entre los generales Torres y Guerrero debe recaer esta elección" (1).

Al saber la derrota del coronel Antonio Obando en el Sur y la ocupación de Popayán por Calzada, ordenó que marchasen en su auxilio los generales Valdés y Mires, con la

(1) Véanse los oficios del Libertador hasta su llegada á Bogotá. Tomo XVII, páginas 30 á 88, de la correspondencia de *Memorias del general O'Leary.*

división que por la salina de Chita había entrado en la Nueva Granada. Para la marcha de las tropas y para facilitar el transporte del armamento que Urdaneta debía conducir por el Orinoco y el Meta, aprestó embarcaciones y acémilas, acopió víveres en los diferentes puntos que señaló como etapas; en una palabra, arbitró cuantos recursos eran necesarios para facilitar la movilización del ejército y para la defensa de la frontera. Pero en lo que mostró particular empeño fué en encarecer al vicepresidente Roscio el pronto envío de las armas que tanta falta hacían en el ejército.

"Esta campaña, decía, no se ha emprendido casi sólo por esta causa, pues en tanto que no se cubra la Nueva Granada y no se disciplinen los batallones de Apure nada se puede hacer. Con dos mil fusiles en el Sur se toma hasta Lima, según el concepto favorable de las cosas por aquella parte. Con esta operación, ¡qué inmensa masa de fuerzas no reuniremos contra la España! La América entera sería libre con este golpe maestro."

El 3 de Marzo entró en Bogotá, y sin dar tregua á su constante afán, ocupóse al punto de su proyecto favorito, la reunión de las dos repúblicas, y con motivo de la adopción de la ley fundamental que creaba la república de

Colombia, dirigió á los colombianos el 8 del mismo mes esta proclama:

"¡Colombianos! La república de Colombia, proclamada por el Congreso general y sancionada por los pueblos libres de Cundinamarca y Venezuela, es el sello de vuestra independencia, de vuestra prosperidad, de vuestra gloria nacional. Las potencias extranjeras, al presentaros constituídos sobre bases sólidas y permanentes de extensión, población y riqueza, os reconocerán independientes, y os respetarán por vuestra consagración á la patria. España misma, al veros montados sobre las inmensas ruinas que ella ha aglomerado en el ámbito de Colombia, conocerá que sois hombres capaces de gozar de vuestros derechos y de la eminente dignidad á que son destinados todos los mortales por la intención de la Naturaleza. Sí; la España, agotada en recursos y en paciencia, abandonará nuestra patria al curso de su destino, recobrará la paz de que ha menester para no sucumbir, y nosotros recobraremos el honor de no ser españoles.

„¡Colombianos! Los crepúsculos del día de la paz iluminan ya la esfera de Colombia. Yo contemplo con un gozo inefable este glorioso período, en que van á separarse las sombras de la opresión para gozar los resplandores de la libertad. Tan majestuoso espectáculo me admira y encanta; con anticipación me lisonjeo de vuestra colocación política á la faz del Universo, de la igualdad, de la Naturaleza, de los honores de la virtud, de los premios del mérito, de la fortuna del saber y de la gloria de ser

hombres. Vuestra suerte va á cambiar: á las cadenas, á las tinieblas, á la ignorancia, á las miserias van á suceder los sublimes dones de la Providencia divina, la libertad, la luz, el honor y la dicha.

„¡Colombianos! Yo os lo prometo, en nombre del Congreso, que seréis regenerados: vuestras instituciones alcanzarán la perfección social; vuestros tributos abolidos, rotas vuestras trabas, grandes virtudes serán vuestro patrimonio, y sólo el talento, el valor y la virtud serán coronados.

„¡Cundinamarqueses! Quise ratificarme de si queríais aún ser colombianos; respondisteis que sí, y os llamo colombianos.

„¡Venezolanos! Siempre habéis mostrado el vivo interés de pertenecer á la gran república de Colombia, y ya vuestros votos se han cumplido. La intención de mi vida ha sido una: la formación de la república libre ó independiente de Colombia, entre dos pueblos hermanos. Lo he alcanzado. ¡Viva el Dios de Colombia!"

Por una coincidencia singular se publicó esta alocución el mismo día en que Fernando VII aceptó la constitución de Cádiz, proclamada por el autor de la insurrección de la isla de León, y en el mismo día en que los diputados al Congreso de Buenos Aires fueron arrestados por haber intentado subvertir las instituciones republicanas de aquel país, ofreciendo una corona al príncipe de Lucca.

II —Operaciones secundarias.

No me toca investigar las causas que produjeron la revolución de la Península al comenzar el año de 1820; diré, sí, que su influencia fué grande en los destinos de la América, pues no sólo la libró del peligro de invasión que la amenazaba, sino que debilitó el prestigio que España todavía conservaba en sus lejanos dominios, con el establecimiento de instituciones políticas que contribuyeron á debilitar la autoridad militar sin provecho alguno del pueblo.

El aspecto de las cosas era verdaderamente halagüeño para los independientes; el lazo que por muchos años había ligado el pueblo de Colombia á la nación española quedó al fin disuelto, y el amor de la independencia, limitado antes á cierta clase, ó más bien á ciertos individuos, se hizo ahora general. Las dificultades con que sólo los patriotas hasta entonces habían tenido que luchar, eran ahora comunes á ambos beligerantes. Mas sea dicho para honra de los españoles que ellos mostraron un valor y una constancia á la altura de los acontecimientos, y que, aunque perdida la popularidad de que habían gozado

en casi todo el país, no retrocedieron ante el peligro de su actual aislamiento.

Durante la ausencia del Libertador, en Cundinamarca nada había ocurrido de extraordinario, si exceptuamos algunas ventajas obtenidas por la flotilla independiente del Magdalena, el intento estéril de los realistas de recobrar la provincia de Antioquia y su triunfo en Popayán. Esta ciudad y todo el distrito cayó en sus manos, por la falta de valor y pericia del coronel Antonio Obando, que mandaba las fuerzas patriotas. Para reparar esta pérdida destinóse al batallón *Albión*, formado de las compañías inglesas, que tanto se habían distinguido en la última campaña, y de soldados de la provincia de Tunja, al mando del coronel Mackintosh, en apoyo del cual marchó luego una columna con el coronel Mires, para que, reunidas y á las órdenes del general Valdés, abriesen operaciones al Sur de la república.

Muy corta fué la estancia del Libertador en Bogotá, de donde salió el 20 de Marzo para Cúcuta, por ser su presencia allí más necesaria.

Los cuerpos del ejército estacionados en esa frontera al mando del general Urdaneta, estaban en perfecto estado de disciplina. Al llegar al Rosario de Cúcuta destacó al coronel Lara con una columna compuesta del ba-

tallón *Rifles* y de un escuadrón de caballería á ocupar el Valle de Upar para hacer una diversión en favor de la expedición del coronel Montilla, que había ocupado á Río Hacha, sin oposición, el 12 de Marzo, á los siete días de haber salido de Margarita; pero como no recibiese Montilla noticias del general Urdaneta, quien, según el plan de campaña, debía haber atacado á Maracaibo, fortificó la ciudad y marchó al interior, donde el coronel realista Sánchez Lima habia allegado una fuerza superior, con la que le salió al encuentro y le obligó á contramarchar. Sánchez Lima le atacó en seguida el 20 de Mayo y fué rechazado; pero sorprendido luego por Montilla en Laguna Salada, el 25 quedó completamente derrotado.

Á nada condujeron estos triunfos á causa de la insubordinación de una parte de la legión irlandesa, cuya conducta fué tanto más de sentirse, cuanto que impidió la reunión de Montilla con la columna de Lara, quien, después de vencer obstáculos de todo género, había logrado penetrar en el Valle de Upar. Montilla se vió obligado, en consecuencia, á evacuar á Río Hacha el 5 de Junio, después de licenciar á los irlandeses insubordinados. Lara, con su columna, continuó las operaciones en Valle de Upar y se abrió paso hasta Chiriguaná.

Entretanto el coronel Córdova logró algunas ventajas en el Alto Magdalena, y ocupó á Mompox el 22 de Junio, y en seguida las importantes posiciones de Tenerife y Barranca-Montilla, con el resto de la legión irlandesa y los otros cuerpos de su mando, salió de Río Hacha con rumbo á la boca del Magdalena, y desembarcando en Sabanilla siguió orillando el río hasta Soledad, donde se le reunió el coronel Córdova. Dió allí breve respiro á sus tropas, avanzó luego al interior de la provincia de Cartagena y forzó al enemigo á encerrarse dentro de las murallas de su capital.

III.—Vida que hacía el Libertador en Cúcuta el año de 1820.

Mientras esto sucedía, hallábase el Libertador en Cúcuta, si no desocupado, sí gozando de algún reposo, y era el primero que se permitía desde hacía muchos años. Algunos pormenores de la vida que allí llevaba y de la manera como distribuía su tiempo acaso no carezcan de interés para el lector.

Se levantaba á las seis de la mañana, se vestía y empleaba en el tocador apenas el tiempo necesario para el aseo de su persona.

De su cuarto de dormir, que le servía también de escritorio, pasaba á las caballerizas á ver los caballos, que hacía cuidar con esmero. Vuelto á su cuarto, leía hasta las nueve, hora en que se servía el almuerzo.

Acabado éste, recibía los informes del ministro de la Guerra, de su secretario privado y del jefe de Estado Mayor. Oíalos paseándose en el cuarto ó sentado en la hamaca, de la que se levantaba repentinamente cada vez que alguno de aquellos informes le causaba sorpresa ó llamaba su atención. Hacía que le leyeran en seguida los despachos y memoriales que se le dirigían y dictaba luego al punto su respuesta, por lo general concisa y siempre pertinente.

Como conocía á todos los oficiales del ejército y á los paisanos, sus vicios y defectos, y también sus servicios, le era fácil resolver sus peticiones sin perder mucho tiempo. El secretario generalmente comenzaba nombrando al postulante, y si el Libertador tenía alguna duda, preguntaba si era tal ó cual persona la que á él se dirigía; pero las más veces era innecesaria la pregunta, y entonces decía: *Ah, ya sé, solicita un ascenso, pero lea usted.* Después de oir la petición solía añadir: *Bien, la mitad de lo que dice no es exacto; pero es buen oficial; concédasele.* O bien: *No, ése de nada sirve.* El secretario entonces pasaba á otro me-

morial, y con un sí ó un no, quedaba resuelto el punto.

Sus decisiones eran á veces excéntricas: citaré, entre otras, las siguientes que me dictó á mí: Una señora, de edad algo avanzada, se casó con un oficial inglés; durante la vida de éste, había dirigido ella varias representaciones al Libertador, que las concedía por consideración al marido, pues aunque lo pedido no se oponía á la justicia, la concesión era materia de gracia. El oficial murió; pero la señora, que era en extremo avara, quiso seguir empleando el sistema que tan buenos resultados le había dado. A su primer memorial, el Libertador me dictó esta contestación: *Negado; ya murió el niño por quien éramos compadres.* Un general granadino, muy amigo suyo, le pidió el pago de sus sueldos atrasados, alegando el buen estado del Tesoro y la posibilidad de pagar la deuda, después de la emancipación de la Nueva Granada. La respuesta fué: *No hay fondos con que remediar las necesidades de los que han libertado la Nueva Granada; mucho menos los hay para cubrir los sueldos atrasados de los que la dejaron esclavizar.* El oficial citado tenía alto rango en el ejército el año de 1815. Un cura, cuyas opiniones habían sido siempre hostiles á la causa de la independencia, solicitó cierto favor. *Pídaselo al rey*, fué la respuesta. Cierto médico que se

aprovechó de la anarquía en que quedó Bogotá entre la fuga de Sámano y la llegada de Bolívar, para saquear algunos almacenes, solicitó el nombramiento de médico en el Estado Mayor, con el rango de teniente coronel. *Conténtese usted con lo que ha robado*, se escribió al margen de su petición.

El despacho de los asuntos oficiales ocupaba por lo regular tres horas, al cabo de las cuales concluía dando instrucciones á su secretario privado, para que contestase las cartas que no eran de mucho interés. Luego llamaba á un edecán de su confianza y le dictaba las de mayor importancia, siempre paseándose ó reclinándose en la hamaca, con un libro en la mano, que leía mientras el amanuense escribía la frase.

Expresaba sus pensamientos con gran rapidez. Cualquiera equivocación ó duda de parte del escribiente le causaba impaciencia. Algunas de sus cartas, que conservo en mi poder, contienen quejas contra el individuo que las escribía. *Querría decir mucho más; pero Martel está hoy más estúpido que nunca, si es posible.* En otra dice: *No tengo quien escriba por mí, y yo mismo no puedo hacerlo. Cada tercer día tengo que buscar un nuevo amanuense y sufrir una cólera con cada cambio. En ocasiones me veo tentado á publicar mis padecimientos en la* Gaceta, *para que se sepa la causa de mi silencio.*

Concluído este trabajo, leía hasta las cinco de la tarde, hora de la comida. Su mesa en aquel tiempo era muy frugal: sopa, carne asada ó cocida, aves y legumbres sencillamente preparadas, constituían la parte esencial de la comida, que terminaba con algún dulce. Agua era su única bebida.

Mas no era esta sencillez obra de la voluntad tanto como de la necesidad; porque cuando el mercado lo permitía, no faltaban ricas viandas y generosos vinos en su mesa.

Inmediatamente después de la comida, que rara vez se prolongaba por una hora, daba un paseo á caballo, acompañado de un edecán, y á veces de su secretario. En la noche conversaba un rato con sus amigos ó con los oficiales que le visitaban, y se retiraba á su dormitorio á las nueve de la noche; allí acostado en su hamaca, en la que por lo regular dormía, leía hasta las once.

Sus autores favoritos en aquel tiempo eran Montesquieu y Rousseau. Pero leía de todo, aunque daba la preferencia, en sus horas de ocio, á la historia. Tenía una memoria extraordinaria para fechas, nombres y sucesos, y no pocas veces repetía en la mesa páginas del autor que había leído, recordando las frases con muy poca variación del texto original.

Además de las ocupaciones de que he hablado, escribía frecuentemente artículos para

los periódicos, los cuales se publicaban en Angostura ó Bogotá. Caracterizaba sus producciones cierto estilo nervioso y contundente cuando discurría sobre negocios políticos; pero en los asuntos personales era su estilo severo y muy sarcástico. Solía divertirse en los ratos desocupados, si es que los tuvo aun en los meses que permaneció en Cúcuta, en hacer composiciones poéticas. No soy competente para juzgar del mérito de aquellas poesías; sin embargo, Olmedo, á quien no puede tacharse de juez incompetente en la materia, repetía con frecuencia, y hasta llegó á escribirlo, que si Bolívar se hubiese dedicado á la poesía se habría elevado sobre Píndaro.

IV. — Briceño Méndez, secretario de Bolívar; Salom, jefe de Estado Mayor.

Los coroneles Briceño Méndez y Salom y el teniente coronel J. Gabriel Pérez gozaban de su privanza en Cúcuta; el primero era entonces ministro de la Guerra. Era Briceño hombre de clara inteligencia, de carácter bondadoso y modales cultos. Nació en Barinas, de padres nobles y acaudalados, y contaba diez y ocho años cuando estalló la revolución: aceptando los principios que ella procla-

maba, no hizo más que seguir el ejemplo de su familia y sus propias inclinaciones. Ni los halagos ni las amenazas pudieron desviarle de lo que él consideraba el verdadero interés de la patria.

El año de 1813 le conoció Bolívar, quien le nombró su secretario, y honrado desde entonces con la amistad del general, siguió su suerte próspera ó adversa, con una fidelidad tanto más laudable cuanto que fué desinteresada, pues rehusó constantemente los grados militares que se le ofrecieron, y sólo después de participar de los peligros y fatigas de las campañas y de las penalidades y pobrezas del destierro, aceptó al fin el rango de coronel en 1818, más que por satisfacción personal, por acceder á los deseos de su jefe y amigo. Como ministro de la Guerra mostró talento y aplicación, y dejó á todos satisfechos. Sus maneras suaves y modestas hacían gran contraste con el genio variable é irascible del Libertador.

El coronel Bartolomé Salom, jefe de Estado Mayor, era el reverso de Briceño, por su índole; pero era el hombre á propósito para el destino que desempeñaba al lado del Libertador:

Por más extravagantes que fuesen las órdenes que éste le daba, era preciso que se convenciese de ser absolutamente imposible

cumplirlas para que opusiese la más leve objeción. Por ejemplo: se necesitaron en cierta osasión cien mulas para la marcha de un cuerpo; diósele la orden de conseguirlas pronto, porque el Gobierno no tenía ninguna en aquel distrito ni las había tampoco de alquiler; pero esto no era dificultad para Salom: las hizo buscar arriba y abajo, comprometiendo su crédito personal, y no fué sino cuando se convenció de que era imposible reunirlas á cincuenta leguas á la redonda y después de substituirlas con otro medio de transporte, cuando avisó al Libertador no haber podido cumplir sus órdenes al pie de la letra; jamás decía que no, ni que no se podía hallar lo que se necesitaba.

Su actividad era incomparable. Día y noche estaba en el trabajo, y sus ideas á este respecto eran raras, considerándose obligado á ejecutar toda especie de oficio, desde el suyo propio hasta el del último mecánico en la maestranza. Jamás tenía un momento desocupado. Dormía muy poco, y no le importaba ni la calidad ni la cantidad de su alimento; aunque muy aseado, una pequeña valija contenía todo su equipaje, y ni cuando el ejército se acuartelaba en las ciudades estaba su casa amueblada ni su bolsa llena. Jamás se vió á Salom pedir un favor.

V.—Los españoles inician negociaciones de paz, por orden de Fernando VII.

Pocos días después de la llegada del Libertardor á Cúcuta, se celebró el décimo aniversario de la revolución; con motivo de este fausto acontecimiento publicó la siguiente alocución:

«Diez años de libertad se solemnizan en este día. Diez años consagrados á los combates, á los sacrificios heroicos, á una muerte gloriosa... Pero diez años que han librado del oprobio, del infortunio, de las cadenas á la mitad del mundo.

»¡Soldados! El género humano gemía por la ruina de su más bella porción; era esclava y ya es libre. El mundo desconocía al pueblo americano: vosotros lo habéis sacado del silencio, del olvido, de la muerte, de la nada. Cuando antes era el ludibrio de los tiranos, lo habéis hecho admirar por vuestras hazañas y lo habéis consagrado á la inmortalidad por vuestra gloria.

»¡Soldados! El 19 de Abril nació Colombia: desde entonces contáis diez años más de vida.»

Fuera de su elocuencia, muy poco tenía el Libertador que dar al ejército. Unos cuantos pesos á los jefes y á los oficiales y un real á cada soldado era lo único con que podía recompensárseles; porque aunque eran relativa-

mente cuantiosos los recursos de la Nueva Granada, no alcanzaban á sufragar las necesidades y atenciones del Gobierno, y el dinero que se colectaba se invertía de preferencia en la compra de armas, de que había urgente necesidad.

Desde mediados de Abril recibió Morillo instrucciones para hacer jurar en Costa Firme la Constitución que el rey de España había aceptado y para entrar en negociaciones con los disidentes. Ignorando, ó pretendiendo ignorar, el paradero del cuartel general del Libertador, escribió á los diferentes jefes de las divisiones del ejército independiente y al Congreso reunido en Angostura, al mismo tiempo que se dirigía al Libertador, proponiéndole un corto armisticio con el objeto de tratar sobre la paz. El 4 de Julio se presentó el teniente coronel D. José María Herrera, ayudante de campo del general La Torre, en las avanzadas del ejército del Norte con pliegos para el Libertador. Esta era la primera vez, en el transcurso de la guerra, que se enviaba ó recibía por los beligerantes bandera de parlamento conforme al derecho de la guerra. Noticioso de su llegada, el Libertador se trasladó á San Cristóbal para recibir á Herrera y principalmente con el objeto de averiguar cuáles eran las impresiones que el nuevo orden de cosas había producido en el ánimo de

los jefes realistas y para contestar las comunicaciones que había recibido.

La Torre proponía suspensión de hostilidades por un mes para dar tiempo á que llegasen á Cúcuta los comisionados del general Morillo, que habían tomado otra dirección. Asintió el Libertador gustoso al armisticio, pero contestó á La Torre que estaba resuelto á no recibir los comisionados ni á oir sus proposiciones sino bajo la base del reconocimiento de la independencia de Colombia.

Transcurridos algunos días recibió una segunda carta de La Torre, que era el jefe de la vanguardia realista acantonada en Bailadores, á diez y ocho leguas de Cúcuta, acompañando un oficio del general Morillo en que éste decía al Libertador en sustancia: que ansioso de poner término á los males que afligían á aquellas provincias y de cumplir religiosamente con la voluntad del magnánimo rey de España, había dado credenciales á sus comisionados, quienes le explicarían el objeto de su misión. Que si como jefe del ejército había cumplido con su deber, como conciliador no se apartaría de las formas que acompañan á tan grato encargo. Que si antes había procurado, á pesar de las duras circunstancias de la guerra, minorar los males de una lucha de odios y de partidos, ahora haría cuanto de su autoridad dependiese para conseguir el fin deseado.

Que ignorando el lugar donde había fijado su cuartel general, había autorizado á los jefes de división que de él dependían á suspender las hostilidades y á poner este hecho en el conocimiento de los jefes independientes, y en fin, que había enviado también comisionados cerca del Congreso de Guayana, y á varios generales republicanos.

Bolívar contestó á Morillo el 21 de Julio:

«Tengo el honor de acusar la recepción del despacho que V. E. se ha servido dirigirme con fecha 22 de Junio desde su cuartel general de Valencia.

»La república de Colombia se congratula de ver rayar el día en que la libertad extiende su mano de bendición sobre la desgraciada España, y de ver á su misma antigua metrópoli seguirla en la senda de la razón.

»Resuelto el pueblo de Colombia hace más de diez años á consagrar el último de sus miembros á la única causa digna del sacrificio de la paz, á la causa de la patria oprimida, y confiado en la santidad de su resolución, expresada con la mayor solemnidad el 20 de Noviembre de 1818, de combatir perpetuamente contra el dominio exterior y de no reconciliarse sino con la independencia, me tomo la libertad de dirigir á V. E. la adjunta ley fundamental, que prescribe las bases únicas sobre las cuales puede tratar el Gobierno de Colombia con el español.

»Con la mayor satisfacción tengo el honor de ofrecer á V. E. esta franca declaración como preli-

minar de toda transacción entre nuestros respectivos Gobiernos, y como un testimonio de la rectitud que caracteriza á nuestro sistema liberal y representativo. El amor á la paz, tan propio de los que defienden la causa de la justicia, no será jamás ahogado por los dolientes clamores de la humanidad, antes inmolada en el transcurso de tantos horrores. V. E. puede contar con que no serán oídos el resentimiento ni el odio de aquellos intereses particulares que V. E. conceptúa como enemigos de la paz. Un solo grito resuena en Colombia: el de la Naturaleza, que reclama todos sus derechos, hollados y hundidos hasta ahora en los abismos del despotismo, que ha convertido en vasta desolación cuantos dominios fueron españoles.

»El armisticio solicitado por V. E. no puede ser concedido en su totalidad sino cuando se conozca la naturaleza de la negociación de que vienen encargados los señores Toro y Linares. Ellos serán recibidos con el respeto debido á su carácter sagrado. Entretanto, me refiero á mis comunicaciones con el señor general don Miguel de La Torre.»

Las contestaciones que Morillo recibió de los jefes independientes á quienes había escrito sobre el mismo asunto, demostraban la unanimidad que había entre ellos con respecto á la independencia. Todos rehusaron el armisticio propuesto, con la sola excepción de Bermúdez, que aceptó por algunos días una suspensión de hostilidades, por motivos de conveniencia. No se permitió en Angostura

desembarcar á los comisionados enviados á tratar con el Congreso. El vicepresidente Peñalver publicó un manifiesto en que acusaba á los españoles de sus anteriores actos de perfidia y alertaba á los pueblos á no confiar en sus falaces promesas.

Una vez seguro el Libertador de la fidelidad de sus subalternos, se resolvió á tentar la de los realistas y empleó contra Morillo el artificio que éste mismo había empleado por su parte con tan poco éxito. Todavía no estaba preparado para abrir la campaña contra Caracas, y creyendo su presencia innecesaria á la sazón en Cúcuta, salió para Cartagena á inspeccionar él mismo el estado de las tropas en aquella provincia, dar impulso á las operaciones contra Santa Marta y oir las proposiciones que el jefe realista que mandaba la plaza de Cartagena quisiese hacerle; porque ese jefe estaba, como Morillo, autorizado para entrar en negociaciones con los independientes.

Desde el 1.° de Julio había dirigido Bolívar á los españoles esta proclama:

«¡Españoles! Víctimas de la misma persecución que nosotros, habéis sido expulsados de vuestros hogares por el tirano de la España, para constituiros en la horrorosa alternativa de ser sacrificados ó de ser verdugos de vuestros inocentes hermanos. Pero

el día de la justicia ha llegado para vuestro país: el pendón de la libertad ha tremolado en todos los ángulos de la Península. Hay ya españoles libres. Si vosotros preferís la gloria de ser soldados de nuestra patria al crimen de ser los destructores de la América, yo os ofrezco, á nombre de la República, la garantía más solemne. Venid á nosotros y seréis restituídos al seno de vuestras familias, como ya se ha verificado con algunos de vuestros compañeros de armas.

»¡Americanos realistas! Entrad en vosotros mismos y os espantaréis de vuestro error.

»¡Liberales! Idos á gozar de las bendiciones de la paz y de la libertad.

»¡Serviles! No seáis más tiempo ciegos: aprended á ser hombres.»

El Libertador autorizó, al separarse de Cúcuta, al general Urdaneta y al coronel Briceño Méndez para recibir á los comisionados de Morillo y para entrar en negociaciones con ellos, sobre la base del reconocimiento de la independencia; pero sin concluir tratado alguno, ni aun siquiera un armisticio, sin su previo consentimiento.

Llegaron aquéllos el 18 de Agosto á San Cristóbal, é inmediatamente se dió principio á las conferencias, pero terminaron sin dar ningún resultado pacífico; porque el objeto de Morillo era obtener un armisticio, en tanto que llegaban los comisionados que esperaba

de España, y entonces entrar en arreglos sobre la base de las relaciones que existieran entre ambas partes, y según los límites de sus respectivas jurisdicciones, que serían consecuencia del armisticio propuesto. Los comisionados alegaban que no podía el rey reconocer la independencia de Colombia sin violar su juramento, porque la constitución reserva ese acto á las Cortes, y que envolviendo el reconocimiento una desmembración de la monarquía, se requería tiempo y calma para los arreglos necesarios; que el deseo de la nación española era poner término á las hostilidades, y con este propósito debía pronto enviar á América sus agentes para ajustar una liga y establecer relaciones comerciales, mientras se ponía definitivamente término á la guerra.

Con halagos de esta naturaleza procuraron inducir á los comisionados independientes á que entrasen en sus miras; pero en sus comunicaciones escritas solamente proponían: *primero, qne se adopte y jure en estas provincias la constitución política de la monarquía española y que se nombren y envíen inmediatamente diputados á las Cortes, en conformidad de lo que dispone la misma constitución; segundo, que en caso de adoptarse y jurarse la constitución española por los disidentes, S. M. conserve á sus actuales jefes el mando de las provincias*

que ocupan, por tiempo ilimitado, con subordinación al general en jefe del Ejército pacificador, ó bien al Gobierno de la metrópoli directamente. Urdaneta y Briceño rechazaron las ofertas con desdén, diciéndoles: que no estaban autorizados para sellar los males de Colombia, sometiéndola á la España, sino para promover sus intereses y derechos constituyéndola libre, independiente y soberana; si, pues, la misión de los comisionados españoles se dirige á este objeto, procederán con gusto á oir sus proposiciones; pero que, de lo contrario, protestaban firme é irrevocablemente que no responderían siquiera á ninguna proposición que se apartara de estas bases: *Los defensores de la justicia y de la libertad, lejos de ser halagados por ofertas de un mando ilimitado, reciben un verdadero ultraje al verse confundidos con las almas groseras que anteponen la opresión y el poder á la sublime gloria de ser los libertadores de su patria.*

Así terminaron las negociaciones; si no satisfactoriamente, al menos proporcionando algunas ventajas á los patriotas, sobre todo la de convencer á los realistas, si es que necesitaban de más convencimiento, de que los últimos años de una guerra tan larga habían servido para robustecer la resolución del pueblo y Gobierno de Colombia de ser independientes ó morir.

LA REGULARIZACIÓN DE LA GUERRA

(1820)

I.—Revista de Bolívar á las tropas del Magdalena.—El gobernador español de Cartagena.

El Libertador pasó revista á los diferentes cuerpos de la división del Magdalena, y en Soledad y Barranquilla conferenció con el almirante Brión y con el coronel Mariano Montilla, con quienes acordó las operaciones que deberían ejecutarse para estrechar el sitio de Cartagena y obligarla á rendirse ó á entrar en tratados. A este fin pasó á Turbaco, donde llegó el 26 de Agosto.

Allí se hallaba el cuartel general de la división que sitiaba á Cartagena; á su gobernador, el brigadier Torres, había contestado el Libertador desde Barranquilla el oficio en que á nombre del Gobierno español solicitaba una suspensión de armas para tratar sobre la paz. Asegurábale que nada era más conforme con

sus sentimientos como ahorrar calamidades á la humanidad afligida, y que con la mayor satisfacción trataría de paz y amistad con un jefe tan ilustrado. A lo que respondió Torres en casi los mismos términos que Morillo; pero llegó á imaginarse que el Libertador le concedería á él lo que le había negado á un general de la reputación de aquél, es decir, el sacrificio de la independencia de su patria. No pasaba Torres de ser un militar valeroso, pero sin las dotes de negociador. Su segunda carta, escrita en el desahogo de la vanidad burlada, causó agravio á Bolívar, que indignado por el estilo descortés del español, dictó á su secretario J. Gabriel Pérez esta respuesta característica:

"Señor: Al recibir S. E. la nota de US. de esta mañana, 29 de Agosto, arrojó la pluma que tenía en la mano y me ordenó contestarla.

„Es el colmo de la demencia, y aún más, de lo ridículo, proponer á la república de Colombia su sumisión á la España; á una nación siempre detestablemente gobernada; á una nación que es el ludibrio de la Europa y la execración de la América por sus primeras degollaciones y por sus posteriores atrocidades. ¡Cómo! ¿Podríamos olvidar centenares de victorias obtenidas contra las armas españolas? ¿Podríamos olvidar nuestra gloria, nuestros derechos y el heroísmo de nuestros soldados? ¿Cree US., señor gobernador, que la vieja y corrompida

España pueda dominar aún el Nuevo Mundo? ¿Cree US. que el Gobierno de esa nación, que ha dado el ejemplo más terrible de cuánto puede ser absurdo el espíritu humano, logre formar la dicha de una sola aldea del universo? Diga US. á su rey y á su nación, señor gobernador, que el pueblo de Colombia está resuelto, por no sufrir la mancha de ser español, á combatir por siglos y siglos contra los peninsulares, contra todos los hombres y aun contra los inmortales, si éstos toman parte en la causa de la España. Prefieren los colombianos descender á los abismos eternos antes que ser españoles...“

A la mañana siguiente salió el Libertador de Turbaco de regreso al ejército que había dejado en Cúcuta, habiéndole precedido su edecán el teniente coronel Diego Ibarra, con instrucciones para el general Urdaneta tocante á las operaciones que se iban á emprender contra Morillo.

El gobernador de Cartagena, indignado á su vez por los insultos que se le habían prodigado á la nación á que él se vanagloriaba de pertenecer, adoptó una resolución digna de un castellano. Ignorando la partida del Libertador, y esperanzado de poderle coger prisionero, insertó el oficio que éste le había dirigido en la orden del día y excitó á los españoles á vengar la injuria que se les había irrogado, y á vindicar el honor español. El 1.° de Septiembre hizo una salida de la plaza el re-

gimiento de *León*, sorprendió y derrotó los cuerpos sitiadores, pero sin obtener otra ventaja que la de dispersar temporalmente esas tropas, y bien fuese porque ignorase el resultado del ataque, bien porque temiese una celada, se retiró precipitadamente á la plaza después de cometer en Turbaco daños y tropelías completamente innecesarios. El Libertador recibió la noticia de este desastre estando en Mompox; pero sin causarle ninguna sorpresa, porque desde la víspera de su partida había indicado al coronel Montilla su poca confianza en los talentos del coronel Ayala, que tenía el mando en Turbaco, y la conveniencia de relevarlo con un jefe más competente.

II.—Preliminares del armisticio entre el Gobierno de Colombia y el de España.

Conociendo el Libertador los buenos efectos producidos por la comunicación establecida con los españoles, de que resultó la deserción de los americanos que servían en las filas realistas, pues era natural que se inclinasen á hacer causa común con sus paisanos, resolvió reanudar su correspondencia con el general Morillo. Muchas consideraciones, sin embar-

go, le hacían temer la adopción de tal medida; y era la principal de éstas la repugnancia de los jefes republicanos y de los ciudadanos de influjo á toda negociación con los realistas, á menos que la precediese el reconocimiento explícito de la independencia de Colombia. Gustosamente habrían ellos consentido en abandonar sus derechos al Sur de Colombia y al Istmo de Panamá, ó á cambiar esas porciones del territorio por las provincias de Venezuela y Nueva Granada que estaban todavía bajo el dominio español antes que *comprometer la dignidad* de la república con proposiciones que no estuviesen acompañadas de aquella condición. Mientras que Bolívar no convenía en ceder un palmo del territorio y sí estaba pronto á sacrificar las formas, con tal de obtener una ventaja por pequeña que fuese.

Imbuído en estas ideas, á su llegada á San Cristóbal el 21 de Septiembre escribió al general en jefe realista, anunciándole sus deseos de admitir el armisticio propuesto, con tal que se diesen á Colombia suficientes garantías. En su carta designó á San Fernando de Apure como el punto más á propósito para las conferencias; pues él decía que pensaba establecer allí su cuartel general hacia fines de Octubre. Morillo, que deseaba cordialmente la suspensión de hostilidades, no perdió

tiempo en dar su consentimiento y en nombrar como comisionado al general Correa, gobernador político de Venezuela; á don Juan Rodríguez de Toro, alcalde de Caracas, y á don Francisco González Linares, con instrucciones y orden de trasladarse á San Fernando.

El Libertador, entretanto, continuó su marcha para ponerse al frente del ejército, que se había movido hacia Mérida al recibir sus órdenes. Alcanzólo el 29 en el puente de Chama, fuerte posición que el enemigo abandonó después de intentar en vano destruir el puente. A la mañana siguiente cruzó el río toda la división, y el Libertador en persona persiguió al enemigo, á la cabeza de dos batallones de infantería ligera. El 1.° de Octubre entró en Mérida con solo su Estado Mayor; el enemigo había evacuado la ciudad el día anterior, y apenas llegó *La Guardia* se continuó activamente la persecución. Los realistas en su rápida retirada sufrieron mucho, y no pararon hasta no verse fuera de los límites de las provincias de Mérida y Trujillo. Los independientes, después de reposar un tanto en la capital, siguieron avanzando. El Libertador, que iba á la vanguardia, encontró á dos leguas de Trujillo una comitiva de reverendos monjes que venían á felicitarle. Estos piadosos patriotas, sin hacer caso de la fuerte lluvia que

caía, apenas divisaron á S. E. se desmontaron de sus gordas y briosas mulas, y al acercárseles el Libertador, un miembro de la comunidad le dirigió un discurso, al que ni la misma inclemencia del tiempo hubiera puesto fin, si Bolívar, con su genial viveza, no le hubiese cortado la palabra al oirle decir: *no habrá sacrificio que la comunidad no esté dispuesta á hacer por Colombia y su Libertador. El más grato servicio que podéis hacernos ahora, reverendos padres*—dijo el orador—, *es someteros á la privación temporal de esas buenas mulas en que habéis venido; hemos hecho una larga jornada y nuestros caballos están tan cansados como nosotros; no os molestéis, os lo suplico, en acompañarnos (á pie) al paso de vuestras mulas.* Los monjes, confundidos, con muchos suspiros y no pocas venias, consintieron en desmontarse, y el Libertador con su séquito pudo hacer el viaje con toda comodidad.

La contestación de Morillo á la carta que le dirigió el Libertador desde San Cristóbal, sufrió considerable retardo, debido á la dirección que se le dió, porque como uno de los objetos que éste se propuso al escribirla fué ocultar sus movimientos, fijó á San Fernando como el punto donde establecería su cuartel general en Octubre; ahora, para explicar el cambio de dirección que se había dado al ejército, y para acelerar las negociaciones, volvió

á dirigirse á Morillo en estos términos el 26 de Octubre:

"Aunque tuve el honor de ofrecer á V. E. ir á San Fernando á fines de este mes, no me fué posible, por haber enfermado el señor general Urdaneta, que debía mandar este ejército. Como no he recibido respuesta á mi comunicación de San Cristóbal, relativa al armisticio que se nos ha propuesto, sin duda por haber contado V. E. que mi marcha sería por Apure, me ha parecido conveniente dar ahora este paso, á fin de abreviar el término de esta negociación.

„Daré á V. E. una idea de las bases que propongo para el armisticio, con el objeto de que, si son asequibles, mande V. E. sus diputados á tratarlo y concluirlo en mi cuartel general:

„1.° Habrá un armisticio por cuatro ó seis meses en todos los departamentos de Colombia.

„2.° Este ejército ocupará las posiciones en que se encuentre al acto de la ratificación del tratado.

„3.° La división de la costa tomará posesión de las ciudades de Santa Marta, Río Hacha y Maracaibo, sobre las cuales están en marcha y probablemente debe rendirlas.

„4.° La división de Apure tendrá por línea divisoria todo el curso de la Portuguesa, desde donde le entra el río Biscucuy hasta el Apure, cuyas aguas también la dividirán del territorio español: por consiguiente, toda la provincia de Barinas y el territorio de Guanare, abandonado ya por los españoles, será ocupado por nuestras armas.

„5.° La división de Oriente conservará el territo-

rio que ocupe al acto de la ratificación del tratado.

„6.° La división de Cartagena conservará las posiciones que ocupe al acto de la ratificación del tratado.

„7.° La división del Sur conservará el territorio que haya dejado á su espalda en su marcha á Quito, y conservará las posiciones en que se encuentre al acto de la ratificación del tratado.

„Si alguno de estos artículos pareciese á V. E. contrario á los intereses de España, y no sea por consiguiente admisible, suprimiremos dicho artículo ó artículos, dejando por aquella parte abiertas las hostilidades. Esta es la prueba más convincente de la moderación de nuestras pretensiones, pues que cuanto pedimos tenemos verosímilmente la esperanza de obtenerlo por la fuerza, sin aventurar la suerte de ninguno de estos cuerpos de operaciones. Nada exigimos que á costa de muy pocos sacrificios no hayamos de conseguir, y yo conceptúo ser justo que se nos indemnice por las cesiones del artículo 3.° (que quizá no lo serán para cuando llegue el caso), de los inmensos gastos que tenemos que hacer para mantener tropas tan numerosas y en momentos tan favorables al éxito de nuestra causa; y puede estar cierto V. E. que sólo un vehemente deseo de allanar las diferencias que debemos transigir para terminar la guerra, me hace posponer los brillantes resultados de esta campaña al fruto de una negociación que nada nos promete por ahora de decisión."

El general Morillo, con fecha 29 del propio mes, contestó así:

"Excmo. Señor: En consecuencia de las indicaciones que se sirvió V. E. hacerme en su oficio de 21 de Septiembre próximo pasado desde San Cristóbal, confiaba en que se hallaría para fines de este mes, según me ofreció, en San Fernando de Apure, y bajo tal concepto se encontraban ya en Calabozo, de mi orden y prontos á pasar á dicha villa, el brigadier D. Ramón Correa, jefe superior político de estas provincias; el alcalde primero constitucional de Caracas, D. Juan del Toro, y D. Francisco González de Linares, con las instrucciones convenientes para acordar y tratar con V.E., como Presidente del Congreso de Guayana, las bases sobre que debía arreglarse el armisticio y el término de la guerra que aflige este suelo.

„El adjunto oficio es duplicado de la contestación que con dichos señores remitía á V. E. por aquella dirección á su primera carta.

„Las proposiciones que V. E. se adelanta á hacerme en esta segunda, no pueden algunas convenir á los intereses de la nación española, ni me considero autorizado para admitirlas; pero los comisionados que vendrán ahora á mi cuartel general, y pasarán al de V. E. inmediatamente, discutirán los artículos que comprende su citada carta, abrirán la negociación en virtud de sus poderes y de las instrucciones que llevan, y convendrán definitivamente sobre las bases en que deba fundarse el armisticio y la paz y unión que tanto desea el Gobierno constitucional de la monarquía.

„Mis deseos por conseguirla son los más sinceros: la buena fe y la franqueza de mis gestiones, desde el punto en que me hallé interesado para dar

estos pasos tan conformes á mis sentimientos y al bien de la humanidad, no pueden interpretarse, y V. E. debe conocer que para obtener la tranquilidad y entendernos, necesitamos suspender las armas, sin experimentar los graves perjuicios que se han seguido ya á la causa de la nación, desde que envié á V. E. mis primeros comisionados, perjuicios de mucha transcendencia que pesan sobre mi responsabilidad. Entretanto llegan los comisionados que vienen de Calabozo, continuaremos nuestras operaciones.“

III.—Estado de espíritu de los dos jefes adversarios y situación militar.

Algunas otras cartas se cruzaron entre Bolívar y Morillo, sobre el mismo asunto, antes de la llegada de los comisionados. Ocurrió, sin embargo, un incidente que estuvo á punto de interrumpir la correspondencia y de terminar bruscamente las negociaciones. El teniente coronel Pita, adjunto al Estado Mayor de Morillo, fué enviado por éste, so pretexto de acompañar un parlamentario independiente que regresaba á Trujillo; pero con el verdadadero objeto de sondear al Libertador, con respecto á la negociación pendiente. Este oficial fué recibido con la misma cortesía y hos-

pitalidad con que Morillo trataba á los edecanes de su rival, y naturalmente, fué invitado á la mesa del Libertador.

En el curso de la conversación, Pita dijo que estaba autorizado por el general en jefe para informar al Libertador de que si volvía á sus posiciones de Cúcuta, se facilitaría mucho la negociación. *Diga usted al general Morillo de mi parte*—contestó el Libertador, irritado—*que él se retirará á sus posiciones de Cádiz antes que yo á Cúcuta; dígale usted también que cuando fugitivo de mi patria, mientras él la estaba oprimiendo á la cabeza de un ejército numeroso envanecido con sus triunfos, yo acompañado por unos pocos proscritos, no temí buscarle; y que cuando apenas tenía á mis órdenes unas pocas guerrillas, jamás me retiré sino disputando el terreno palmo á palmo, y por último, que hacerme semejante proposición, ahora que cuento con un ejército más disciplinado y numeroso que el suyo, es un insulto que yo devuelvo con desprecio.*

A la mañana siguiente escribió á Morillo:

El teniente coronel Pita ha tenido la imprudencia de decirme que V. E. piensa que yo debo evacuar el territorio libre de Venezuela para volver á ocupar mis posiciones de Cúcuta. No es el Gobierno español el que puede dictar condiciones ultrajantes y altamente ofensivas á los intereses del Gobierno de la república de Colombia,

que hemos elevado sobre las ruinas arrancadas de las manos del ejército expedicionario.

La moderación con que Morillo contestó prueba su leal proceder y sus deseos de llevar á feliz término las negociaciones entabladas:

"Excmo. señor, decía: El teniente coronel Pita puso en mis manos el despacho de V. E. de ayer, y me ha sido bien sensible que se dé V. E. por entendido en su correspondencia conmigo de materias que no tienen relación con el contenido de mis notas oficiales. El carácter de Pita cerca de V. E. no ha sido otro que el de un mero conductor del pliego que tuve la honra de dirigirle, y las especies que haya producido con mayor ó menor ligereza deben reputarse como efecto de una conversación particular, que ninguna influencia puede tener en nuestras negociaciones, cuyo objeto por su naturaleza no debe estar al alcance, en estos momentos, de ningún oficial subalterno. La moderación y buena fe que dirige nuestros pasos, el espíritu de fraternidad que nos anima, en conformidad de las intenciones del Gobierno liberal de las Españas, que sólo desea la paz, la unión y el término de los desastrosos males que han afligido estos países, no pueden permitir que yo dirija á V. E. misiones ofensivas y ultrajantes, y los insultos y las amenazas no podían preceder á un tratado de reconciliación. Los despachos que he tenido el honor de dirigir á V. E. son el garante más seguro de la noble y franca conducta que he observado, y las proposiciones que ya

habrá oído V. E. de mis comisionados, la prueba más auténtica de nuestros pacíficos deseos. Si ellos, por desgracia de la humanidad, no fuesen atendidos, si la exaltación y las pasiones toman el lugar de la cordura y el buen juicio, los pueblos uzgarán de nosotros y podrán designar, sin equivocación, quiénes son el verdadero origen y la causa de la continuación de una guerra de hermanos que tiene horrorizado al Universo."

Entretanto, seguían su curso las operaciones militares, y las pérdidas á que Morillo había aludido en una de las cartas que he insertado, no eran exageradas. Entre otros oficiales americanos, el coronel Reyes Vargas desertó de las banderas españolas, é hizo teatro de una traición menos deshonrosa el territorio que antes había presenciado sus infamias.

En esta ocasión, como en la anterior, llevó al partido en que se afiliaba algo más positivo que la fe dudosa del desertor. Su influencia, á pesar de lo obscuro de su origen, era grande en el territorio occidental de Venezuela, y su natural sagacidad y conocimiento del país hacían muy valiosa su adquisición. Cuando Morillo se movió de Barquisimeto con 2.500 hombres de sus mejores tropas, Reyes con su guerrilla acosaba sus flancos y retaguardia, manteniéndole en constante alarma, y ni en Carache, donde el general realista estableció

su cuartel general, se vió libre de sus asechanzas. Morillo, en persona, tuvo que perseguirle con unos cuantos húsares, exasperado con la osadía del audaz guerrillero.

En Carache, que había sido el puesto avanzado del ejército independiente, se hallaba el escuadrón *Dragones* mandado por el comandante Mellao, á órdenes del coronel Juan Gómez, cuando Morillo se acercó al poblado.

La heroica resistencia de este puñado de valientes contribuyó á dar á la guerra, que hasta entonces se había señalado por rasgos de barbarie y crueldad, un nuevo carácter. Urdaneta refiere el episodio á que aludo en estos términos:

"No tardó Morillo en moverse sobre Carache con su ejército, compuesto de las divisiones La Torre y Tello, de infantería, y el regimiento de *Húsares de Fernando VII*, y aunque lo ocupó, como era natural, la retirada que hizo el coronel Juan Gómez le dió á conocer á Morillo con qué especie de gente tenía que combatir. Juan Gómez, al ver bajar por la cuesta de Carache al ejército español, separó de su fuerza todos los hombres que por enfermos, estropeados ó mal montados no convenían á su objeto, y los mandó retirarse seis leguas atrás al pueblo de Santa Ana, quedándose él con unos 30 hombres mandados por Mellao, con los cuales se adelantó á reconocer á Morillo antes que llegase al pueblo. Observado por Morillo, destacó sobre él una compañía de *Húsares*, la que no habiendo podido

intimidarle, fué reforzada con otra. Empezó Gómez á replegar ordenadamente, y cuando los españoles le estrechaban, volvía sobre ellos, los lanceaba, los hacía replegar y continuaba retirándose. Morillo tomó empeño en destruirlo y se puso en persona á la cabeza de todo el regimiento de *Húsares;* unas veces intentaba cortarle, lo que no consiguió, porque la vega del río Carache es angosta de un lado y otro; pero siempre repitió sus cargas, á las que Gómez correspondía haciendo frente, matando españoles y volviéndose á retirar. Así lo hizo por espacio de tres leguas, hasta que llegado al pie de la cuesta que llaman del Higuerote, donde concluyen las vegas de Carache, cansados los españoles de perseguirle sin poderle destruir y recibiendo ellos daños, le dejaron seguir. Gómez tuvo poca pérdida, y la que tuvo sirvió para dar una alta idea del ejército, porque habiendo perdido uno de los dragones su caballo, muerto en una de las cargas, y retirádose Gómez, quedó este hombre solo y á pie, y apoyándose sobre el cadáver de su caballo enristró su lanza é hizo frente á toda la caballería española y aun mató á dos; fué cercado y herido, teniendo ya rota el asta de la lanza, y así se defendía. Hubiera muerto, si Morillo, que lo observó, no hubiera gritado que salvaran aquel valiente. Fué conducido con varias heridas al hospital de Carache, y cuando algunos días después se entablaron las negociaciones que produjeron el armisticio, habiendo ido con pliegos del Libertador á Morillo el edecán de aquél, O'Leary, Morillo le habló de aquel hombre con entusiasmo y se lo entregó para que lo condujese al Libertador, sin exigir canje, y hasta le

regaló dinero. El Libertador devolvió por él ocho hombres de *Barbastro.*"

Ni Bolívar ni Morillo tenían prisa en venirse á las manos. El jefe republicano, á pesar del tono altanero que había usado en sus comunicaciones con el general realista, no se hallaba en condiciones favorables para asumir la ofensiva, tanto por la debilidad de sus fuerzas, que apenas bastarían á defender el país que recientemente había ocupado, como por la falta de municiones; á lo que debe agregarse que Morillo se mantenía en el país montañoso, donde la caballería patriota no podía obrar, y aun cuando así no fuese, estaba ésta muy estropeada y no había cómo remontarla; para el servicio de avanzadas se tenía que emplear los caballos de los oficiales. Pero como Bolívar poseía más que nadie el arte de infundir respeto al enemigo, haciéndole creer que contaba con fuerzas superiores, por medio de las más exageradas noticias, aunque al parecer verosímiles, se valió en esta ocasión de este ardid y logró engañar á su adversario, el cual, si hubiera avanzado de Carache unas pocas leguas, se habría convencido de que Bolívar no estaba en capacidad de resistirle.

IV.—El armisticio.—Tratado para la regularización de la guerra.

Los comisionados llegaron al fin á Trujillo, donde fueron recibidos por el general A. J. de Sucre y los coroneles Pedro Briceño Méndez y José Gabriel Pérez, nombrados por Bolívar para tratar con ellos. El ejército patriota se había retirado á Sabana Larga, llanura situada á siete leguas hacia el Sur de Carache. Durante las negociaciones suspendieron los dos jefes las hostilidades por consentimiento tácito; pero en el resto de la república continuó la guerra con vigor.

El Libertador, una vez persuadido de las miras pacíficas del general Morillo y de su ansiedad de obtener una tregua, dió instrucciones á los diferentes cuerpos del ejército de avanzar con cuanta celeridad lo permitiese la prudencia, á fin de ocupar la mayor extensión de territorio y las mejores posiciones para cuando se les notificara el armisticio. Estas órdenes fueron cumplidas en los más de los puestos militares, y en consecuencia se obtuvieron ventajas de mucha importancia; mas no se logró la ocupación de las costas del lago de Maracaibo desde Moporo hasta Gibraltar, que

tanto deseaba Bolívar, para tentar la ocupación de Maracaibo antes del armisticio.

Aunque impulsados por causas diferentes, como ambos partidos deseaban con igual ahinco llegar al mismo resultado, no se prolongaron las conferencias con inútiles debates, y el 25 de Noviembre se concluyeron dos tratados igualmente favorables para la causa de la humanidad, pero más que todo para la de la independencia de América. En el primero se ajustó un armisticio por el término de seis meses; cada uno de sus artículos favorecía á los colombianos. El segundo, que se tituló *Tratado para la regularización de la guerra*, hace tanto honor á los sentimientos humanitarios de Bolívar, que fué quien lo propuso y redactó, como á Morillo, que lo aceptó y ratificó.

Merece este singular documento un puesto especial en este libro, por ser obra de Bolívar y como prueba del extraordinario cambio que habían producido los acontecimientos de los últimos días en el ánimo de los beligerantes. Dice así el tratado:

«Deseando los Gobiernos de España y de Colombia manifestar al mundo el horror con que ven la guerra de exterminio que ha devastado hasta ahora estos territorios, convirtiéndoles en un teatro de sangre, y deseando aprovechar el primer momento de calma que se presenta para regularizar la guerra

que existe entre ambos Gobiernos, conforme á las leyes de las naciones cultas y á los principios más liberales y filantrópicos, han convenido en nombrar comisiones que estipulen y fijen un tratado de regularización de la guerra; y en efecto, han nombrado el excelentísimo señor general en jefe del ejército expedicionario de Costa Firme, don Pablo Morillo, conde de Cartagena, de parte del Gobierno español, á los señores jefe superior político de Venezuela, el brigadier don Ramón Correa; alcalde primero constitucional de Caracas, don Juan Rodríguez Toro, y don Francisco González Linares; y el excelentísimo señor presidente de la República de Colombia, Simón Bolívar, como jefe de la República, de parte de ella, al señor general de brigada Antonio José de Sucre, coronel Pedro Briceño Méndez, y teniente coronel José Gabriel Pérez, los cuales, autorizados competentemente, han convenido y convienen en los siguientes artículos:

»Artículo 1.° La guerra entre España y Colombia se hará como la hacen los pueblos civilizados, siempre que no se opongan las prácticas de ellos á alguno de los artículos del presente tratado, que debe ser la primera y más inviolable regla de ambos Gobiernos.

»Art. 2.° Todo militar ó dependiente de un ejército tomado en el campo de batalla, aun antes de decidirse ésta, se conservará y guardará como prisionero de guerra, y será tratado y respetado conforme á su grado hasta lograr su canje.

»Art. 3.° Serán igualmente prisioneros de guerra y tratados de la misma manera que éstos los que se tomen en marchas, destacamentos, partidas, pla-

zas, guarniciones y puestos fortificados, aunque éstos sean tomados al asalto, y en la marina los que lo sean aun al abordaje.

»Art. 4.º Los militares ó dependientes de un ejército que se aprehendan heridos ó enfermos en los hospitales ó fuera de ellos no serán prisioneros de guerra, y tendrán libertad para restituirse á las banderas á que pertenezcan luego que se hayan restablecido. Interesándose tan vivamente la humanidad en favor de estos desgraciados, que se han sacrificado á su patria y á su Gobierno, deberán ser tratados con doble consideración y respeto que los prisioneros de guerra, y se les prestará por lo menos la misma asistencia, cuidado y alivio que á los heridos y enfermos del ejército que los tenga en su poder.

»Art. 5.º Los prisioneros de guerra se canjearán clase por clase y grado por grado, ó dando por superiores el número de subalternos que es de costumbre entre las naciones cultas.

»Art. 6.º Se comprenderán también en el canje y serán tratados como prisioneros de guerra aquellos militares ó paisanos que individualmente ó en partidas hagan el servicio de reconocer ú observar ó tomar noticia de un ejército para darlas al jefe de otro.

»Art. 7.º Originándose esta guerra de la diferencia de opiniones; hallándose con vínculos y relaciones muy estrechas los individuos que han combatido encarnizadamente por las dos causas, y deseando economizar la sangre cuanto sea posible, se establece que los militares ó empleados que habiendo antes servido á cualquiera de los dos Go-

biernos hayan desertado de sus banderas y se aprehendan bajo las del otro, no puedan ser castigados con pena capital. Lo mismo se entenderá con respecto á los conspiradores y desafectos de una y otra parte.

»Art. 8.° El canje de prisioneros será obligatorio y se hará á la más posible brevedad. Deberán, pues, conservarse siempre los prisioneros dentro del territorio de Colombia, cualquiera que sea su grado y dignidad; y por ningún motivo ni pretexto se alejarán del país, llevándoles á sufrir mayores males que la misma muerte.

»Art. 9.° Los jefes de los ejércitos exigirán que los prisioneros sean asistidos conforme quiera el Gobierno á quien éstos correspondan, haciéndose abonar mutuamente los costos que causaren. Los mismos jefes tendrán derecho de nombrar comisarios, que, trasladados á los depósitos de los prisioneros respectivos, examinen su situación, procuren mejorarla y hacer menos penosa su existencia.

»Art. 10.° Los prisioneros existentes actualmente gozarán de los beneficios de este tratado.

»Art. 11.° Los habitantes de los pueblos que alternativamente se ocuparen por las armas de ambos Gobiernos serán altamente respetados, y gozarán de una absoluta libertad y seguridad, sean cuales fueren ó hayan sido sus opiniones, destinos, servicios y conducta con respecto á las partes beligerantes.

»Art. 12.° Los cadáveres de los que gloriosamente terminen su carrera en los campos de batalla ó en cualquier combate, choque ó encuentro enre las armas de los dos Gobiernos, recibirán los úl-

timos honores de la sepultura ó se quemarán cuando por su número ó la premura del tiempo no pueda hacerse lo primero. El ejército ó cuerpo vencedor será el obligado á cumplir con este sagrado deber, del cual sólo por una circunstancia muy grave y singular podrá descargarse, avisándolo inmediatamente á las autoridades del territorio en que se hallan para que lo hagan. Los cadáveres que de una y otra parte se reclamen por el Gobierno ó por los particulares no podrán negarse, y se concederá la comunicación necesaria para transportarlos.

»Art. 13.º Los generales de los ejércitos, los jefes de las divisiones y todas las autoridades estarán obligados á guardar fiel y estrictamente este tratado, y sujetos á las más severas penas por su infracción, constituyéndose ambos Gobiernos responsables á su exacto y religioso cumplimiento, bajo la garantía de la buena fe y del honor nacional.

»Art. 14.º El presente tratado será ratificado y canjeado dentro de sesenta horas, y empezará á cumplirse desde el momento de ratificación y canje; y en fe de que así lo convenimos y acordamos nosotros los comisionados de España y de Colombia, firmamos dos de un tenor en la ciudad de Trujillo á las diez de la noche del 26 de Noviembre de 1820. *Ramón Correa.—Antonio José de Sucre.—Juan Rodríguez Toro.—Pedro Briceño Méndez.—Francisco González de Linares.—José Gabriel Pérez.*

»El presente tratado queda aprobado y ratificado en todas sus partes. Cuartel general de Carache, 26 de Noviembre de 1820.—PABLO MORILLO.—*Josef Caparrós*, secretario.—(L. S.)

»Se aprueba, confirma y ratifica el presente tratado en todas y cada una de sus partes. Dado, firmado y sellado con el sello provisional del Estado, y refrendado por el ministro de la Guerra, en el cuartel general en la ciudad de Trujillo á 26 de Noviembre de 1820.—SIMÓN BOLÍVAR »

«Don Pablo Morillo, conde de Cartagena, teniente general de los ejércitos nacionales, y en jefe del expedicionario de Costa Firme. En consideración á que los señores brigadier don Ramón Correa, jefe superior político de Venezuela; don Juan Rodríguez Toro, alcalde primero constitucional de Caracas, y don Francisco González de Linares, mis comisionados para ajustar y concluir un tratado que regularice la guerra entre España y Colombia con los comisionados del excelentísimo señor don Simón Bolívar, presidente de la República de este nombre, han acordado y convenido el presente tratado de regularización de la guerra entre España y Colombia, el cual, constante de catorce artículos, ha sido firmado por ambas partes en la ciudad de Trujillo el 26 del corriente, á las diez de la noche. Por tanto, y hallándolo conforme á los poderes é instrucciones que comuniqué á mis dichos comisionados, he venido en aprobarlo, confirmarlo y ratificarlo, como lo apruebo, confirmo y ratifico en todas y cada una de sus partes. Dado, firmado de mi mano, sellado con el sello de mis armas y refrendado por el infrascrito, mi secretario, en el cuartel general de Santa Ana á 27 de Noviembre de 1820.—PABLO MORILLO. *Josef Caparrós*, secretario.»

«Simón Bolívar, Libertador Presidente de la república de Colombia, etc., etc., etc.

»Por cuanto los señores general de brigada Antonio José de Sucre, coronel Pedro Briceño Méndez y teniente coronel José Gabriel Pérez, mis comisionados para ajustar y concluir un tratado que regularice la guerra entre España y Colombia, con los comisionados del excelentísimo señor general en jefe del ejército expedicionario de Costa Firme, don Pablo Morillo, conde de Cartagena, de parte del Gobierno español; señores jefe superior político de Venezuela, brigadier don Ramón Correa; alcalde primero constitucional de Caracas, don Juan Rodríguez Toro, y don Francisco González de Linares, han acordado y convenido el precedente tratado de regularización de la guerra entre España y Colombia, el cual, constante de catorce artículos, ha sido firmado por ambas partes en esta ciudad de Trujillo, el 26 de Noviembre corriente, á las diez de la noche. Por tanto, y hallándolo conforme á los poderes é instrucciones que comuniqué á mis dichos comisionados, he venido en aprobarlo, confirmarlo y ratificarlo, como lo apruebo, confirmo y ratifico en todas y cada una de sus partes. Dado, firmado, sellado con el sello provisional del Estado y refrendado por el ministro de la Guerra en mi cuartel general de la ciudad de Trujillo, á 27 de Noviembre de 1820.—SIMÓN BOLÍVAR.—Por mandado de S. E., *Pedro Briceño Méndez*, secretario.—(L. S.)»

La ratificación del Libertador, como se ve, fué en idénticas palabras; pero debe obser-

varse que el general realista expresamente reconoció la República de Colombia y á Bolívar, como su presidente, en este tratado. Á este reconocimiento diéronle todos gran significación; pero para el Libertador fué de muy poco momento, comparada con las sólidas ventajas que había obtenido, con tanta destreza como habilidad. Cada artículo de los tratados contenía algo favorable á los colombianos, y, como los hechos lo probaron, esta negociación decidió la independencia del país.

V.—Entrevista de Bolívar y Morillo.

Concluído tan importante negociado, manifestó el general Morillo vivos deseos de conocer personalmente á Bolívar, y solicitó una entrevista por medio de sus comisionados, á la que de buen grado se accedió. Escogióse para verificarla la miserable aldea de Santa Ana, por hallarse á igual distancia de ambos campamentos. En la mañana del 27 de Noviembre se presentó el general Morillo en el lugar señalado, con una escolta compuesta de un escuadrón de húsares y acompañado por cosa de cincuenta oficiales de rango, entre los cuales se hallaba el general La Torre. Á

poco rato llegué yo á anunciarle al general Morillo que el Libertador estaba en camino y no tardaría en llegar. El general me preguntó qué escolta traía el jefe de la República; contestéle que sólo venían en su séquito diez ó doce oficiales y los comisionados realistas, y que no traía escolta. *Bien*—dijo Morillo—, *muy pequeña creía yo mi guardia para aventurarme hasta aquí; pero mi antiguo enemigo me ha vencido en generosidad; voy á dar orden á los húsares para que se retiren.* Así lo hizo inmediatamente. Preguntóme luego quiénes eran los oficiales españoles particularmente odiosos al presidente; y habiendo satisfecho yo la pregunta, observó que ninguno de ellos estaba presente.

Poco después se divisó la comitiva del Libertador, en la colina que domina el pueblo de Santa Ana. Morillo, La Torre y los principales oficiales se adelantaron á encontrarle. El general español iba de riguroso uniforme, llevando las órdenes militares y demás insignias recibidas del Soberano por sus servicios. Al aproximarse las dos comitivas, quiso Morillo saber cuál era Bolívar. Al señalárselo exclamó: *¿Cómo, aquel hombre pequeño, de levita azul, con gorra de campaña y montado en una mula?* No bien había acabado de hablar, cuando el hombre pequeño estaba á su lado, y al reconocerse los dos generales, echaron

ambos en el acto pie á tierra y se dieron un estrecho y cordial abrazo. Después de este saludo se dirigieron á la mejor casa del pueblo, donde el general Morillo había hecho preparar un sencillo banquete en honor de su ilustre huésped.

En el curso del día y durante la comida se habló alegremente sobre los sucesos de la guerra. Sentimientos de noble generosidad fueron el tema de las conversaciones de aquel día, que vino á ser tan memorable en los anales de Colombia. Los principales personajes dieron ejemplo de mutua tolerancia; Bolívar parecía perdonar la equivocada fidelidad que había privado á la patria de tantos de sus más distinguidos hijos, y Morillo, con igual tacto, respetó la política rigurosa adoptada por su rival para asegurar la independencia de Colombia.

Cada cual admiró la constancia de su adversario en vencer los obstáculos que se le opusieron, pues parecía que los hombres y la Naturaleza se hubiesen esforzado en contrariar sus designios. De ambos lados se concibieron esperanzas de que ningún incidente desgraciado les obligaría á renovar las hostilidades. Bolívar quiso que, en caso de duda sobre algún punto del tratado, se sometiera y decidiera por un arbitramento de comisionados nombrados al efecto, y por su parte

dijo que escogía desde luego al general Correa, español de nacimiento, hombre de honor y justiciero.

El general Morillo propuso la erección de un monumento en el sitio en que había abrazado á su rival, para recordar á las generaciones futuras la sinceridad con que los beligerantes, representados por sus jefes respectivos, en el primer momento de calma, habían relegado al olvido sus rencores personales y la nacional antipatía. Esta idea generosa fué acogida por Bolívar con placer, é inmediatamente pusieron manos á la obra los oficiales patriotas y realistas allí presentes, y uniendo sus esfuerzos arrastraron una gran piedra cuadrada hasta el sitio indicado, para que sirviera de base á la columna propuesta. Sobre esa piedra, los jefes que por tan largos años habían combatido como adversarios con tanta saña, renovaron sus ardientes votos de concordia y humanidad. La noche puso fin á los regocijos del día, pero no separó á los generales rivales. Bajo un mismo techo y en un mismo cuarto durmieron profundamente Bolívar y Morillo, desquitándose tal vez de las muchas noches de vela que mutuamente se habían dado.

Al día siguiente Morillo acompañó al Libertador hasta el sitio mismo en que se habían encontrado por primera vez, como ami-

gos. Allí se despidieron y separaron para siempre. Todavía existe, en memoria de esta interesante entrevista, la tosca piedra que ellos y sus oficiales colocaron en aquel lugar.

VI.—Religiosidad en el cumplimiento del tratado para regularizar la guerra.

Coincidencia singular: el filantrópico tratado que hizo desaparecer el sanguinario carácter de la guerra, y estableció un Código más suave y conforme á la civilización que el que rige en las naciones más adelantadas de Europa, se firmó y ratificó por Bolívar en la misma casa en Trujillo en que siete años y medio antes había firmado el terrible decreto de la guerra á muerte.

La religiosa escrupulosidad con que de allí en adelante cumplió este tratado le honra mucho. Estando en el Sur de Colombia, en 1822, dirigiendo la campaña, supo que el coronel Antonio Ramos, que había estado al servicio de España hasta después de la batalla de Carabobo, cuando se le admitió en el de la República, se había desertado y vuelto á sus antiguas banderas; y que aprehendido luego, se le había juzgado y ejecutado en Caracas. Indignado, y con razón, dictó para el

ministro de la Guerra el siguiente oficio, que pone de manifiesto su sinceridad:

«S. E. el Libertador Presidente ha visto en la *Gaceta de Caracas*, número 26, la ejecución del coronel Antonio Ramos, en la plaza de aquella capital. Si el coronel Ramos no ha cometido otro delito que el de volverse á pasar al enemigo y alistarse en sus banderas, después de haber jurado las de Colombia, debió ser tratado sólo como prisionero de guerra, y no como delincuente, pues el tratado de regularización de la guerra ha alterado el sistema de penas y de delitos en la presente guerra. Este tratado, excesivamente liberal y filantrópico, ha tenido por objeto disminuir las penas, disminuyendo los delitos, que no son sino efecto de las circunstancias.

»S. E. cree expresamente infringido en la ejecución del coronel Ramos el art. 7.° de aquel tratado. S. E. protesta, pues, contra esta infracción, en que no ha tenido la menor parte y que, por el contrario, ha herido vivamente su corazón, como jefe de Gobierno, y como general del ejército de Colombia, pues nada desea tanto como sostener y ejecutar religiosamente los pactos, convenios ó tratados que se hagan con el enemigo. S. E. quiere que esta declaración suya se inserte en la *Gaceta*, para poner á cubierto su honor, y para que sepa el Gobierno español que no ha tenido la menor parte en esta infracción, ni la tendrá jamás en ninguna clase de falta, sean cuales fuesen las circunstancias.

»Deja también sometida al poder ejecutivo la

causa del coronel Ramos, á un examen de letrados ó de la alta corte de justicia, que con vista del tratado de regularización de la guerra, expongan su dictamen; y si es contra el consejo de guerra y corte de justicia de Venezuela, se publique su resultado, para satisfacción de la nación española y demás naciones extranjeras.»

VII.—Oposición de algunos patriotas al armisticio.—Proclama del Libertador.

Era el destino de Bolívar no tener reposo ni aun después del triunfo en el campo de batalla ó en el de la política.

Ahora vinieron á atormentarle las cartas que llegaban por cada correo, en las cuales algunos de sus amigos y varios jefes militares se oponían á cualquier tratado con los españoles, y muy especialmente á un armisticio que no asegurase el término de la guerra y el inmediato reconocimiento de la independencia.

Fué menester toda la energía de su carácter para sostener la lucha entre sus propias convicciones y los cálculos equivocados de los que se oponían al tratado. Mientras más se oponían éstos más se convencía él de que los verdaderos intereses del país demandaban

que no se desviara de la línea de conducta que se había trazado; y felizmente para la América, en circunstancias de tanto momento su buen juicio no le abandonó. No faltó, empero, quien le imputase motivos indignos y las más vulgares aspiraciones; pero á tales calumnias opuso un silencio digno y las páginas sin mancha de su pasada historia.

Conforme á lo estipulado en Santa Ana, debían darse instrucciones á las autoridades civiles y militares, patriotas y realistas, sobre el modo de observar el armisticio, y para evitar toda equivocación un oficial de cada ejército llevaría los pliegos. Los oficiales republicanos á quienes se confió esta comisión tenían encargo de aprovecharse de ella para adquirir datos é informaciones acerca de las fuerzas y posiciones del enemigo, y no fueron de poca utilidad los que obtuvo Bolívar por este medio. Según el tratado, permitíase á los individuos de ambos ejércitos visitar á sus amigos ó parientes en el territorio sometido á su contrario; lo que naturalmente era ventajoso á los patriotas y de muy poco provecho á los españoles, por ser menos extensas sus relaciones en el país.

Deseando el Libertador inspeccionar él mismo la demarcación de los límites de las jurisdicciones de ambos contendores en la provincia de Barinas, y visitar los acantonamientos

del ejército durante el armisticio, salió de Trujillo por la vía de Niquitao á ese fin.

El 7 de Diciembre anunció, desde Barinas, al ejército el tratado que había firmado, en esta proclama:

«¡Soldados! El primer paso se ha dado hacia la paz. Una tregua de seis meses, preludio de nuestro futuro reposo, se ha firmado entre los Gobiernos de Colombia y de España. En este tiempo se tratará de terminar para siempre los horrores de la guerra y de cicatrizar las heridas de Colombia. El Gobierno español, ya libre y generoso, desea ser justo para con nosotros; sus generales han mostrado franca y lealmente su amor á la paz, á la libertad y aun á Colombia. Yo he recibido en nombre de vosotros los testimonios más honrcsos de la estimación que les merecéis.

»¡Soldados! La paz hermosea con sus primeros y espléndidos rayos el hemisferio de Colombia; y con la paz, contad con todos los bienes de la libertad, de la gloria y de la independencia.

»Pero si nuestros enemigos, por una ceguedad que no es de temerse ni aun remotamente, persistieren en ser injustos, ¿no sois vosotros los hijos de la victoria?»

COLOMBIA Y ESPAÑA

(1821)

I. — Guayaquil. — Penetración de las ideas liberales en el espíritu del pueblo americano.

En Barinas recibió el Libertador la noticia de la transformación política de Guayaquil, efectuada el 9 de Octubre, por la cual se separó aquella provincia del Gobierno español. Aunque no le satisfizo el giro que se había dado á la revolución, porque en vez de incorporarse la provincia á la República de Colombia, de acuerdo con lo dispuesto en la ley fundamental, se declaró Estado independiente, comprendió él las ventajas que aquel paso reportaría á la causa general y se consoló con la esperanza de que la experiencia convencería á los habitantes de Guayaquil de la necesidad de unirse políticamente á Colombia.

El resultado de los sucesos políticos y militares del año de 1820 fué de alta transcenden-

cia y provecho para la República. La opinión pública, que antes había sido adversa á los independientes, era ahora, más que las armas, su principal apoyo; y puede esto considerarse como el gran triunfo de Colombia alcanzado en el año. Además del adelanto moral de la causa, se había ensanchado el territorio de la República; las provincias de Mérida y Trujillo, parte de las de Barinas y Barcelona, y algunas ciudades de las de Cumaná y Caracas, se agregaron á las provincias, ya libres, del departamento de Venezuela. Cundinamarca se aumentó con la conquista de Santa Marta, fruto de la victoria del coronel Carreño en la Ciénaga, y con Río Hacha, que espontáneamente abandonó la causa realista; y por el lado del Sur con Popayán, evacuada por Calzada, á consecuencia de la derrota de Pitayó. El ejército engrosó sus filas con el gran número de americanos que abandonaban las banderas españolas.

Fué en estos momentos aflictivos para la causa realista que el general Morillo, su más conspicuo sostenedor, llamado á España por el Gobierno, anunció su partida al Ejército y á los habitantes de Venezuela que aun permanecían fieles al rey.

II.—El general D. Pablo Morillo se embarca para España.

Grandes cambios se habían verificado en la Costa Firme en los cinco años transcurridos desde su llegada á Venezuela, cuyo suelo desdichado encontró empapado en sangre y subyugado todo su vasto territorio por el inhumano Boves. Sólo en la isla de Margarita halló unos pocos patriotas, que asidos á los restos náufragos de la independencia, luchaban por salvarla; pero ¿qué podían ellos contra la numerosa escuadra y el formidable ejército que de repente apareció en sus puertos? Se rindieron, mas no se deshonraron.

La débil resistencia de la Nueva Granada, si exceptuamos los gloriosos esfuerzos de Cartagena, no fué sino un simulacro de defensa. El solo aparato marcial bastó para anonadar á los tímidos defensores de la independencia en aquel país, y en menos de un año quedó el general español en posesión de todo el territorio desde el Tumbes al Orinoco, salvo uno que otro punto donde la libertad no se mostró esquiva con sus defensores, porque en esos puntos había hombres que preferían los peligros, las fatigas y las privaciones y hasta los epítetos de rebeldes y bandidos, á

la deshonra de aceptar la paz ignominiosa que les brindaba el vencedor.

Tal era el estado del país en 1816 cuando un proscrito é *insurgente*, confiando en los inagotables recursos de su genio, desembarcó en Venezuela, y desplegando el estandarte de la rebelión, sentó las bases de una gran república en medio de las soledades de Orinoco. Despreciando los peligros y los reveses, luchó con ardor y constancia hasta vencer los desdenes de la fortuna. La impolítica administración de Morillo fué sin duda el más poderoso auxiliar de los patriotas; porque si este general, después del triunfo de Cachirí, hubiese gobernado con la dulzura que correspondía á su título de pacificador, y adoptado las medidas saludables que demandaba el lastimoso estado del país, habría sido después difícil despertarlos de su apatía para hacerles comprender que sus verdaderos intereses y sus derechos no estaban en pugna con la independencia. Pero es la verdad que Morillo había nacido para soldado, en el sentido común de esta voz. Sin la espada en la mano, su varonil figura era desairada, y sólo en el campamento se sentía en su verdadero lugar; fuera de él la vida debía de parecerle insufrible. Contrariado por no haber hallado la resistencia que esperaba, sació su venganza persiguiendo á los débiles y á los indefensos, y

mártires en vez de héroes fueron sus víctimas. Derramando la sangre de Torres y de Caldas insultó á la humanidad y á las ciencias, y cometió un gravísimo error político; y delegando su autoridad á Sámano, rompió el último lazo que unía la Nueva Granada con España.

Es, sin embargo, justo agregar que si la administración de Morillo en los pocos meses que permaneció en la Nueva Granada se manchó con actos de inútil rigor, no fué del todo estéril para el país. Ocupóse asiduamente de mejorar los caminos, que á su llegada no eran sino trochas casi en estado primitivo; hizo también construir algunos puentes sobre ríos cuyo paso era peligroso y frecuentado. Los medios que empleó para tan útil labor se consideraron vejatorios; pero tal vez las ventajas que produjeron superaron al desafuero de obligar á algunos individuos á hacer un trabajo á que no estaban acostumbrados. La apatía natural del neogranadino requiere un impulso extraordinario para ponerle en acción.

En Venezuela derramó Morillo menos sangre en los patíbulos, quizá porque encontró en los instintos belicosos del pueblo modo de emplear su inclinación guerrera en los campos de batalla. Sin embargo, entre las víctimas sacrificadas por su cruel y equivocada políti-

ca, hay una, sobre todo, que merece especial mención, por la injusticia peculiar de la sentencia. Guevara era inocente de los cargos que se le hicieron, y su asesinato fué uno de los mayores crímenes que un déspota desatentado pudo cometer. Pero por grandes que hayan sido los errores políticos de Morillo, no pueden negársele sus raros talentos militares ni desconocerse que en su valor personal se revelaba la mezcla de la sangre ibérica con la del godo y del cartaginense. Los llaneros, que no son pródigos en sus alabanzas del valor ajeno, aplaudían con admiración la impávida intrepidez del general en jefe español, y decían *que era lástima que hubiera nacido en España, y una vergüenza que no fuese patriota.* No cabe paralelo entre Morillo y Bolívar. Puedo decir de ellos con Voltaire, tratando de Carlos XII y Alejandro el Grande, que aquél habría sido el primer soldado del ejército de éste.

Es probable que la historia falle sobre la conducta de Morillo con más rigor que justicia, porque acaso no se estimen las circunstancias difíciles en que desgraciadamente se vió colocado y la causa impopular que tuvo que defender. Los generosos esfuerzos con que sostuvo la independencia de su país natal, quedarán obscurecidos ante su estéril afán de esclavizar la América; y las muchas vidas que

su valor salvó en España se olvidarán, mientras que la sangre de Caldas Torres y Camacho será eterno borrón en las páginas de su historia, y la inmortal elocuencia de Zea, terrible y viviente testimonio contra él. Debo también hacer constar que desde el día memorable en que Morillo conoció á Bolívar, olvidó su antigua enemistad, y no perdía ocasión, y de ello fuí testigo años después, de hablar con elogio y con la lealtad de amigo, de su rival y de sus grandes hechos.

El general don Miguel de la Torre sucedió á Morillo en el mando en jefe del ejército.

III.—Campaña del general venezolano Manuel Valdés en el Sur de Colombia.

El 5 de Enero de 1821 llegó el Libertador á Bogotá, donde fué recibido, como de costumbre, con el más vivo entusiasmo. Los asuntos del Sur de la República reclamaban ahora toda la atención del Gobierno. La derrota sufrida el 24 de Enero de 1820 por las tropas del general Antonio Obando había sido reparada por la división del general Valdés, enviada por el Libertador. El general Mires, que mandaba la vanguardia, compuesta del batallón *Albión* y del escuadrón *Guías*, atacó un cuer-

po del enemigo en La Plata, en la mañana del 28 de Abril, y lo puso en fuga.

Esta victoria abrió la comunicación, por aquel lado, con el valle del Cauca, que fué poco después ocupado por Valdés, á consecuencia del triunfo, más decisivo, obtenido en Pitayó el 6 de Junio, sobre una columna de 900 realistas. Aunque Popayán fué evacuada por los españoles después de esta derrota, el éxito de las armas colombianas no correspondió á las esperanzas que tan próspero comienzo hizo concebir al Gobierno.

Valdés poseía talentos militares, pero carecía de otras dotes necesarias en un jefe. Sus maneras despóticas y ásperas ofendieron á los habitantes de Calí, cuya decisión por la causa de la independencia merecía todas las consideraciones del Gobierno, que reconociendo su patriotismo la había elevado al rango de capital de la provincia. Por desgracia, las exigencias de Valdés produjeron un desacuerdo entre el Gobierno y la Municipalidad, de la que resultó que, faltando los recursos que se daban para el sostenimiento de la división, se retardaron las operaciones y sobrevinieron enfermedades y deserción. Con los refuerzos que el Gobierno de Cundinamarca le envió pudo marchar poco después á Popayán, donde se demoró por algún tiempo, y fué necesario que el Libertador le hiciese personalmen

te responsable y le diese órdenes de atacar á Pasto, *aunque no tuviese más fuerza que sus edecanes*, para que se internara, á mediados de Noviembre, en el territorio ocupado por los enemigos.

Los comisionados, coroneles Antonio Morales y José Moles, despachados del cuartel general de Trujillo, á intimar á las fuerzas beligerantes del Sur las órdenes de suspender las hostilidades, sea de hecho pensado ó por casualidad, malgastaron el tiempo en el camino, y cuando llegaron ya había ocurrido un encuentro en Genoy, al Sur del Juanambú, que fué adverso á las armas colombianas; afortunadamente, el Libertador, al llegar á Bogotá impuesto de los sucesos del valle del Cauca y de Popayán, resolvió relevar á Valdés del mando del ejército y de la dirección de los negocios en el Sur. Buscándole sucesor, se fijó en Sucre, joven digno de tan honrosa preferencia.

IV.—Sucre sustituye á Valdés.—Quién es Sucre.

Nació el general Antonio José de Sucre en la ciudad de Cumaná el año de 1793, de padres distinguidos. Recibió en Caracas la mejor educación que podía darse bajo el régimen español. Aunque de pocos años, al comenzar

la revolución, entró en ella y abrazó con ardor la causa en que estaba destinado á ser uno de los más firmes apoyos y de los más esclarecidos adalides.

Su carrera al principio, como la de sus compañeros de armas, encontró dificultades y reveses. Después de la capitulación de Miranda, se retiró á su casa y allí permaneció hasta que, exasperados los pacíficos habitantes de Cumaná con las persecuciones de las autoridades españolas, se vieron obligados á buscar seguridad fuera de la patria. Escogió Sucre por asilo la vecina isla de Trinidad; pero compelido por causas que ya he explicado en otra parte, se retiró pronto de allí, y bajo el mando de Mariño, ayudó á emancipar el suelo natal del yugo insoportable á que estaba sometido.

Partícipe de las victorias y derrotas en la campaña siguiente, presenció por segunda vez la subyugación de la patria. En la tercera época de la independencia sirvió con distinción en el ejército de Oriente, hasta su nombramiento en el Estado Mayor de Bolívar, donde se le presentó mejor oportunidad de desarrollar sus talentos y emplearlos más útilmente en servicio de la causa y con más brillo personal.

Sin embargo, apenas era conocido cuando el Libertador, juez competentísimo para juz-

gar del mérito, le confirió el mando del ejército del Sur. El mismo Bolívar, hasta el año de 1819 le había tratado poco y le conocía menos. Cuando Zea, en aquel año, sin tener facultad para ello, le ascendió á general de brigada, el Libertador se disgustó mucho; y aconteció que bajando el Orinoco, después de la batalla de Boyacá, encontró una flechera que remontaba el río. Al ponerse al habla las dos embarcaciones, preguntó Bolívar: *¿Quién va en esa flechera? El general Sucre*—le contestaron.—*No hay tal general*—replicó en tono enojado, y ordenó que atracaran á tierra ambas flecheras.—Entonces Sucre le explicó que, aunque había sido nombrado general, porque tal vez sus servicios lo merecían, nunca había pensado aceptar el grado sin el beneplácito del general Bolívar. Comprendió éste al punto el reproche, presentó sus excusas y desde entonces fueron amigos los dos hombres que más contribuyeron á dar libertad á la América del Sur.

Pocos meses antes de nombrar á Sucre para el mando del ejército del Sur, el día que el Libertador entraba á Cúcuta, de regreso de Cartagena, salió aquél á recibirle. Al verle venir yo, que no le conocía, pregunté al Libertador quién era el mal jinete que se nos acercaba. *Es*—respondióme—*uno de los mejores oficiales del ejército; reune los conocimien-*

tos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom; por extraño que parezca, no se le conoce ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto á sacarle á luz, persuadido de que algún día me rivalizará.

Sucre partió de Bogotá inmediatamente y encontró á Valdés, retirándose rodeado de mil dificultades. Su llegada y la notificación del armisticio á los realistas concurrieron á favorecer el ejército. Su conducta conciliadora y sus maneras afables, unidas á la energía y firmeza de su carácter, produjeron una reacción en la opinión pública, de manera que las cosas mejoraron dentro de poco y los negocios se establecieron sobre bases más firmes.

V.—Bolívar recibe los comisionados de Fernando VII y envía comisionados suyos á España. Escribe al rey exigiendo el reconocimiento de la independencia.

El Libertador pensó ir él mismo á las provincias del Sur, y ya había salido de Bogotá con tal intención, cuando la llegada del teniente coronel Van Hallen con pliegos de los comisionados españoles Sartorio y Espelius le obligó á regresar á la capital á fin de apre-

surar la partida de los señores J. Rafael Revenga y Tiburcio Echevarría, á quienes había diputado cerca del rey de España á solicitar el reconocimiento de la independencia de Colombia y portadores de la siguiente carta autógrafa:

«Permítame V. M. dirigir al trono del amor y de la ley el sufragio reverente de mi más sincera congratulación por el advenimiento de V. M. al imperio más libre y grande del primer continente del universo. Desde que V. M. empuñó el cetro de la justicia para los españoles y el iris de la paz para los americanos, se ha colocado V. M. en todos los corazones. Desde aquel día entró V. M. en el sagrario de la inmortalidad.

»Paz, señor, pronunciaron los labios de V. M.; paz repetimos con encanto, y paz será, porque es la voluntad de V. M. y la nuestra.

»Ha querido V. M oir de nosotros la verdad, conocer nuestra razón y sin duda concedernos la justicia. Si V. M. se muestra tan grande, como es sublime el Gobierno que rige, Colombia entrará en el orden natural del mundo político. Ayude V. M. el nuevo curso de las cosas, y se hallará al fin sobre una inmensa cima, dominando todas las prosperidades.

»La existencia de Colombia es necesaria, señor, al reposo de V. M. y á la dicha de los colombianos. Es nuestra ambición ofrecer á los españoles una segunda patria; pero erguida, no abrumada de cadenas. Vendrán los españoles á recoger los dul-

ces tributos de la virtud, del saber, de la industria; no vendrán á arrancar los de la fuerza.

»Dígnese V. M. acoger con indulgencia los clamores de la Naturaleza que por el órgano de nuestros enviados hará Colombia al modelo y gloria de los monarcas.»

Después de tomar estas disposiciones y de dar órdenes para el aumento de los diferentes cuerpos del Ejército, se puso en marcha para el Norte á principios de Febrero.

VI.—Secesión de Maracaibo.—Negociaciones entre Bolívar y La Torre.

Antes de llegar á Cúcuta, tuvo noticia de que los habitantes de Maracaibo habían sacudido el yugo español y solicitado el auxilio de tropas colombianas para sostener el pronunciamiento. Este incidente dió origen á una larga correspondencia entre los generales Urdaneta y La Torre y entre éste y el Libertador. Mas como los hechos no están en ella expuestos con la precisión y verdad que la historia requiere, y como los escritores futuros pueden extraviarse siguiendo la relación de aquel suceso tal como se ha publicado, voy á referir lo ocurrido con toda fidelidad.

El Libertador, al acceder al armisticio, es-

taba convencido de que la España no consentiría en reconocer la independencia de Colombia. La conducta de las Cortes, en épocas anteriores, y las repetidas declaraciones de los actuales amigos de la Constitución, que prohibía la desmembración de la Monarquía, aparte de la inherente terquedad y orgullo del pueblo español, le afirmaban en su convicción. El creía, sin embargo, que al presente había mayores ventajas en adoptar la vía de las negociaciones que en continuar las operaciones militares, cuyo evento era dudoso y expuesto á grandes pérdidas aun siéndole favorable. La suspensión de hostilidades abría el trato, por tanto tiempo interrumpido, entre los miembros de una misma sociedad y daba nuevos medios de acción en el amplio campo de la intriga.

Desde el momento en que el tratado se firmó, el mismo general Urdaneta, natural de Maracaibo, comenzó á influir en las personas notables del lugar, para un cambio que en verdad deseaban con ansia muchos de ellos. La autoridad militar estaba en manos del teniente coronel Francisco Delgado, que tenía motivos de resentimiento personal contra los mismos á quienes servía. Una vez arregladas las cosas, Urdaneta, con pretextos especiosos, destacó al teniente coronel Las Heras con el batallón *Tiradores* á ocupar, primero un pun-

to en las cercanías del lago de Maracaibo, y después la isla de Gibraltar.

Preparada la trama y convenida la insurrección, Las Heras, que también estaba listo, recibió una diputación de los conspiradores, que fué á exponerle los sufrimientos y temores del pueblo, y á suplicarle tomase la ciudad bajo su protección. El 28 de Enero se reunieron las autoridades civiles y militares con los habitantes principales y redactaron una acta en la que declararon su separación de España y su sometimiento al Gobierno de Colombia. Las Heras llegó al siguiente día con su cuerpo. Esta importante adquisición fué de un valor incalculable para Colombia, por ser Maracaibo, como punto militar, la mejor base posible de operaciones. Los realistas se vieron reducidos, en consecuencia, á la ciudad de Cumaná y á las provincias de Coro y Caracas, la primera de las cuales quedó aislada con la ocupación de Maracaibo.

El general La Torre protestó, como era natural, contra la conducta de Las Heras. Urdaneta sostenía que, siendo legal admitir un desertor, Maracaibo, que lo era en mayor escala, tenía el mismo desecho á ser protegida. Los argumentos del Libertador eran algo más sólidos y los expuso con claridad en su nota al general La Torre:

«El acto del gobernador, guarnición, cabildo y pueblo de Maracaibo para sustraerse de la dominación española, ha suscitado entre nuestros respectivos gobiernos una cuestión al parecer difícil y peligrosa, pero que no traerá ningún reato si la deciden el derecho y la justicia. Empezaré por declarar francamente que he desaprobado la marcha del comandante Heras á aquella ciudad, y que será juzgado porque ha excedido sus facultades, no aguardando la resolución de su jefe para acoger bajo la protección de las armas de la república á un territorio que pertenecía á España al suspenderse las hostilidades.

»Las protestas y razones consignadas en el acta celebrada por Maracaibo el 28 de Enero para fundar su resolución, eximen á este Gobierno de todo cargo con respecto á la espontaneidad del acto y alejan hasta las sombras de mala fe ó infracción del armisticio por mi parte.

»El Gobierno de Colombia no podía ni debía conocer las disposiciones de aquel pueblo contra sus dominadores; no podía ni debía mezclarse en sus quejas ni decidir sobre su justicia; y no podía ni estaba á su alcance impedir los efectos del resentimiento para reprimirlo y contenerlo. Así yo creo que ningún reclamo justo puede intentarse sobre el hecho de la conmoción misma, y que el único motivo aparente de violación existe en el paso premeditado del comandante Heras. Será, pues, éste solo al que me contraeré, exponiendo á V. E. los principios que lo justifican y que constituyen á este Gobierno en la necesidad de contenerlo. Repito, sin embargo, y suplico á V. E. se tenga siempre pre-

sente que la justicia y el derecho son las bases sobre que deseo se funde la decisión, y que mi comunicación se limita á exponer estos fundamentos sin decidir nada hasta que nos hayamos recíprocamente explicado y entendido.

„V. E. sabe que entre dos naciones en guerra, el derecho común de gentes es el que se practica cuando no haya pactos ó tratados particulares entre ellas. Habiendo éstos, su sentido literal es el que se observa, y se entiende permitido todo lo que no está prohibido en ellos. Este principio debe aplicarse más estrictamente cuando la guerra no es entre naciones constituídas, sino entre pueblos que se separan de sus antiguas asociaciones para formarlas nuevas. V. E. sabe también que entre España y Colombia no han existido ni existen otros tratados que los del armisticio y regularización de la guerra; y que ellos solos son la regla á que debemos referirnos, puesto que no se ha considerado ninguno de los dos pueblos sujeto á ningún derecho en todo el largo curso de la guerra.

„El armisticio de Trujillo no excluye ninguna cláusula que nos prive del derecho de amparar á aquel ó aquellos que se acojan al Gobierno de Colombia. Por el contrario, mis negociadores sostuvieron contra los del Gobierno español que nos reservábamos la facultad de amparar y proteger á cuantos abrazasen nuestra causa; así no se hizo mención, en el tratado, del artículo en que exigía S. E. el conde de Cartagena la devolución de los desertores y pasados. El armisticio, pues, sólo nos prohibe á entrambas partes el traspaso de nuestros respectivos territorios y las hostilidades.

„Establecido este principio, la cuestión queda reducida á examinar si la ocupación del terreno de Maracaibo por una columna de Colombia el 29 de Enero, ha sido ó no una invasión del territorio español. Para este examen debemos antes convenir en que nuestro actual estado de guerra no ha desaparecido por la suspensión de armas; que hay una inmensa distancia entre el estado de paz y el de tregua, en que la guerra no pierde sino momentáneamente una parte de sus horrores; y últimamente, que el tratado de armisticio no garantiza de ningún modo la integridad de nuestros recíprocos territorios, circunstancia muy notable y que es una de las que distinguen y caracterizan generalmente los tratados de paz.

„El acta que tengo el honor de incluir á V. E. en copia, es un documento incontrastable, el más espontáneo, formal y solemne con que puede un pueblo expresar su voluntad. El de Maracaibo había proclamado en ella el 28 de Enero su absoluta libertad é independencia del Gobierno español; y ni Colombia ni las demás secciones de América que combaten contra la España, tienen otro derecho ni fundamento para haber tomado las armas y para pretender y apoyar con ellas su reconocimiento. Si Colombia y las demás secciones de América en guerra forman pueblos separados y no pueden considerarse como parte de la monarquía española, porque los derechos posesivos de la España sobre América no son sino los de la fuerza y los de la conquista, y porque éstos cesan de regir cuando cesa la posesión, Maracaibo, puesto en el mismo caso, dejó de ser dominio español desde el 28 de

Enero, y las armas de Colombia, ocupándolo, han ocupado un país que estaba fuera de las leyes españolas, que no era ya parte de la nación á que V. E. pertenece, y que estaba en libertad de elegir su forma de gobierno ó de incorporarse al pueblo que conviniese más á sus intereses.

„El derecho de gentes autorizaba á Colombia para recibir á aquel pueblo é incorporarlo, ó por lo menos para entablar relaciones con él de cualquiera naturaleza que fuesen. La España misma ha consagrado este derecho por un acto positivo ocurrido poco tiempo ha, doblemente escandaloso por el modo y por las circunstancias. Hablo de la ocupación de Montevideo y parte oriental del Río de la Plata por las armas del rey del Brasil. El Brasil, no en guerra, sino en paz y amistad con España, reconociendo y habiendo garantizado la integridad de la monarquía española, invadió y se apoderó de aquella parte del Río de la Plata y la retuvo en su poder á pesar de los reclamos de la España, que no por esto creyó violados sus tratados, ni rota la paz que existe entre ambos pueblos. El Brasil no ha sostenido su justicia para este paso sino en la razón en que el territorio ocupado estaba separado de la España y formaba ya un pueblo diferente.

„Debo repetir y hacer observar á V. E. la diferencia que hay entre dos naciones amigas y dos que no lo han sido y que, por el contrario, combaten obstinadamente sin sujetarse á vínculo ninguno precedente á la guerra, dando por nulos y disueltos todos los que existían, y la diferencia esencial que hay en haber ocupado un país por la voluntad é invitación expresa y encarecida del pueblo, como

ha hecho Colombia en el caso de la cuestión, y ocuparlo por la fuerza contra los poseedores que lo resistían y contra los derechos de dos pueblos amigos como eran Buenos Aires y España en el caso del Brasil. Y si esto no violó sus tratados solemnes de paz y garantía con la España, ni dió causa á la guerra, ¿podrá decirse infringido el armisticio de Trujillo por un acto infinitamente menos grave? La conducta de las naciones entre sí es lo que constituye el derecho de gentes: la del Brasil y España, que refirieron sus reclamos á negociaciones y no á hostilidades, debe servirnos de regla para fundar la nuestra y decidir por la razón y el derecho, no por las armas.

„Mas si ninguna de estas consideraciones es suficiente para convencer á V. E. de la legitimidad de mi derecho á proteger á Maracaibo, yo adoptaré un medio que ha sido en otros casos muy aplaudido. Nombremos árbitros por ambas partes y defiramos á su decisión. Por mi parte, cumplo mi oferta de Santa Ana: será el señor brigadier Correa.

„Ante todo, es de mi deber preguntar á V. E. de un modo positivo y claro:

„1.° Si en caso de no devolverse Maracaibo habrá un rompimiento de hostilidades sin expirar el término del armisticio.

„2.° Si deberá participarse cuarenta días antes ó romperse las hostilidades sin esta notificación, desde luego.

„3.° Si los cuarenta días deben contarse desde el día en que se mande la notificación ó desde aquel en que se recibe.

„4.° Si se debe notificar á cada comandante de

cuerpo de ejército ó división, con los mismos requisitos que al general en jefe y con el mismo plazo.

„Mi conducta será igual á la que V. E. observe, tanto en Venezuela como en Cundinamarca y Quito."

El general realista pasó en silencio el arbitramento propuesto, acaso porque sospechara los motivos del Libertador al proponerlo, ó más bien porque dudara que se sometiera á la decisión del árbitro, cuya lealtad reconocía implícitamente su mismo enemigo.

Sin embargo, notificó á Bolívar que respetaría el armisticio y que, ciñéndose á él, daría el aviso estipulado de cuarenta días, en caso de que las circunstancias le forzaran á volver á las hostilidades.

VII.—Rotura del armisticio.

Los débiles son siempre condescendientes. La Torre tuvo que consolarse con vanas quejas, y presenciar, sin poderlo remediar, la pérdida de una de las más importantes provincias de su mando; y no fué esto solo lo que tuvo que sufrir: su ejército se debilitaba á ojos vistas por las numerosas deserciones y su posición era cada día más falsa.

Su adversario, habiendo recogido el fruto

que se proponía al firmar el tratado de Trujillo, y acaso mucho más de lo que la prudencia le permitía esperar, le escribió el 10 de Marzo pintándole el lamentable estado á que estaba reducido su ejército á consecuencia del armisticio, y diciéndole que sentía anunciarle que había llegado el caso del artículo 12 del tratado de Trujillo, y que en consecuencia se romperían las hostilidades á los cuarenta días de la fecha. *Entre el éxito dudoso*—agregaba—*de una campaña y el sacrificio cierto de nuestro ejército por la peste y el hambre, no se puede vacilar. Es, pues, de mi deber hacer la paz ó combatir. La necesidad es la ley primitiva, la más inexorable de todas; á ella tengo que someterme.*

La Torre contestó que el 28 de Abril cesaría la tregua, porque ni él ni los comisionados españoles estaban autorizados á reconocer la independencia.

El Libertador ordenó entonces al coronel Plaza preparase cuarteles en la ciudad de Barinas, para el cuerpo de su mando, aunque por un artículo expreso del tratado no podía esta ciudad ser ocupada sino por un comandante y un piquete de 25 milicianos. La Torre se quejó al Libertador también de esta infracción; pero ella no era en verdad sino una violación de la letra del armisticio, puesto que el mismo tratado permitía la construcción de cuarteles en las inmediaciones de sus subur-

bios. El general realista apeló ante el mundo en un manifiesto que el mundo tal vez leyó con indiferencia, si acaso lo leyó. Bolívar habló á sus soldados en esta proclama:

"¡Soldados! La paz debió ser el fruto del armisticio que va á romperse; pero la España ha visto con indolencia los horrorosos tormentos que padecemos por su culpa.

„Las reliquias del poder español en Colombia no pueden medirse con las fuerzas de veinticinco provincias que habéis arrancado del cautiverio.

„Colombia espera de vosotros el complemento de su emancipación; pero espera aún más, y os exige imperiosamente que en medio de vuestras victorias seáis religiosos en llenar los deberes de vuestra santa guerra.

„Siempre he contado con vuestro valor y disciplina: vuestra obediencia me anticipa la satisfacción de la nueva gloria con que vais á cubriros. Os hablo, soldados, de la humanidad, de la compasión que sentiréis por vuestros más encarnizados enemigos. Ya me parece que leo en vuestro rostro la alegría que inspira la libertad y la tristeza que causa una victoria contra hermanos.

„¡Soldados! Interponed vuestros pechos entre los rendidos y vuestras armas victoriosas, y mostraos tan grandes en generosidad como en valor."

Los soldados contestaron con nuevas victorias.

VIII.—Medidas preparatorias para abrir la campaña de 1821.

En el intervalo el Libertador visitó los llanos de Apure para entenderse con Páez acerca de la próxima campaña. Encargó al general Soublette, á quien había nombrado el año anterior vicepresidente de Venezuela, de la dirección de la campaña del Oriente, prescribiéndole la marcha sobre Caracas al expirar el término del armisticio y que procurase apoderarse de la ciudad á mediados de Mayo. Dió instrucciones al general Urdaneta, que mandaba en Maracaibo, de moverse al mismo tiempo á reducir á Coro y marchar luego por Barquisimeto, hasta la montaña del Altar, en donde debía reunírsele el cuerpo principal del ejército de San Carlos. Páez cruzaría el Apure en el paso de Nutrias, y siguiendo la dirección de *La Guardia*, que conducía el coronel Ambrosio Plaza, se uniría con la división de Urdaneta en el punto indicado.

Hechos estos arreglos, volvió el Libertador á Barinas á esperar el término de la tregua; allí aprovechó el tiempo para repetir á todos y á cada uno de aquellos jefes, como era su costumbre, las órdenes que les había dado anteriormente. Antes de emprender operaciones dió una proclama al ejército y otra á los es-

pañoles, explicando las razones que le asistían para renovar las hostilidades:

"¡Soldados! Las hostilidades van á abrirse dentro de tres días, porque no puedo ver con indiferencia vuestras dolorosas privaciones.

„¡Soldados! Todo nos promete una victoria final, porque vuestro valor no puede ser ya contrarrestado. Tanto habéis hecho, que poco os queda que hacer; pero sabed que el Gobierno os impone la obligación rigurosa de ser más piadosos que valientes.

„Sufrirá pena capital el que infringiere cualquiera de los artículos de la regularización de la guerra. Aun cuando nuestros enemigos los quebranten, nosotros deberemos cumplirlos para que la gloria de Colombia no se mancille con sangre."

"¡Españoles! Vuestro general en jefe os ha dicho que no queremos la paz; que hemos infringido el armisticio; que os despreciamos. Vuestro general se engaña. Es el Gobierno español el que quiere la guerra. Se le ha ofrecido la paz por medio de nuestro enviado en Londres, bajo un pacto solemne, y el duque de Frías, por orden del Gobierno español, ha respondido: *que es absolutamente inadmisible.* Españoles, ¿no es vuestro Gobierno el que pretende nuestra sumisión á costa de vuestra sangre? ¿No es vuestro rey el que os desprecia enviándoos á un sacrificio infalible?

„El Gobierno de Colombia no ha infringido el armisticio sino tan sólo en haber tomado cuarteles nuestras tropas dentro de esta ciudad, cuando no

podía alojarse sino en sus cercanías. De resto, en nada hemos quebrantado los artículos de aquel tratado, en tanto que por muchas partes se nos ha hostilizado, sin reparación de agravio.

„¡Españoles! A pesar de todos los grandes dolores que nos causa vuestro Gobierno, seremos los más observantes del tratado de regularización de la guerra. Pena capital se aplicará al que lo infrinja, y vosotros seréis respetados aun en el exceso del furor de vuestra sed de sangre. Vosotros venís á degollarnos, y nosotros os perdonamos; vosotros habéis convertido en horrorosa soledad nuestra afligida patria, y nuestro más ardiente anhelo es volveros á la vuestra."

CARABOBO

(1821)

I.—Batalla de Carabobo.

En la mañana del 28 de Abril un destacamento de la caballería colombiana pasó el río Santo Domingo, atacó y derrotó las avanzadas realistas en Boconó, haciéndoles algunos prisioneros. Inmediatamente después la división del coronel Plaza, á las órdenes del Libertador, invadió el territorio ocupado por los españoles. Así comenzó la campaña de 1821.

La quinta división realista, acantonada en Guanare, y regida por el coronel Herrera, se retiró á San Carlos, á consecuencia del movimiento de los independientes, y luego al punto entró *La Guardia* en aquella villa, donde sólo se detuvo lo suficiente para dar descanso á la tropa, que marchó en seguida sobre San Carlos, la cual fué evacuada por los realistas

cuya retaguardia cambió algunos tiros con un escuadrón de caballería mandado personalmente por Bolívar. Allí fijó éste su cuartel general para dar tiempo á la incorporación de las divisiones de Páez y de Urdaneta, que debían marchar contra La Torre, quien había concentrado sus fuerzas en las cercanías de Valencia.

Quizá no hay país alguno del mundo donde sean más difíciles las operaciones militares que en la América del Sur. Las distancias son considerables, la población muy escasa y los caminos de ordinario tan malos, que no hay combinación militar que pueda calcularse con absoluta precisión. Apenas había expirado el término del armisticio, cuando los diferentes cuerpos del ejército se movieron conforme á las instrucciones que tenían sus jefes respectivos, y aunque no encontraron oposición de parte del enemigo que no se hubiese previsto, con todo, la naturaleza del terreno y las privaciones de todo género contribuyeron á retardar su llegada en el tiempo fijado.

El general Urdaneta, con la primera división de *La Guardia*, desembarcó en los Puertos de Altagracia el 28 de Abril y dispersó los débiles destacamentos con que los enemigos trataron de molestar su marcha hacia Coro, que ocupó el 11 de Mayo. Después de tomar las precauciones indispensables para impedir

una reacción en aquella provincia, guió para el cuartel general del Libertador; pero tanto las dificultades del camino como una enfermedad que le atacó, fueron causa de la lentitud de sus movimientos y le impidieron efectuar su reunión en tiempo oportuno.

El general Páez tuvo también obstáculos que superar, y no pudo llegar á San Carlos hasta mediados de Junio. Allí se organizó el ejército en tres divisiones. La primera al mando del general Páez, compuesta de dos cuerpos de infantería y 1.500 caballos. Mandaba la segunda, formada de tres batallones de infantería y un escuadrón de caballería, el general Cedeño. El coronel Plaza regía la tercera, que constaba de cuatro batallones de *La Guardia* y un regimiento de lanceros. El general Mariño era el ayudante general. Montaban todas estas fuerzas á 6.500 hombres en la revista que se pasó en Tinaquillo el 23 de Junio.

La división de Oriente pudo ejecutar la parte que se le había señalado en el plan general de la campaña, con más puntualidad que las demás divisiones. El general Bermúdez comenzó la operación casi al mismo tiempo que los cuerpos de Urdaneta y de Páez se movían de Maracaibo y de Apure, y marchando á lo largo de la costa derrotó en Guatire una fuerza realista de 700 hombres el 13 de Mayo,

y al día siguiente ocupó la capital de Venezuela (1).

Justamente alarmado La Torre con este movimiento á su retaguardia, destacó un cuerpo á las órdenes del general Morales para proteger á Caracas. Ocurrieron varios reencuentros parciales, en los que Bermúdez obtuvo algunas ventajas, hasta que acometido por fuerzas superiores, tuvo que ceder, y en consecuencia, Caracas fué reocupada por los realistas.

A causa del retardo de la marcha de las otras divisiones, del que ya he hablado, Morales, con la mayor parte de su fuerza, tuvo tiempo de reunirse con La Torre antes que el Libertador le atacase. Con más fortuna corrió la pequeña columna del coronel Carrillo en la diversión que hizo por los lados de San Felipe; porque ignorando el general realista cuál fuese su fuerza y con el fin de contenerle, separó dos cuerpos de infantería, á las órdenes del coronel Tello, el día 23, cabalmente cuando el Libertador se hallaba á pocas leguas de su cuartel general.

Al rayar el alba del 24 emprendió marcha el ejército libertador. Cuando llegaba á la altura de Buenavista se disipaban lentamente

(1) Véase lo relativo á estas operaciones en el tomo XVIII, páginas 286 á 289, de la correspondencia de *Memorias del general O'Leary*.

las brumas que envolvían la llanada, donde estaban los realistas ya formados en batalla.

La escena era interesante. Seis columnas de infantería y tres de caballería ocupaban la planicie de Carabobo y algunas de las colinas que la rodean, listas á marchar en cualquier dirección en que se moviesen los colombianos, para disputarles la entrada en la llanura. Los oficiales del Estado Mayor español la recorrían en todos sentidos al galope, como dando órdenes á los comandantes de los diferentes cuerpos, mientras otros con el anteojo observaban los movimientos del ejército republicano. Aquí y allá se veían grupos á pie y á caballo, aparentemente discutiendo sobre las intenciones del enemigo, y algunos tendidos en el suelo reposaban indolentemente.

Son dos los caminos que conducen á Carabobo por la parte del Sur, uno el de San Carlos y otro el del Pao; de suerte que con un movimiento de flanco podían los realistas concentrar inmediatamente la mayor parte de sus fuerzas sobre el punto atacado. Ambas entradas á la llanura estaban bien defendidas, especialmente la del camino de San Carlos, en donde La Torre había colocado su artillería.

Habiendo reconocido el Libertador la posición enemiga, y convencídose de que La Torre sólo esperaba el ataque de frente, ordenó al general Páez que se internara por un atajo

angosto y escabroso que arranca á la izquierda del camino de San Carlos y cayera sobre la derecha del ejército realista. El movimiento se ejecutó con la celeridad que la naturaleza del terreno lo permitía; sin embargo, los españoles tuvieron tiempo para oponer una obstinada resistencia.

La infantería colombiana, después de pasar el desfiladero, que apenas permite la marcha de dos hombres de frente, tuvo que formar bajo un fuego mortífero y trepar luego una barranca elevada y casi perpendicular, coronada además por numerosas guerrillas. El batallón *Apure,* que marchaba á la cabeza de la columna, á pesar de su denuedo no pudo resistir al número de los contrarios, y ya casi cedía, cuando llegó en su auxilio el batallón de ingleses, *Británico,* que entró en formación, y marchando en buen orden dió una brillante carga á la bayoneta y se adueñó de la altura, lo que permitió al valeroso *Apure* rehacer sus filas y volar á su vez en auxilio del *Británico.*

Algunas compañías del batallón *Tiradores,* de la segunda división, llegaron oportunamente á reforzarlos, y con su apoyo lograron conservar la posición tan bizarramente ganada, aunque á costa de mucha sangre. En menos de un cuarto de hora la tercera parte de la fuerza de estos batallones quedó fuera de

combate. El coronel Ferrier, el mayor Davy y muchos otros oficiales yacían en el campo mortalmente heridos. Los realistas, reforzados por dos batallones y una fuerte columna de caballería, se rehicieron; pero ya las divisiones colombianas habían pasado el desfiladero y entraban en la llanura por dos puntos. La caballería dió una vigorosa carga y puso en fuga la de los realistas, cuya infantería cedió también el terreno, y batallones enteros se rindieron.

La Torre, abandonando su artillería, se retiró con la reserva y parte de la caballería. El Libertador le persiguió con *Granaderos*, *Rifles* y la caballería de Páez; pero era tanta la disciplina de la infantería española y tanta la ha bilidad con que la condujo el general realista, que pudo recorrer en buen orden una distancia de seis leguas en país abierto, cortado de trecho en trecho por profundas quiebras y bosque, sin mayor pérdida, á pesar de las repetidas cargas de la caballería colombiana, animada con el ejemplo del denodado Páez y la presencia del mismo Libertador.

Los infantes españoles que ejecutaron esta retirada no habían entrado en pelea durante el día, ni sufrido las fatigas de las penosas marchas de la campaña, que tanto habían quebrantado al soldado colombiano, y sus caballos, por la misma razón, estaban en mejor

estado que los de los patriotas; no obstante estas ventajas, el batallón *Valencey* fué el único cuerpo que logró llegar á Valencia. En vano se esforzó el Libertador por impedirlo: á este fin ordenó que quinientos infantes de *Granaderos* y *Rifles* montasen á caballo para alcanzarlos y cargarlos; pero era ya casi de noche cuando se divisó el cuerpo que iba en retirada, y gracias á lo agrio del terreno y á la obscuridad que vino en su auxilio, pudo librarse de la persecución.

La fuerza española en el campo de Carabobo era un poco inferior á la republicana, pero apenas la mitad de ésta se batió. Las pérdidas de ambos lados fueron considerables en muertos y heridos, pero mucho mayor la de los patriotas en jefes y oficiales: en las filas sólo la primera división y el batallón *Tiradores* de la segunda sufrieron mumerosas bajas. Cedeño y el coronel Plaza, comandantes de la segunda y tercera, representaron dignamente la bravura heroica de sus respectivos cuerpos y cayeron víctimas de su arrojo. Plaza era un joven de grandes esperanzas. Cedeño se distinguía más por su extraordinario valor que por sus conocimientos. La muerte de estos dos jefes fué justamente llorada en el ejército.

Los prisioneros hechos en el campo de batalla fueron tratados con toda humanidad y bien atendidos, y los heridos cuidados con

esmero; apenas recobrada su salud, volvieron á sus banderas, conforme al tratado de Santa Ana. Al ver el nombre de Renovales en la lista de prisioneros, creyendo el Libertador que fuese el mismo que en el Rincón de los Toros había intentado asesinarle, dispuso que se le diese su pasaporte y tres mil duros para volver á España; pero al averiguarlo, se descubrió que no era aquel oficial.

II.—Parte de la batalla.—Carta del vencedor.

He descrito muy á la ligera la batalla de Carabobo y los movimientos que la precedieron, porque en el parte oficial dado en Caracas el 30 de Junio por el coronel Pedro Briceño Méndez, y que copio en seguida, se verán todos los detalles:

"Desde el Tocuyito tuve la satisfacción de participar por una circular la gloriosa victoria de Carabobo, y previne se transmitiese á V. E. tan plausible noticia. Las rápidas marchas que ha hecho S. E. y la multitud de atenciones de que he estado rodeado, me habían impedido hasta ahora cumplir con el agradable deber de dar á V. E. algunos detalles sobre aquella célebre jornada, y las operaciones posteriores del ejército.

„El enemigo, concentrado en Carabobo desde

que fué expulsado de San Carlos, extendía sus partidas de observación hasta el Tinaquillo, lo que le daba la ventaja de saber muy anticipadamente nuestra aproximación, que deseaba S. E. ocultar, para no darle tiempo de reunir las fuerzas que el señor general Bermúdez había atraído sobre Caracas, y el señor coronel Carrillo sobre San Felipe. Con este intento marchó el teniente coronel Silva el 19 con un destacamento á sorprender y apresar la descubierta, que diariamente hacía el enemigo hasta el Tinaquillo. El comandante Silva llenó tan completamente su comisión, que apenas pudo escapar un soldado de los que formaban la descubierta enemiga. El comandante de ella y cuatro hombres más murieron en el acto; los demás quedaron prisioneros. Este suceso aterró de tal modo al enemigo, que hizo retirar inmediatamente un fuerte destacamento con que cubría el inaccesible desfiladero de Buenavista.

„El 23 se reunió en la marcha todo el ejército que se había movido en divisiones, y al amanecer del 24 nuestra vanguardia se apoderó de Buenavista, distante una legua de Carabobo. De allí observamos que el enemigo estaba preparado al combate y nos esperaba formado en seis fuertes columnas de infantería y tres de caballería, situadas de manera que mutuamente se sostenían, para impedir nuestra salida á la llanura. El camino estrecho que llevábamos no permitía otro frente que para desfilar, y el enemigo no solamente defendía la salida al llano, sino que dominaba perfectamente el desfiladero con su artillería, con una columna de infantería que cubría la salida y dos que la flanqueaban por de-

recha é izquierda. Reconocida la posición, S. E. creyó que no era abordable; y observando, por la colocación del ejército español, que éste no temía el ataque sino por el camino principal de San Carlos ó por el del Pao, que salía á su izquierda, dispuso que el ejército convirtiese su marcha rápidamente sobre nuestra izquierda, flanqueando al enemigo por su derecha, que parecía más débil.

„El señor general Páez, que mandaba la 1.ª división, ejecutó el movimiento con una increíble celeridad, despreciando los fuegos de la artillería enemiga; pero era imposible impedir que el enemigo no corriese á disputarnos la salida á la llanura. Debíamos desfilar por segunda vez para atravesar un riachuelo que separaba la colina en que se había desplegado el ejército y la que dominaba el enemigo. Siendo plana la cumbre de ésta, daba al enemigo la ventaja de moverse fácilmente y de ocurrir á todas partes. Así fué que á pesar de la sorpresa que causó al ejército español nuestro movimiento, pudieron algunos de sus cuerpos llegar á tiempo que empezaba el batallón *Apure* á pasar el desfiladero. Allí se rompió el fuego de infantería, sostenido vigorosamente por ambas partes. El batallón *Apure*, que logró al fin pasar, no pudo resistir solo la carga que le dieron; ya plegaba, cuando llegó en su auxilio el batallón *Británico*, que le seguía. El enemigo había empeñado en el combate cuatro de sus mejores batallones contra uno solo del Ejército Libertador, y se lisonjeaba de obtener con todos nuestros cuerpos el mismo suceso que con el primero que había contenido.

„La firmeza del batallón *Británico* para sufrir los

fuegos hasta que se formó, y la intrepidez con que cargó á la bayoneta, sostenido por el batallón *Apure*, que se había rehecho, y por dos compañías del de *Tiradores*, que oportunamente condujo al fuego su comandante el teniente coronel Heras, decidieron la batalla. El enemigo cedía el terreno, aunque sin cesar sus fuegos. Nuestros batallones avanzaban, y apoyados por el primer escuadrón del *Regimiento de Honor* del señor general Páez y por el Estado Mayor de este general, desalojaron completamente al enemigo de la altura. El ejército pasaba rápidamente el desfiladero por dos estrechas sendas, y el enemigo, aunque desalojado de su primera posición, había podido rehacerse, y procuró aprovechar el momento de hacer una nueva carga con su caballería, mientras que nuestros piquetes de esta arma, que habían pasado, perseguían y despedazaban á sus batallones, que huían.

„Algunos de nuestros piquetes de caballería del primer escuadrón del *Regimiento de Honor* y el Estado Mayor del señor general Páez se reunieron en número de 80 ó 100 hombres, y ellos solos bastaron para rechazar y poner en derrota toda la columna de caballería enemiga. Desde este momento el triunfo quedó completo. El enemigo no pensó sino en huir y salvarse.

„Nuestra caballería, que sucesivamente iba recibiendo refuerzos de todos los escuadrones que pasaban el desfiladero, hizo la persecución con un vigor extraordinario. Batallones enteros se tomaron prisioneros; otros, arrojando sus armas, se dispersaron disueltos por los bosques.

„Los dos batallones enemigos que habían queda-

do cubriendo el camino principal de San Carlos flanqueándolo por la derecha, no entraron en combate y pretendieron retirarse del campo en masa. Nuestra caballería procuró entretenerlos mientras salía la infantería; pero no logró sino obligarlos á que precipitasen la retirada y perdiesen algunos hombres que se dispersaban. Hasta las inmediaciones de Valencia vino el ejército persiguiendo la columna, y fué en esta operación donde el ardor de nuestros jefes y oficiales de caballería hizo sensible nuestra pérdida.

„Como nuestra infantería, estropeada con las largas marchas que había hecho durante la campaña, no podía sostener el paso de trote que llevó el enemigo por seis leguas, nuestra caballería se empeñó en entretenerlo para dar tiempo á que llegasen algunos batallones. A veces las escaramuzas se convertían en cargas que, aunque costaron bastante al enemigo, causaron á la república el grave dolor de perder á uno de sus más esclarecidos generales y al bravo teniente coronel Mellao, que mandaba los *Dragones de La Guardia*. La columna enemiga se había defendido valientemente, á pesar de que se había disminuído mucho. S. E. temió que si entraba á Valencia no era posible impedirle el paso á Puerto Cabello, y á una legua de aquella ciudad hizo que los batallones *Rifles* y *Granaderos de La Guardia* montasen á caballo y fuesen al galope en su alcance.

„Casi al entrar á las primeras calles de aquella ciudad tuvieron nuestros *Granaderos* la fortuna de alcanzarla; pero apenas se vió cargada por ellos, cuando se dispersó y desapareció del todo. Valen-

cia fué ocupada en el acto, y algunos destacamentos siguieron hasta Naguanagua, persiguiendo á los jefes españoles que huían hacia Puerto Cabello.

„Por los prisioneros tomados, supo S. E. que el día antes de la batalla había marchado el coronel español Tello con dos batallones, *Navarra* y *Barinas*, á reforzar á San Felipe, ignorando el enemigo que la columna del señor coronel Carrillo la había ocupado ya. S. E. destacó del Tocuyito al teniente coronel Heras con tres batallones, á tomar la espalda de Tello y cooperar á batirlo con el señor coronel Carrillo. Aun no se sabe el resultado final de esta operación, que tal vez queda sin efecto, porque Tello emprendió su retirada sobre Puerto Cabello antes de que nuestras tropas lo avistasen.

„Al amanecer del 25, marchó el señor coronel Rangel á establecer el bloqueo de Puerto Cabello, y desde el 26 quedó formada la línea de simple bloqueo, porque era preciso aguardar el complemento de nuestras operaciones para estrecharla y formar la de sitio.

„Por la tarde del 25, después de arreglado el Gobierno de Valencia, organizando de nuevo el ejército y destacando algunos cuerpos sobre Calabozo y el Pao á perseguir los dispersos que hubiesen tomado aquellas direcciones, marchó S. E. sobre esta capital con tres batallones de su *Guardia* y el *Regimiento de Honor* del señor general Páez. Su objeto era tomar la espalda de la división con que el coronel español Pereira perseguía al señor general Bermúdez sobre los Valles del Túy. No me es posible informar aún á V. E. de los prodigios que este célebre general ha obrado con una pequeña

división, por esta parte, en cumplimiento de las órdenes que tenía. Baste decir á V. E. que los pueblos y el enemigo están asombrados y no alcanzan á expresar toda su admiración, ni decidir si han sido mayores su valor y su audacia, ó su prudencia y habilidad. Esperamos por momentos su arribo á esta ciudad, y entonces, impuesto detenidamente de sus operaciones, tendré la satisfacción de comunicarlas á V. E.

„El coronel Pereira, al saber la derrota del ejército español, replegó sobre esta capital y envió una partida de *Húsares* sobre los Valles de Aragua á saber nuestra situación. La partida fué sorprendida y apresada por un piquete de lanceros del *Regimiento de Honor*, que se había adelantado ya de San Pedro. Pereira se retiró sin esperar más resultado sobre La Guaira; pero sabiendo en el tránsito que no había en aquel puerto buques en que embarcarse, convirtió su marcha hacia Carayaca buscando algún camino que lo conduzca á Puerto Cabello, por la costa. No habiendo hallado ninguno, ha emprendido su retirada por los montes elevados y espesos bosques que dividen del mar á los Valles de Aragua. El señor coronel Manrique, con dos batallones y un trozo de caballería, había ido á buscarlo á Carayaca; pero instruído de la dirección que lleva, se ha puesto en su persecución. El comandante Arguíndegui quedó en los Valles de Aragua con su batallón para cortar á Pereira por cualquier vía que tome, bien sea por la costa ó por la cordillera. Si recibe oportunamente los avisos que se le han dirigido, puede asegurarse la absoluta destrucción de aquella división, que de 1.500

hombres queda ya reducida á 600, por las pérdidas en los combates frecuentes con el señor general Bermúdez y por las deserciones que ha sufrido en la retirada.

„S. E. tuvo la particular satisfacción de entrar solo con su Estado Mayor y el del señor general Páez en esta capital el 29. La ciudad, que acababa de ser evacuada el día anterior, había estado desierta hasta la hora en que el edecán Ibarra se presentó en medio de ella á anunciar la aproximación de S. E.

„No hubo tiempo de que se hiciesen otros preparativos que los del corazón, y ha sido éste el modo con que Caracas ha expresado más vivamente sus sentimientos de gratitud y amor al Libertador de la patria, y su ardiente entusiasmo por la libertad.

„Las calles, desiertas dos horas antes, se vieron de repente llenas de una concurrencia numerosa é inmensa; las casas cerradas se abrieron y se iluminaron. S. E. entró en medio de las aclamaciones y transportes de un pueblo que, enajenado de placer, corría en tropel á participar de la felicidad de volver á ver, de estrechar y abrazar mil veces al Padre de la Patria. Mujeres y hombres, niños y ancianos, todos iban mezclados, confundiendo sus vivas. Hasta las doce de la noche no cesó de renovarse el concurso en la casa; y fué preciso cerrarla al fin, para poderse ocupar S. E. de algunos negocios importantes. Al amanecer se ha repetido la escena de la noche y ha continuado por todo el día.

„El edecán Ibarra marchó esta mañana á apoderarse de La Guaira, que está evacuada, y ha participado ya su entrada allí sin novedad.

„V. E. extrañará que no haya recomendado particularmente á ningún jefe ni oficial en la batalla, porque sería necesario mentar en esta parte los nombres de todo el ejército, por lo menos los de toda la primera división y de todos los jefes de las otras. Generales, jefes, oficiales y tropa, todos indistintamente se han manifestado en este memorable día dignos defensores de la República."

Desde el siguiente día de la batalla el Libertador había hecho la relación del triunfo en una carta al vicepresidente de Colombia, concebida en estos términos:

"Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la república de Colombia.

„Reunidas las divisiones del ejército libertador en los campos de Tinaquillo el 23, marchamos ayer por la mañana sobre el cuartel general enemigo situado en Carabobo, en el orden siguiente: la primera división, compuesta del bravo batallón *Británico*, del *Bravos de Apure* y 1.500 caballos, á las órdenes del señor general Páez. La segunda, compuesta de la segunda brigada de *La Guardia*, con los batallones *Tiradores*, *Boyacá* y *Vargas*, y el *Escuadrón Sagrado* que manda el impertérrito coronel Aramendi, á las órdenes del señor general Cedeño. La tercera, compuesta de la primera brigada de *La Guardia*, con los batallones *Rifles*, *Granaderos*, *Vencedor de Boyacá*, *Anzoátegui* y el regimiento de caballería del intrépido coronel Rondón, á las órdenes del señor coronel Plaza.

„Nuestra marcha por los montes y desfiladeros que nos separaban del campo enemigo fué rápida y ordenada. A las once de la mañana desfilamos por nuestra izquierda al frente del ejército enemigo bajo sus fuegos; atravesamos un riachuelo, que sólo daba frente para un hombre, á presencia de un ejército que, bien colocado en una altura inaccesible y plana, nos dominaba y nos cruzaba con todos sus fuegos.

„El bizarro general Páez, á la cabeza de los dos batallones de su división y del regimiento de caballería del valiente coronel Muñoz, marchó con tal intrepidez sobre la derecha del enemigo que en media hora todo él fué envuelto y cortado. Nada hará jamás bastante honor al valor de estas tropas. El batallón *Británico*, mandado por el benemérito coronel Ferrier, pudo aún distinguirse entre tantos valientes y tuvo una gran pérdida de oficiales.

„La conducta del general Páez en la última y en la más gloriosa victoria de Colombia, lo ha hecho acreedor al último rango en la milicia, y yo en nombre del Congreso le he ofrecido en el campo de batalla el empleo de general en jefe del ejército.

„De la segunda división no entró en acción más que una parte del batallón *Tiradores de la Guardia*, que manda el benemérito comandante Heras. Pero su general, desesperado de no poder entrar en la batalla con toda su división por los obstáculos del terreno, dió solo contra una masa de infantería y murió en medio de ella del modo heroico que merecía terminar la noble carrera del bravo de los bravos de Colombia. La república ha perdido en el general Cedeño un grande apoyo en paz ó en guerra:

ninguno más valiente que él; ninguno más obediente al Gobierno. Yo recomiendo las cenizas de este general al Congreso soberano para que se le tributen los honores de un triunfo solemne. Igual dolor sufre la república con la muerte del intrepidísimo coronel Plaza, que, lleno de un entusiasmo sin ejemplo, se precipitó sobre un batallón enemigo á rendirlo. El coronel Plaza es acreedor á las lágrimas de Colombia y á que el Congreso le conceda los honores de un heroísmo eminente.

„Disperso el ejército enemigo, el ardor de nuestros jefes y oficiales en perseguirlo fué tal, que tuvimos una gran pérdida en esta alta clase del ejército. El *Boletín* dará el nombre de estos ilustres.

„El ejército español pasaba de seis mil hombres, compuesto de todo lo mejor de las expediciones pacificadoras. Este ejército ha dejado de serlo. Cuatrocientos hombres habrán entrado hoy á Puerto Cabello.

„El ejército libertador tenía igual fuerza que el enemigo, pero no más que una quinta parte de él ha decidido la batalla. Nuestra pérdida no es sino dolorosa: apenas 200 muertos y heridos.

„El coronel Rangel, que hizo como siempre prodigios, ha marchado hoy á establecer la línea contra Puerto Cabello.

„Acepte el Congreso soberano, en nombre de los bravos que tengo la honra de mandar, el homenaje de un ejército rendido, el más grande y más hermoso que ha hecho armas en Colombia en un campo de batalla."

III.—Recuerdos de la guerra.

En la mañana del día de la batalla de Carabobo almorzó el Libertador en el alto de Buenavista, desde donde se divisa, como lo implica su nombre, un bello paisaje ó vista.

Algunos jefes y oficiales del ejército le acompañaban. La conversación, como sucede en tales casos, rodó sobre el éxito probable de la batalla que iba á librarse. Cedeño y Plaza no tomaban parte en la animada discusión, y habiéndolo observado uno de sus camaradas, le preguntó á Cedeño el motivo de su silencio. *Estaba pensando*—respondió—*qué bonito muerto haría Plaza. Y yo*—dijo Plaza—*estaba reflexionando en cuál será la bárbara temeridad que le llevará á usted á su fin.* Antes de hundirse el sol en Occidente, habían dejado de existir estos dos bizarros jefes.

¡Extraña es la suerte del militar, y á cuántos curiosos lances expuesta! Referiré, á propósito, lo que aconteció á dos oficiales que se hallaron presentes en aquel almuerzo. Ambos habían caído en manos de los españoles, y, como era natural, fueron sentenciados á muerte. Á uno de ellos, el teniente coronel Sánchez, edecán del general Páez, lo mandó Boves decapitar, y junto con otros que debían

sufrir la misma pena, le sacaron á la plaza de Valencia; allí recibió un machetazo en el pescuezo, que le dejó por muerto, mas el golpe no fué mortal. En la noche su esposa recogió el cuerpo para darle sepultura; pero al llevarlo á su casa, dió señales de vida. La familia, asustada, salió á llamar al cura, quien examinó la herida y vió que el caso no era desesperado. Siendo tanto el terror que inspiraba Boves, nadie se atrevía á prestar auxilio á aquel desgraciado en su terrible trance; sin embargo, el caritativo sacerdote, á riesgo de su vida, le escondió bajo el altar de la iglesia, donde permaneció hasta que, curado de la herida, pudo escaparse y reunirse con sus compañeros de armas.

El capitán Ibáñez, edecán del Libertador, debió también su salvación á una mera casualidad. Hecho prisionero en un encuentro con los realistas cerca de Ocaña, en el año de 1820, se dió inmediatamente la orden de fusilarle. La escolta encargada de la ejecución hizo la descarga. Ibáñez recibió un balazo en la cabeza y dos en la mano derecha, cayó y se le creyó muerto; afortunadamente para él, nadie quedó más convencido de ello que los mismos soldados, los que al verle en tierra diéronse á despojarle de sus vestidos, agujereados por las balas y quemados por los tacos: tan de cerca le habían hecho los disparos.

Estando en esto apareció una guerrilla colombiana, los atacó y puso en fuga. El cuerpo de Ibáñez yacía insensible, bañado en sangre; cuando se abría la fosa para enterrarle é iban ya á depositarlo en ella, volvió en sí... Muchos otros casos semejantes podría referir que ocurrieron en el curso de la guerra.

IV.—El Libertador entra en Caracas. Capitulación de Pereira.

Dadas las instrucciones necesarias al coronel Rangel, destinado á bloquear á Puerto Cabello; destacado un cuerpo á órdenes del coronel Heras contra Tello, que había marchado á atacar á Carrillo en San Felipe, la víspera de la batalla, y despachado otro en persecución de los dispersos que habían tirado por la vía del Pao y de Calabozo, marchó el Libertador, á la cabeza de tres batallones de *La Guardia* y un escuadrón de lanceros, á ocupar á Caracas é intimar rendición á la columna que andaba en persecución de Bermúdez. El coronel Pereira, militar de gran valor, jefe de esta columna, al saber la derrota de La Torre, intentó marchar á Puerto Cabello por la costa; pero no pudiendo efectuarlo, volvió á La Guaira á tiempo que estaba en el

puerto una escuadra francesa y se hallaba á la vista el convoy español que conducía á O'Donojú y á Mourgeon, cuyo comandante, receloso de que los buques franceses fuesen republicanos, hizo rumbo á Puerto Cabello, dejando á Pereira sin tan oportuno auxilio. Tan desventurado anduvo éste, que no consiguió del almirante francés el permiso de embarcarse con las tropas en su escuadra.

El Libertador llegó á Caracas en la noche del 29, acompañado solamente de su Estado Mayor y del general Páez. Supo el 30 el movimiento de Pereira y envió al teniente coronel Ibarra, su edecán, con un piquete de dragones á ocupar La Guaira, lo que verificó; pero á causa de la contramarcha de Pereira, tuvo que retirarse. Noticioso el Libertador de lo que sucedía, marchó á aquel puerto con las fuerzas que habían llegado de Valencia.

Pereira, perdida toda esperanza de socorro, se entregó en virtud de la honrosísima capitulación que le concedió Ibarra, la que fué aprobada por el Libertador (1).

El cuerpo del coronel Tello, más afortunado, logró entrar en Puerto Cabello antes de establecerse el bloqueo de la plaza. Todo el país, con excepción de esta fortaleza y la de

(1) Véase lo relativo á esta capitulación en el tomo XVIII, páginas 359, 362, 363, 364 y 365 de la correspondencia de *Memorias del general O'Leary*.

Cumaná, quedó sometido al Gobierno republicano.

Bolívar, después de una ausencia de siete años de pruebas, reveses y victorias, tuvo la dicha de volver triunfante á su ciudad natal.

DESPUÉS DE CARABOBO

(1821)

I.—Entusiasmo de Caracas.—Bolívar en sus posesiones de San Mateo.

Casi rayó en delirio el entusiasmo de los habitantes de Caracas al ver entre ellos el esforzado campeón de la independencia americana.

Aunque ya entrada la noche cuando se supo su llegada á la ciudad, un gentío inmenso de todas clases y condiciones invadió su casa ansiosos de verle, y no fué sino después de media noche cuando pudo escapar de la grande ovación, para entregarse al descanso, de que tanto había menester.

No obstante su larga ausencia de Caracas y del entrañable cariño que le tenía y de la necesidad de reposo, después de las fatigas de la campaña y del despacho incesante de los

negocios públicos, su permanencia fué sólo de pocos días.

Organizado el Gobierno de la provincia y dejando instrucciones á Soublette para la buena marcha de la administración, regresó á Valencia, y aunque visitó una vez más la capital de Venezuela, fué más breve aún su estancia en ella que en la anterior ocasión. En el camino principal de Caracas á Valencia está situada la valiosa hacienda de San Mateo, que había heredado de sus padres, y que era de todas sus propiedades á la que tenía Bolívar más apego, por los recuerdos que le traía á la memoria. Allí pasó la infancia con sus dulces encantos, y luego los días apacibles y felices de la juventud. Más tarde fué también aquel sitio memorable teatro de sus glorias. En esta hacienda se detuvo por algunos días, entregado á las gratas labores de la vida campestre, á que tanto era adicto. De los mil esclavos que poseía antes de la revolución, sólo halló tres, é inmediatamente les dió la libertad.

Volvió á Caracas, como ya he dicho, y el 1.° de Agosto partió definitivamente con destino á Bogotá, á dar cima al glorioso proyecto que le preocupaba entonces—la libertad del Sur de la república—, pues para él no había vagar en tanto hubiese enemigos que combatir.

II.—Congreso de Cúcuta.—Oficio al Presidente del Cuerpo legislativo.

Mientras se cumplían los sucesos militares que he narrado, otros de carácter político y de grande transcendencia se verificaban en el Rosario de Cúcuta, bajo los auspicios de los triunfos del ejército libertador. Antes de seguir á Bolívar en su viaje á la Nueva Granada haré una ligera reseña de los trabajos del Congreso. El de Angostura, después de decretar la unión, designó la ciudad del Rosario de Cúcuta para asiento de la capital de Colombia, y á ella se trasladó el Gobierno general de la república á princios de 1821. Poco después de establecida la capital en aquella villa, falleció el vicepresidente Roscio. Sensible en todo sentido fué la muerte de este virtuoso patriota, que consagró toda su vida á la patria, y tanto más lamentable ahora cuando su grande experiencia habría podido contrarrestar la manía de innovaciones, cuyos síntomas se dejaban traslucir en algunas secciones del país en esta época. El Libertador nombró al general Luis Eduardo Azuola para sucederle; pero este excelente ciudadano sobrevivió muy poco á su predecesor.

Para reemplazarle fué escogido el distin-

guido general Nariño, hombre de raros talentos y antiguos merecimientos en la causa por la cual había sufrido tanto y de la que era uno de los fundadores y fiel sostenedor. Durante su administración se inauguró, el 6 de Mayo, el primer Congreso constitucional de las diez y nueve provincias libres de Colombia, que había sido convocado por el de Guayana (1).

La ratificación de la unión (entre la antigua Capitanía general de Venezuela y el antiguo virreinato de Nueva Granada) y la forma de gobierno ocuparon primeramente las sesiones del Congreso. Después de largos debates, y no sin sostenida oposición, se convino en adoptar el sistema central; acordóse la unión por unanimidad, y el 6 de Junio se anunció ésta á los pueblos en un manifiesto.

Había ya comenzado la campaña cuando el presidente del Congreso participó á Bolívar su instalación. Al mismo tiempo supo éste que sus enemigos se empeñaban, con crueles calumnias, en manchar todavía su reputación y rebajar, aunque sin conseguirlo, la merecida estima en que el pueblo le tenía.

Nadie era más sensible á semejantes ataques que Bolívar. Ni la convicción íntima de la injusticia de tales desahogos, ni la insignificancia de los individuos promotores de esas

(1) Los representantes de sólo diez y nueve provincias concurrieron á este acto.

calumnias, bastaban á calmar la dolorosa impresión que le causaban. Muchas veces le vi lleno de ira, ó más bien sufriendo indecible tormento, con la lectura de un artículo escrito contra él en algún despreciable papelucho. Puede esto no ser característico de un alma grande, pero sí manifiesta gran respeto á la opinión pública. La carta siguiente, al Congreso, demuestra bien los sentimientos que le dominaban al tiempo de escribirla:

«Señor:

„El acto augusto de la instalación del Congreso general de Colombia, compuesto de los representantes de veintidós provincias libres, ha puesto el colmo á mis ardientes votos. La República, fundada ahora sobre la más completa representación de los pueblos de Cundinamarca y Venezuela, se elevará á la cumbre de la dicha y de la libertad á que aspira esta naciente nación; y yo, al ver que los legítimos depositarios de la soberanía del pueblo ejercen ya sus sagradas funciones, me juzgo eximido de toda autoridad ejecutiva.

„Nombrado por el Congreso de Venezuela presidente interino del Estado, y siendo vuestra representación la de Colombia, no soy yo el presidente de esta República, porque no he sido nombrado por ella; porque no tengo los talentos que ella exige para la adquisición de su gloria y bienestar; porque mi oficio de soldado es incompatible con el de magistrado; porque estoy cansado de oirme llamar tirano por mis enemigos, y porque mi carácter y

sentimientos me oponen una repugnancia insuperable.

„Dignaos, señor, acoger con toda vuestra bondad mi más reverente homenaje, la profesión que os hago de mis más cordial adhesión y el juramento más solemne que os presto de mi más ciega obediencia. Pero si el Congreso soberano persiste, como me lo temo, en continuarme aún en la presidencia del Estado, renuncio desde ahora para siempre hasta el glorioso título de ciudadano de Colombia, y abandono de hecho las riberas de mi patria."

No satisfecho con esta carta enérgica, el Libertador hizo que el coronel Briceño Méndez, secretario de la Guerra, escribiese á sus amigos de Cúcuta, encareciéndoles se interesasen á fin de que sus deseos fuesen atendidos por los miembros del Congreso y le aceptasen la renuncia. Escribió también á Nariño, que, según se decía, aspiraba á la presidencia, demostrándole la necesidad de que el Congreso accediera á su súplica, y nombrándole algunas personas que él consideraba capaces de desempeñar la primera magistratura. Entre estos individuos había algunos que le eran contrarios en política y otros que sospechaba de hostiles á su persona; pero como en el largo transcurso de su carrera pública siempre antepuso los intereses de la patria á los suyos, no hizo caso en ésta, como en ninguna otra ocasión, de ta-

les enemistades. El Congreso, sin embargo, no creyó conveniente admitir la renuncia. Esta Corporación se componía de hombres de talento y respetabilidad que tenían á pecho el bien de la patria y no querían exponerla confiando la dirección de los negocios públicos á manos inexpertas. Apelaron al patriotismos de Bolívar, apelación que nunca se le hizo en vano, y ambos continuaron sus útiles labores: el Congreso constituyendo la República, y Bolívar coronándola con los laureles de la victoria.

III. —Después de Carabobo.

El triunfo de las armas colombianas en el campo de Carabobo llenó de júbilo al Congreso, como era natural. Se decretaron los honores del triunfo al Libertador, y el artículo 5.º del decreto decía:

"Para recordar á la posteridad la gloria de este día, se levantará una columna ática en el campo de Carabobo. El primer frente llevará esta inscripción:

„*Día 24 de Junio del año XI.*—SIMÓN BOLÍVAR, *vencedor. Aseguró la existencia de Colombia.*

„Se hará después mención del Estado Mayor general.—En los otros tres frentes se inscribirán por su orden los nombres de los generales de las tres di-

visiones de que se componía el ejército, y los nombres de los batallones y regimientos de cada una, con los de sus respectivos comandantes.

„6.° En el lado de la base que corresponde á la segunda división, se verá grabado:

„*El general Manuel Cedeño.—Honor de los bravos de Colombia.—Murió venciendo en Carabobo.—Ninguno más valiente que él.—Ninguno más obediente al Gobierno.*

„En el lado de la base que corresponde al frente de la tercera división, se leerá:

„*El intrépido joven general Ambrosio Plaza—Animado de un heroísmo eminente—Se precipitó sobre un batallón enemigo.—Colombia llora su muerte.*

„7.° Se colocará en un lugar distinguido en los salones del Senado y cámara de representantes el retrato del general Simón Bolívar, con la siguiente expresión:

SIMÓN BOLÍVAR —LIBERTADOR DE COLOMBIA.

„8.° Se concede al bizarro general José Antonio Páez el empleo de general en jefe, que por su extraordinario valor y virtudes militares, le ofreció el Libertador á nombre del Congreso, en el mismo campo de batalla.

„9.° Todos los individuos del ejército vencedor en aquella jornada llevarán en el brazo izquierdo un escudo amarillo, ornado con una corona de laurel con este mote: *Vencedor en Carabobo, año XI.*

„10. El Libertador, además, presentará muy especialmente á nombre del Congreso el testimonio

de agradecimiento nacional al esforzado batallón *Británico*, que pudo aún distinguirse entre tantos valientes, y sufrió la pérdida lamentable de muchos de sus dignos oficiales, contribuyendo de esta suerte á la gloria de su patria adoptiva" (1).

La gratitud del Congreso, más de una vez, honró las proezas de Bolívar con decretos semejantes. Sin embargo, en toda la extensión de Colombia no hay columna, ni estatua, ni busto que "recuerde á la posteridad su nombre" ni sus hazañas (2).

---

(1) Véase este decreto. Tomo XVIII, pág. 441, de la correspondencia de *Memorias del general O'Leary*.

(2) Esto se escribía en 1832.—(N. del T.)

Tenía razón el traductor de O'Leary. Para 1832, fecha en que el prócer irlandés escribía sus *Memorias*, la ingratitud americana y el odio consecuente eran la única cosecha que recogía el Libertador, ya en la tumba desde dos años atrás, después de haber sembrado por todo un continente junto la libertad, la gloria y el laurel que la simboliza.

Pero corrió el tiempo, y á medida que el tiempo iba corriendo, ocurría un prodigio: los enemigos americanos del Libertador se iban hundiendo en la sombra y de la sombra iba surgiendo la figura del Superhombre.

Esas obras de arte que O'Leary echó de menos hace ochenta y cuatro años se multiplican hoy, espontáneas, por toda América, en honor de Bolívar. Los más grandes artistas modernos, un Tenerani, un Fremiet, lo han esculpido en mármol y en bronce. En innúmeras ciudades de América, desde Nueva York hasta Lima, se yergue en las plazas públicas la figura tutelar del Li-

El Libertador, aunque no era insensible á la alabanza digna, miraba con indiferencia esa

---

bertador. En los palacios federales de las repúblicas que libertó, preside su efigie, como un numen, los destinos de diversas naciones. En el campo de sus grandes batallas, monumentos que erigió la gratitud de los pueblos perpetúan el ejemplo y el genio de Bolívar.—Entre los mismos extraños no es difícil encontrar espontáneos homenajes del arte al Libertador de Sur-América: así, Estrasburgo, por ejemplo, ostenta en la estatua colosal de Gutemberg, obra de David d'Angers, un alto-relieve en bronce, representando, de cuerpo entero, á Bolívar, que levanta á un esclavo.

Y en cuanto á los pintores y escultores de nuestro continente, desde el peruano Gil hasta el semitudesco Eloy Palacios, ¿cuál de ellos no ha consagrado una hora de inspiración á nuestro ilimitado Libertador? Los cuadros de Tito Salas son una de las glorificaciones artísticas más recientes de la epopeya boliviana.

Y no es la artística la única forma de admiración y de gratitud americanas al Libertador. No existe en nuestro Continente capital de alguna importancia, desde Buenos Aires hasta Méjico, que no ostente en calles ó plazas el nombre de Bolívar. Barcelona, en la misma España, ha dado á una de sus calles el nombre del héroe, y Víctor Hugo quiso que París llevase, como lleva, en una de sus vías, el nombre que veneramos. "*Siendo Bolívar*, escribió el gran poeta, *nombre de Libertador, pertenece á París.*" Y París lo puso, no sólo á una calle, sino á una plaza: *Square Bolívar*, y á una entrada del Paseo de las *Buttes Chaumont: Porte Bolivar*, y á una plazoleta de encrucijada: *Carrefour Bolívar*.

Pero la geografía política ha sido aún más justiciera que la cortesía de los munícipes con este bienhechor de la Humanidad. En los Estados Unidos, en la Argentina,

especie de monumentos; quizás porque el conocimiento que tenía del carácter de sus com-

---

en las demás secciones del Continente, hasta en la distante Australia, ciudades y territorios, departamentos y Estados llevan el nombre del caraqueño. Hasta una república lo lleva. El mismo Alejandro el Grande, cuyo nombre se puso á una ciudad, no mereció el homenaje de que se le consagrase un país entero.

El nombre del Libertador, observa el geógrafo é historiador Arístides Rojas, "figura igualmente en las dos grandes secciones del Continente americano, desde la región de los lagos, en la América del Norte, hasta las elevadas cumbres de los Andes sur-americanos. A orillas del gran Mississipí está el Condado de Bolívar, con su capital Bolivia, de doce mil habitantes. Bolívar es la capital del Condado de Herdeman, á orillas del Hatchee, emporio del comercio en las regiones del viejo Tennessee. Bolívar es el nombre que llevan dos pueblos del Estado de Arkansas. El nombre de Bolívar se encuentra también á orillas del Missouri; y en los Estados de Pensylvania y Maryland, y en el poderoso Estado de Nueva York, y en el de Arkansas, y en el de Tejas, y en el de Alhabama, y en el de Ohio y en otros muchos lugares. Más hacia el Sur, después de atravesar el Archipiélago antillano, aparece el nombre de Bolívar en dos florecientes Estados de las Repúblicas de Venezuela y Nueva Colombia. Bolívar es la ciudad del Orinoco, la capital de esa dilatada Guayana, patria del Dorado, emporio de la raza caribe y lugar célebre por las exploraciones de Ordaz y de Raleigh, de Solano y de Humboldt. Más al Sur todavía, y al pie de las grandes Cordilleras coronadas por el Illimani y Soratá, está la más joven de las repúblicas sur-americanas: Bolivia." *(Orígenes I. 188-189.)*

Acaso á la fecha en que el sabio geógrafo é historia-

patriotas le hacía menos grato verse representado en mármol ó en bronce, previendo,

---

dor escribió la precedente enumeración se deban las omisiones de territorios consagrados, tal vez más tarde, á perpetuar el mismo nombre.

Habría que añadir á la lista de Arístides Rojas: *Bolivia*, en New South Wales ó Nueva Gales del Sur, en Australia; un Estado del Ecuador; infinitos pueblos, distritos, cantones en toda la América Latina y el *Departamento Bolívar*, en la República Argentina, con su capital ó cabeza de Departamento *Bolívar*, de veinticinco á treinta mil habitantes *(en 1915)*. (En la provincia de Vizcaya, en España, varios sitios ostentan el nombre de Bolívar. Pero se debe á los abuelos del Libertador, no á él; por eso no se les menciona aquí.)

Ya en vida, como á todo hombre de alta figuración, la fama sonó trompetas en su loor; y se le celebró por distintos medios.

La moda, en París, adoptó su nombre. Víctor Hugo, en *Los miserables*, lo recuerda. "*Les avoués maintenant ont de fracs à l'anglaise et des Bolivars; on ne sait jamais, à leur costume, s'ils vont au bal ou au Palais*", exclama cierto personaje en una comedia de Scribe. Entonces su nombre resonó en los versos de Olmedo, de Byron, de Casimir Delavigne... De Pradt lo comprende y lo juzga muy superior á Washington. Byron, sediento de libertad, da á su yate el nombre que la simboliza: *Bolívar*. "*Sois el primer ciudadano del mundo*", le escribe el general Alejandro de Lameth, antiguo soldado y convencional francés. Un oficial de la marina de guerra norte-americana, interpretando el sentir de ambos mundos, lo llama "*el más grande de los hombres vivos*".

Cuando murió y "dejó una familia de pueblos", según la expresión de Martí, sobrevino la sombra, la calum-

sin duda, que si se erigían monumentos en su honor, serían algún día destruídos, pues el

---

nia, el olvido: era la obra y el pago de esa familia de pueblos.

Pero después el tiempo y la historia reivindicadores; la distancia, favorable á la perspectiva, y la inmanente justicia hicieron abrir los ojos á la posteridad, y Bolívar adquirió para el mundo la vertiginosa estatura en que lo admiraron sus contemporáneos y en que hoy definitivamente lo admiramos.

Si el Arte lo ha hecho suyo; si la Geografía ha vinculado el nombre del Libertador á la división territorial y política de la Tierra, la Ciencia, por medio de sus más ínclitos apóstoles, ha rendido al hombre que "llenó un mundo con sus beneficios y ambos con su nombre", el homenaje más solemne y magnífico.

Bolivarie, en francés, ó *bolivaria*, en español, se nombró en Europa á una familia de plantas del género menodoro. *(Véase Larousse, letra* B, *pág. 899.)*

Por último, la Astronomía acaba de escribir con luz de astros el nombre de Bolívar en el espacio, entre los de Marte y Júpiter. Ni Alejandro, ni Sesostris, ni César, ni Carlomagno, ni Napoleón, merecieron de la posteridad homenaje tan espontáneo y tan insigne.

He aquí cómo divulgó la noticia de este suceso *La Revista de América*, dirigida en París por D. Francisco García Calderón, en el número correspondiente á Mayo de 1914:

«*Un planeta nuevo lleva hoy el nombre de Bolívar.*

Como los antiguos daban á sus héroes la gloria estelar, el Libertador de un mundo, que fué Júpiter Tonante ó Hércules de raros prodigios, que impuso la armonía en el caos como los demiurgos, y anunció el porvenir como los augures, se eleva hoy de la Tierra, que holló en mar-

odio de partido es por desgracia en la América del Sur más vehemente que en ninguno otro pueblo del mundo.

Ocupado su pensamiento con la expedición al Sur, puso particular esmero en la elección de los cuerpos que la formarían, y á cada uno señaló el camino que debía seguir hasta llegar al punto convenido de reunión. Sus órdenes é instrucciones á los diferentes jefes son modelos de claridad y de precisión militar, no sólo en ésta, sino en todas sus campañas.

Salió definitivamente de Caracas el 1.º de Agosto, dejándola en el goce de la paz, bien

---

chas triunfales, á la dignidad tutelar de los grandes planetas.

Desde hoy la América inquieta tiene en el cielo inclemente un astro propicio; y en el silencio de sus noches de rara transparencia podrá escuchar la música de las esferas, que inspira orden y paz.

El patriarca de la Astronomía, Flammarión, propuso al profesor Kobold, director de la ASTRONOMISCHE NACHRICHTEN, *de Kiel, órgano oficial de los descubrimientos de nuevos planetas, que se diera á uno de éstos el nombre de* BOLIVIANA, *ya que, por tradición, se les designa con nombres femeninos.*

El profesor Max Wolf, director del Observatorio de Heidelberg, indicó el planeta que lleva el número 712, descubierto en 1911.

BOLIVIANA *gravita á la distancia 2.66 (la de la Tierra ès 1). Es decir, hacia cuatrocientos millones de kilómetros del Sol, entre Marte y Júpiter.»*

Un poeta americano, el Sr. Ismael Urdaneta, ha salu-

defendida por tropas numerosas y aguerridas, aunque empobrecida por la guerra larga y devastadora que había sido el azote de Venezuela más que de ninguna otra sección de la América.

El general Soublette, como dije antes, quedó ejerciendo las funciones de vicepresidente del departamento de Venezuela. Los servicios de Páez fueron también recompensados con el mando civil y militar de la provincia, además del alto rango que se le había conferido en el ejército. Despidióse el Libertador

---

dado al nuevo planeta con el precioso soneto que se transcribe:

BOLIVIANA

(Nuevo planeta entre Marte y Júpiter.)

¡Oh, Bolívar, que al épico litigio
de la América esclava y el ibero
das fin, y, para admiración de Homero,
ciñes á un continente el gorro frigio!

¡Qué bien está tu nombre alto y severo
y, como siempre, en alas del prodigio,
rodando, en exotérico prestigio,
por el cielo, en la lumbre de un lucero!

Libertador, divino lauro es este:
que por tu nombre escapes de la Tierra
y en un fulgor los ámbitos reboses,

luciendo, en la mecánica celeste,
entre Marte, el dios mismo de la guerra,
y Júpiter, el padre de los dioses.

(NOTA DE R. B.-F.—1915.)

de Caracas y de sus habitantes con estas palabras:

"*¡Caraqueños!* Una victoria final ha terminado la guerra de Venezuela. Sólo una plaza fuerte nos queda que rendir. Pero la paz, más gloriosa que la victoria, debe ponernos en posesión de esta plaza y de los corazones de nuestros enemigos. Todo se ha hecho por adquirir la libertad, la gloria y el reposo; y todo lo tendremos en el curso del año.

„*¡Caraqueños!* El Congreso general con su sabiduría os ha dado leyes capaces de hacer vuestra dicha. El ejército libertador con su virtud militar os ha vuelto á la patria. Ya, pues, sois libres.

„*¡Caraqueños!* La unión de Venezuela, Cundinamarca y Quito ha dado un nuevo realce á vuestra existencia política, y cimentado para siempre vuestra estabilidad. No será Caracas la capital de una república; será sí la capital de un vasto departamento, gobernado de un modo digno de su importancia. El vicepresidente de Venezuela goza de las atribuciones que corresponden á un gran magistrado; y en el centro de la república encontraréis una fuente de justicia, siempre derramando la beneficencia por todos los ángulos de la patria.

„*¡Caraqueños!* Tributad vuestra gratitud á los sacerdotes de la ley, que desde el santuario de la justicia os han enviado un código de igualdad y de libertad.

„*¡Caraqueños!* Tributad vuestra admiración á los héroes que han creado á Colombia."

De camino para Bogotá pasó por Valencia, San Carlos y Barquisimeto. De allí se dirigió á Carora con intención de ir hasta Coro á batir las fuerzas que La Torre había mandado desde Puerto Cabello á sublevar aquella provincia, cuya sumisión á Urdaneta en el mes de Mayo había sido más aparente que real. Á punto ya de partir con el objeto indicado, recibió la noticia de la sumisión de Inchauspe y de la retirada de Tello con trescientos hombres, por lo cual siguió á Trujillo, recibiendo en todas las ciudades del tránsito los homenajes respetuosos de un pueblo agradecido. De Trujillo pasó á Betijoque, y atravesando el lago de Maracaibo en una pequeña goleta, desembarcó en el puerto del mismo nombre el 28 de Agosto.

Continuaron haciéndose con la mayor actividad los preparativos para la campaña. El Libertador, como de costumbre, lo inspeccionaba é impulsaba todo sin descanso. Dió las órdenes necesarias para que los cuerpos que había escogido fuesen destinados en primer lugar á Santa Marta, adonde pensaba dirigirse, tan luego como hubiese despachado los negocios públicos pendientes que se le habían acumulado en su último viaje. Entretanto, recibió aviso del presidente del Congreso, anunciándole su reelección á la presidencia de la república por el voto unánime de los miem-

bros de aquel cuerpo, y llamándole con insistencia á ocupar su puesto.

En obedecimiento á este mandato se puso en camino para Cúcuta, donde llegó en la noche del 22 de Septiembre.

IV. La Constitución de 1821.

Encontró ya sancionada la constitución, y aunque los defectos de que adolecía no se ocultaron á su penetración, creyó inútil cualquiera objeción.

Un poder legislativo omnipotente, un ejecutivo sin fuerza, excepto la que procedía de causas anormales, eran los rasgos prominentes de este código. Los legisladores de Cúcuta obraron, sin duda, por principios altamente patrióticos y honrosos; pero parecieron olvidar que legislaban para un pueblo no acostumbrado á la práctica de instituciones libres, que obligado por las circunstancias á hacer la guerra, había sido redimido por esfuerzos individuales de la servidumbre colonial y sometido luego al despotismo militar, á fin de asegurar su independencia, y que ese pueblo, bajo el régimen español ó bajo el republicano, era del todo incapaz para el goce de un sistema democrático.

Una población escasa y heterogénea, compuesta de blancos, negros é indios y de las castas intermedias, diseminada en un territorio vastísimo de diversos climas, desde la región de las nieves perpetuas hasta los arenales abrasados por los ardientes rayos de un sol tropical, sin más lazo de unión que la religión y la lengua, aquélla corrompida, degenerada ésta, no podía ciertamente considerarse preparada á hacer buen uso de su soberanía.

Bolívar había hecho su profesión de fe política ante el Congreso de Angostura, que adoptó parte de sus ideas y rechazó otras, no porque las encontrase impracticables, sino porque las creyó incompatibles con los principios que profesaba la mayoría de los miembros de aquella asamblea, y sacrificóse de este modo la conveniencia á la vanidad.

Las opiniones que había tenido la entereza de proclamar estaban todavía frescas en la memoria de todos, y por tanto consideró superfluo hacer nuevas indicaciones, que tal vez le habrían expuesto á la censura de sus conciudadanos. Contentóse, pues, con algunas observaciones confidenciales de tiempo en tiempo, á los miembros más prominentes del Congreso; pero el mal genio de la república, el genio de la demagogia triunfó sobre los dictados de la razón y los consejos de la ex-

periencia. Cuando las campanas del Rosario se echaron á vuelo para celebrar la constitución, el Libertador exclamó:

—*Están doblando por Colombia.*

El Congreso de Cúcuta estableció un Gobierno central y dividió el territorio en departamentos, provincias y cantones. Se abolieron las vicepresidencias en las anteriores grandes secciones, y á la cabeza de los departamentos se pusieron magistrados con la denominación de intendentes, que eran los agentes inmediatos del ejecutivo.

Á los intendentes estaban subordinados los gobernadores de provincia, y á éstos los jefes políticos que presidían los cantones. La organización era complicada y defectuosa, y tuvo en la práctica no pocos inconvenientes.

El poder legislativo se ejercía por dos Cámaras: la del Senado y la de representantes, cuyos miembros eran nombrados por colegios electorales.

Los electores recibían sus poderes por el voto de los ciudadanos que gozaban del derecho de sufragio; sólo podían ser electores los que tuviesen alguna propiedad del valor de $ 500 ó ejerciese una profesión ó arte liberal.

Para ser senador se necesitaba tener treinta años de edad, y veinticinco para representante, y además poseer una propiedad

del valor de $ 4.000 los senadores y de $ 2.000 los representantes.

El poder ejecutivo se ejercía por un presidente que duraba en sus funciones cuatro años, pudiendo ser reelegido por cuatro más. Las faltas temporales ó la absoluta del presidente las suplía el vicepresidente, nombrado del mismo modo y por el mismo tiempo que el presidente.

Tenía éste el mando en jefe de las fuerzas; era responsable de los actos de su Gobierno y su autoridad era en extremo limitada, excepto el caso de invasión extranjera ó de conmoción interior, y entonces asumiría todos los poderes de la nación. Según Bolívar, «era el Gobierno de Colombia un arroyuelo saludable ó un torrente devastador».

Los ministros de Estado no eran más que simples dependientes que comunicaban las órdenes del Gobierno, sin ser responsables de sus actos sino ante el jefe de la nación.

El poder judicial era absolutamente independiente del ejecutivo, que por otra parte debía velar, según la constitución, sobre la aplicación de las leyes; pero sin la facultad de castigar ni remover los jueces, en caso de mala conducta ó incapacidad, quedando así anulada su autoridad. En este punto, la administración de justicia en Colombia era radicalmente defectuosa, de que resultaba que

los jueces eran más bien protectores de los criminales.

El Congreso confirmó en parte los decretos de Bolívar que abolían la esclavitud. Desde la promulgación de la nueva ley, los hijos de las esclavas nacerían libres y los dueños de las madres tenían la obligación de mantenerlos hasta los diez y ocho años, y los manumisos, en recompensa, debían prestarles sus servicios durante este tiempo. Establecióse una contribución de un tres á un diez por ciento sobre la propiedad testada en Colombia, según el grado de parentesco entre el testador y el heredero, con el fin de reunir un fondo en favor de la manumisión de esclavos.

V.—Los esclavos negros y la filantropía del Libertador.

Aunque esta ley era humanitaria y en parte equitativa, no satisfizo á Bolívar, que en todos tiempos abogó por la abolición absoluta é incondicional de la esclavitud. Con estas bellísimas palabras la había él solicitado del Congreso:

"La sabiduría del Congreso general de Colombia está perfectamente de acuerdo con las leyes

existentes en favor de la manumisión de los esclavos; pero ella pudo haber extendido el imperio de su beneficencia sobre los futuros colombianos que, recibidos en una cuna cruel y salvaje, llegan á la vida para someter su cerviz al yugo. Los hijos de los esclavos que en adelante hayan de nacer en Colombia deben ser libres, porque estos seres no pertenecen más que á Dios y á sus padres y ni Dios ni sus padres los quieren infelices. El Congreso general, autorizado por sus propias leyes, y aún mas por las de la naturaleza, puede decretar la libertad absoluta de todos los colombianos al acto de nacer en el territorio de la república. De este modo se concilian los derechos posesivos, los derechos políticos y los derechos naturales.

„Sírvase V. E. elevar esta solicitud de mi parte al Congreso general de Colombia, para que se digne concedérmela en recompensa de la batalla de Carabobo, ganada por el ejército libertador, cuya sangre ha corrido sólo por la libertad.“

No había miras de interés ni ideas mezquinas de conveniencia que pudiesen reconciliarle con un sistema de tan palpable injusticia. Los motivos que le impulsaban á obrar así no pueden ponerlos en duda ni sus más apasionados adversarios políticos, puesto que desde el principio de la revolución dió pruebas prácticas de su filantropía, de que hay pocos ejemplos, y quizás ninguno que los supere en generosidad. Dando la libertad á los numerosos esclavos que había heredado, sacri-

ficó una espléndida fortuna y adquirió el derecho de abogar por la absoluta emancipación.

La raza infeliz, que por una política ciega y criminal fué arrancada de su país natal, para servir de eterno oprobio y maldición y azote del hemisferio occidental, debe más á Bolívar que á cuantos le han precedido ó le han sucedido en la regeneración de la humanidad.

No es solamente el sacrificio desinteresado de su propiedad particular lo que constituye el cúmulo de beneficios que le hizo, sino el efecto que produjo su generoso ejemplo. En la época de su mayor popularidad, hubo personas que en el empeño de captarse su voluntad, y sabiendo que el medio más eficaz de conseguirlo era ejerciendo actos de benevolencia en favor de los seres degradados que había tomado bajo su protección, destruían con sus propias manos los títulos infames que les daban derecho de propiedad sobre sus desgraciados semejantes.

Conocí algunos dueños de esclavos que hasta entonces habían ahogado sus sentimientos humanitarios, ocupados sólo en sus intereses, y que, á pesar de su decantado entusiasmo por la libertad, conservaban en vil servidumbre á centenares de esos desgraciados ilotas, tal vez para probar que la teoría y

la práctica no siempre marchan de consuno; pero esos dueños, más cortesanos que filántropos, rindieron á Bolívar el homenaje que habían negado á la justicia, dando la libertad hasta á una cuarta parte de sus esclavos. ¿Era esto tributo de respeto ó adulación? Sea como fuere, Bolívar lo aceptó gustoso.

VI.—Medidas y errores del Congreso.

Entre las medidas de cuestionable utilidad que dictó el Congreso de Cúcuta, se encuentra en primer lugar la de la traslación de la capital del Rosario de Cúcuta á Bogotá. Las principales razones alegadas fueron el mejor clima y la existencia de edificios públicos adecuados en esta ciudad, y también la necesidad de acercarse al teatro de la guerra que iba á trasladarse á las provincias del Sur. Nada más fútil, sin embargo, que estos pretextos.

La posición de Cúcuta, aunque más apartada que Bogotá del Sur, sin duda era preferible para capital de Colombia; con más la ventaja de que para ir á ella de cualquier punto de la república se puede hacer la mayor parte del camino por agua. Su clima es salubre y su situación le da casi todas las facilidades

de un puerto de mar, por su proximidad á Maracaibo. Pero la verdadera conveniencia de establecer la capital en Cúcuta venía de su cercanía á los importantes departamentos de Venezuela. Por desgracia, no se tuvo nada de esto en cuenta, por satisfacer los caprichos de Santander, á quien la influencia del Libertador había elevado á la vicepresidencia.

Santander veía de reojo la popularidad de Nariño en la Nueva Granada, especialmente en Bogotá, donde había nacido, hecho sus estudios y ejercido el mando. Temiendo esa popularidad, que era probable recuperaría estando lejos de la influencia inmediata del Gobierno, logró atraer á sus miras la mayoría del Congreso, que en la cuestión de cambio de capital, como en otras, votó con él. Esta decisión fué fatal á la paz y armonía de las dos secciones de la república en años posteriores.

Los legisladores de Cúcuta no se limitaron á promulgar una constitución, sino que, arrogándose las funciones de Congreso constituyente, derogaron algunas de las antiguas leyes y dictaron otras para sustituirlas.

Sus medidas fiscales llevan el sello de la liberalidad, pero no convenían al estado de atraso del país. Quitóse el derecho de alcabalas y se dió libre la destilación de licores espirituosos, reemplazando estos pechos con la

contribución territorial directa; suprimiéronse varios conventos, y aunque se les destinó á objetos de educación, se hirió con ello las preocupaciones religiosas del pueblo; y se abolió la censura previa que entrababa la libertad de la prensa. Pero el país no estaba á la altura de tan avanzadas instituciones.

Muchos errores cometió el Congreso de Cúcuta, que tuvieron su origen en la inexperiencia y en un amor exagerado á la libertad; pero es siempre digno de alabanza aspirar á la perfección, aun cuando no se alcance el fin deseado. ¡Cuán feliz hubiera sido Colombia si sentimientos menos nobles no hubiesen influído en las deliberaciones de sus futuros Congresos!

VII.—Se organiza el Gobierno de Colombia.

El día fijado para la instalación de los altos funcionarios se aproximaba, y Bolívar, que deseaba sobre todo la prosecución de la guerra, renunció una vez más la honra que se le hizo, por medio del oficio siguiente, dirigido al presidente del Congreso:

"Llamado por V. E. para venir á prestar el juramento como presidente del Estado, tengo la honra de decir á V. E. que he obedecido con gratitud á la

voluntad del Congreso general. Pero V. E. tendrá la bondad de cometer á su sabiduría las siguientes consideraciones, antes de obligarme á aceptar un destino que tantas veces he renunciado.

„Cuando las calamidades públicas me pusieron las armas en las manos para libertar á mi patria, yo no consulté mis fuerzas ni mis talentos. Cedí á la desesperación del espectáculo de horror que ofrecía ella en cadenas, y poniéndome á la cabeza de las empresas militares, que han continuado la lucha por más de once años, no fué con ánimo de encargarme del Gobierno, sino con la firme resolución de no ejercerlo jamás. Yo juré en el fondo de mi corazón no ser más que un soldado, servir solamente en la guerra y ser en la paz un ciudadano.

„Pronto á sacrificar por el servicio público mis bienes mi sangre y hasta la gloria misma, no puedo, sin embargo, hacer el sacrificio de mi conciencia, porque estoy profundamente penetrado de mi incapacidad para gobernar á Colombia, no conociendo ningún género de administración.

„Yo no soy el magistrado que la república necesita para su dicha; soldado por necesidad y por inclinación, mi destino está señalado en un campo ó en cuarteles. El bufete es para mí un lugar de suplicio. Mis inclinaciones naturales me alejan de él tanto más, cuanto que he alimentado y fortificado estas inclinaciones por todos los medios que he tenido á mi alcance, con el fin de impedirme á mí mismo la aceptación de un mando que es contrario al bien de la causa pública, y aun á mi propio honor.

„Si el Congreso general persiste, después de esta franca declaracion, en encargarme del poder ejecu-

tivo, yo cederé sólo por obediencia; pero protesto que no admitiré el título de presidente sino por el tiempo que dure la guerra, y bajo la condición de que se me autorice para continuar la campaña á la cabeza del ejército, dejando todo el gobierno del Estado á S. E. el general Santander, que tan justamente ha merecido la elección del Congreso general para vicepresidente, cuyos talentos, virtudes, celo y actividad ofrecen á la república el éxito más completo en su administración."

El candor y sinceridad que campean en este documento son peculiares del genio de su autor.

Los cansados detalles y las minuciosidades del gobierno civil no se avenían con su carácter, que nunca pudo someterse á las formas ceremoniosas y á la fastidiosa rutina de palacio; y era tal esta aversión, que muy raras veces habitó la casa designada para morada del primer magistrado, en las capitales en donde ejerció el mando. Ni era él hombre, como lo decía con frecuencia, para gobernar en tiempos de paz y tranquilidad. Aunque pocos podían como él soportar las fatigas y despachar los asuntos públicos con tan perseverante actividad, sus hábitos militares, que llamaba sus propensiones naturales, le imposibilitaban para el calmoso desempeño de las funciones de primer magistrado de un Gobierno establecido.

No aceptó el Congreso su renuncia, «la que no produjo más efecto que avivar su resolución de encargarle de los destinos del país». Señalóse por fin el 3 de Octubre para el acto de la posesión. El Libertador, á la hora fijada, se presentó ante el Congreso, y después de prestar el juramento, le dirigió la palabra á su presidente, diciendo:

«Señor: El juramento sagrado que acabo de prestar en calidad de presidente de Colombia es para mí un pacto de conciencia que multiplica mis deberes de sumision á la ley y á la patria.

»Sólo un profundo respeto por la voluntad soberana me obligaría á someterme al formidable peso de la suprema magistratura. La gratitud que debo á los representantes del pueblo me impone, además, la agradable obligación de continuar mis servicios por defender con mis bienes, con mi sangre y aun con mi honor esta constitución, que encierra los derechos de dos pueblos hermanos, ligados por la libertad, por el bien y por la gloria.

»La constitución de Colombia será, junto con la independencia, el ara santa en la cual haré los sacrificios. Por ella marcharé á las extremidades de Colombia á romper las cadenas de los hijos del Ecuador, á convidarlos con Colombia después de hacerlos libres.

»Señor: espero que me autoricéis para unir, con los vínculos de la beneficencia, á los pueblos que la Naturaleza y el Cielo nos han dado por hermanos. Completada esta obra de vuestra sabiduría y de mi

celo, nada más que la paz nos puede faltar para dar á Colombia todo: dicha, reposo y gloria.

»Entonces, señor, yo ruego ardientemente no os mostréis sordo al clamor de mi conciencia y de mi honor, que me piden á grandes gritos que no sea más que ciudadano. Yo siento la necesidad de dejar el primer puesto de la República al que el pueblo señale como al jefe de su corazón. Yo soy el hijo de la guerra, el hombre que los combates han elevado á la magistratura; la fortuna me ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado. Pero no son éstos los títulos consagrados por la justicia, por la dicha y por la voluntad nacional.

»La espada que ha gobernado á Colombia no es la balanza de Astrea; es un azote del genio del mal, que algunas veces el cielo deja caer á la tierra para castigo de los tiranos y escarmiento de los pueblos. Esta espada no puede servir de nada el día de la paz, y éste debe ser el último de mi poder, porque así lo he jurado para mí, porque lo he prometido á Colombia y porque no puede haber República donde el pueblo no está seguro del ejercicio de sus propias facultades.

»Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un Gobierno popular; es una amenaza inmediata á la soberanía nacional. Yo quiero ser ciudadano para ser libre y para que todos lo sean.

»Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, porque éste emana de la guerra y aquél emana de las leyes. Cambiadme, señor, todos mis dictados por el de buen ciudadano.«

La contestación del presidente, aunque larga y recargada de lisonjas, se tuvo como la verdadera expresión de los sentimientos del Congreso y del pueblo de Colombia.

Por un decreto especial se autorizó al Libertador para mandar en persona el ejército y para ejercer facultades omnímodas en los departamentos adonde se iba á llevar la guerra.

Antes de su partida de Cúcuta, formó el ministerio y delegó la autoridad suprema en el vicepresidente, general Santander. Las aptitudes de que este magistrado había dado pruebas durante su administración de Cundinamarca, su contracción asidua á los negocios y la experiencia adquirida en los últimos dos años, hicieron concebir las más halagüeñas esperanzas de que su gobierno redundaría en beneficio del país y en honra suya. Aunque con la debida modestia dijo en su alocución á los habitantes de Cundinamarca, con motivo del primer aniversario de su vicepresidencia, que *sólo podía jactarse de haber procurado cumplir las órdenes del Libertador*, tanto éste como la república le eran deudores de sus laudables y eficaces esfuerzos en promover el adelanto de la gran causa, á que él, como todos los patriotas, habían consagrado sus talentos.

Empero, la conducta orgullosa y hasta des-

pótica de Santander, y no se me tachará de exagerado al calificarla así, no estaba de acuerdo con sus protestas de acendrado republicanismo. Estos defectos, sin embargo, se miraban con indulgencia por todos, menos por sus compañeros de armas, que no podían tolerar la elevación de un hombre cuyos conocimientos militares, según ellos, eran inferiores á los suyos.

A pesar del respeto de estos veteranos por el Libertador, á quien el vicepresidente debía principalmente el puesto que ocupaba, le habrían negado su obediencia, si aquél, penetrando sus intenciones, no hubiese empleado todo su influjo para mantenerlos en ella.

Los secretarios del despacho fueron acogidos entre los miembros del Congreso, con excepción del coronel Briceño Méndez, que continuó en el ministerio que con tanta habilidad y talento había desempeñado. El departamento de lo interior se confió al doctor José Manuel Restrepo, que había tenido ya á su cargo alguno de los más altos empleos en la república de la Nueva Granada, cuya historia ha escrito. Para desempeñar el de relaciones exteriores se nombró al doctor Pedro Gual, hombre de talento y de vastos conocimientos en este ramo. El departamento de hacienda quedó á cargo del doctor José María Castillo, tan patriota como sabio, y que acababa de de.

jar el alto puesto de segundo magistrado de la república, por pura deferencia al Libertador, que tenía particular empeño, como ya he dicho, en colocar en él á Santander.

Anunció Bolívar de seguida á los pueblos el resultado de los trabajos del Congreso, con esta proclama dada el día 8 de Octubre:

«*¡Colombianos!* El libro de la ley, que tengo la gloria de ofreceros como la expresión de vuestra voluntad y arca santa de vuestros derechos, fija para siempre los destinos de Colombia. Vuestros representantes, penetrados del origen sagrado de su autoridad, conservaron la mayor suma de poder para el soberano, que es el pueblo; al depositario de la fuerza pública le han cometido la dulce facultad de haceros bien, sin que pueda dañaros.

»*¡Colombianos!* El Congreso general ha dado á la nación lo que ella necesitaba: una ley de unión, de igualdad, de libertad; ha formado de muchos pueblos una familia; ha consultado un centro común para todos; ha mandado la residencia del Gobierno á Bogotá, en donde todas las extremidades le verán de cerca.

»*¡Venezolanos!* Vuestro patriotismo y vuestras victorias prometen á Colombia una firme adhesión á sus leyes y la gloriosa posesión de vuestro reposo.

»*¡Cundinamarqueses!* Colocado el Gobierno supremo en vuestro seno, Colombia espera que lo conservaréis ileso, como un depósito confiado á vuestra virtud.

»*¡Quiteños!* El ruido de vuestras cadenas hiere el corazón del ejército libertador. Él marcha al Ecuador. ¿Podéis dudar de vuestra libertad? Y libres, ¿podréis dejar de abrazar á los que os convidan con independencia, patria y leyes?

»*¡Colombianos!* La ley ha señalado al vicepresidente de Colombia para que sea jefe del Estado mientras yo soy soldado. Él será justo, benéfico, diligente, incontrastable, digno conductor de Colombia. Yo os aseguro que hará vuestra dicha.»

HACIA EL ECUADOR

(1822)

I.—Toma de Cartagena y Cumaná.

Mientras sucedían los hechos que dejo referidos en el capítulo anterior, otros de grande importancia ocurrían también en Cartagena. El coronel Mariano Montilla, jefe de las fuerzas republicanas que bloqueaban aquella plaza, dió principio á las hostilidades al expirar el armisticio el 28 de Abril. Ayudado eficazmente por el valeroso marino Padilla, resolvió atacar la plaza en la noche del 24 de Junio. Había ya logrado éste entrar en la bahía, á consecuencia de la sublevación de las tropas que guarnecían el castillo de Bocachica, las que, acosadas por el hambre y diezmadas por las enfermedades, se retiraron á la ciudad.

Montilla, sagaz y hábil en manejar la intriga, mantenía relaciones con sus partidarios

en la plaza y por ellos estaba en cuenta del descuido con que en ella se hacía el servicio, y pudo, gracias á sus informes, concertar el plan de ataque con Padilla. Acordóse que éste, al retirarse la ronda que se hacía en la bahía, atacaría el arsenal y los buques que se hallaban protegidos por sus baterías, pero no antes de romperse los fuegos de un falso ataque que por los frentes de tierra dirigiría el coronel conde de Aldecreutz, noble sueco al servicio de la República.

A la hora convenida comenzó el ataque, y engañados los sitiados, cargaron todas sus fuerzas del lado de tierra, mientras que Padilla, con su acostumbrada intrepidez y despreciando los fuegos de las baterías, les tomaba once buques, con lo que quedaron los de la plaza incomunicados con los castillos de Bocachica, y dominada la bahía por la flotilla independiente.

Ni la pérdida de esos castillos, llave de la plaza y única puerta por donde pudiesen recibir socorro de gente y víveres, de que tanto había menester, desalentó al bizarro brigadier Torres, ni arredróle tampoco el terrible y certero cañoneo del castillo de la Popa. Pero no bastó la entereza del jefe español á contrarrestar los efectos del hambre y las intrigas de Montilla y sus partidarios.

Tan buen soldado como cumplido caballe-

ro, no quiso éste aprovecharse de la triste situación de los defensores de la plaza, que pudo haber tomado con algunos días de espera. Propuso á Torres una honrosa capitulación, y acordada la suspensión de hostilidades, se firmó aquélla por los comisionados, coronel Luis F. de Rieux, nombrado por Montilla, y D. Miguel de Balbuena, representante del brigadier Torres.

La rendición de Cartagena, la plaza más fuerte en la América del Sur, el 1.° de Octubre, además de los cuantiosos elementos de guerra que puso en manos de los independientes, produjo gran efecto moral en el exterior. Montilla recibió la plaza con todos los honores militares, y por primera vez saludaron las tropas españolas la bandera colombiana, cuando, arriada la española, se enarboló en su lugar. Montilla envió las llaves de oro de Cartagena al Libertador, quien se las devolvió "porque sólo él las merecía".

Pocos días después de la capitulación de esa plaza, se rindió la ciudad de Cumaná al general Bermúdez, el 16 de Octubre, por capitulación también; en virtud de la cual la guarnición española, compuesta de 800 hombres, se embarcó en buques colombianos para Puerto Rico.

II.—Rasgos caballerescos de Bolívar.

Reanudando la relación, volveré ahora á Bolívar, á quien dejamos en camino para Bogotá; pero antes referiré dos rasgos de su desinterés y generosidad, que aunque ocurridos en meses anteriores, se relacionan con el Congreso. La nación le debía una suma considerable por sus sueldos atrasados de general en jefe y de presidente. Después de la ocupación de Bogotá, en 1819, tomó de la tesorería, á préstamo, cosa de 14.000 duros para remediar las necesidades de amigos y miembros de su familia, que habían buscado asilo en las Antillas, cuando sojuzgaron los países de la Costa Firme Boves y Morillo. Dió cuenta de ello al Congreso reunido en Cúcuta con esta nota:

«Excmo. Sr.:

»Instigado de los clamores con que mi propia familia y las de algunos de mis amigos y compañeros de armas se lamentaban por la miserable situación en que se hallaban, me tomé la libertad de librar una orden á mi favor contra las cajas públicas de Bogotá en el año 1819.

»La ley de Repartición de bienes nacionales me asigna un haber de 25.000 pesos como general en jefe del ejército, y me da derecho para esperar asig-

naciones y gracias extraordinarias; y la ley que declara los sueldos de todos los empleos me asigna como presidente de la República el de 50.000 pesos anuales desde el año de 1819. Yo renuncio desde ahora todos estos derechos y acciones, que no he percibido, dándome por satisfecho de ellos con los 14.000 pesos tomados en Bogotá.

»El objeto á que los destiné y las sagradas obligaciones á que satisfice con ellos me han recompensado ampliamente de los derechos que renuncio á favor del Tesoro público.

»Yo suplico á V. E. se sirva presentar al Congreso general en mi nombre esta expresión sincera de mi voluntad. Aceptarla será para mí una gracia singular, que miraré como el testimonio más puro del aprecio con que la representación nacional se digna honrarme.»

Donación espléndida que el Congreso, á nombre de la nación, se apresuró á aceptar.

El otro rasgo pone más de manifiesto los sentimientos generosos de una alma grande y noble.

Antes he mencionado que mediante la bondadosa intervención del español don Francisco de Iturbe, Bolívar fué agraciado con un pasaporte para salir del país, cuando la conducta desleal del comandante de La Guaira le puso en poder de Monteverde. Conquistada la independencia, Iturbe emigró y sus bienes fueron confiscados por la nación. Con su genial generosidad y estimulado por la gratitud,

Bolívar se detuvo por algunos momentos en su carrera de triunfos para reflexionar sobre el cambio de fortuna de su antiguo protector, y entonces, cuando pudo haber exigido para sí hasta una corona y un cetro, el vencedor prefirió la simple solicitud de un favor para el amigo: «Ocupo por la primera vez la bondad del Gobierno de Colombia con una pretensión que me es personal», decía él en su petición al Congreso; la cual se reducía á exigir la devolución de los bienes confiscados á su generoso protector.

Halagado el Congreso con esta manifestación de respeto hacia los representantes del pueblo, al mismo tiempo que poseído de justa admiración por la conducta de Bolívar, ordenó se restituyesen sus bienes á Iturbe.

El Libertador emprendió el 9 de Octubre su marcha de Cúcuta para el Sur, por la vía de Bogotá. En el tránsito y durante su permanencia en la capital, empleó el tiempo exclusivamente en los preparativos de la próxima campaña.

III. — El reino de Quito: su historia.

El departamento del Sur que ha de servir de teatro á las operaciones del ejército libertador, es una de las más interesantes porciones del territorio de Colombia, no sólo por su

posición geográfica y hermosa y variada topografía, sino por su historia, que se remonta á la fábula.

Las provincias de Quito, hasta donde sus límites tocan la de los Pastos, fueron anexadas al imperio del Perú en el reinado de Huaina Capac, el más poderoso de los incas. Siguiendo el ejemplo de sus antepasados, Huaina Capac estableció sus leyes, lengua y religión en el país que había sometido; levantó templos al Sol, objeto de su adoración, y sacó al pueblo de la barbarie en que estaba sumido. Con él perecieron la unidad, el esplendor y las glorias de aquel imperio. Sus hijos le convirtieron en teatro de guerras civiles.

Huáscar, el mayor, dueño del Cuzco y de las populosas y ricas provincias del Perú, reclamó también las amenas comarcas de Quito, que Atahualpa, su hermano menor, poseía en virtud del testamento de su padre. Habiendo nacido entre aquellas serranías, cuyos mismos nombres dan idea de su grandeza, el joven príncipe se decidió á defender el país natal que tanto amaba. Encendida la tea de la discordia, comenzó la lucha con la animosidad que caracteriza las disensiones domésticas.

El mayor poder de Huáscar estaba más que contrapesado con la artera política de Atahualpa, quien ya habia obtenido importantes ven-

tajas cuando las pisadas del sanguinario Pizarro conmovieron la tierra en que se adoraba el Sol. Los Polínices y Eteocles peruanos cayeron en las redes del astuto y cruel conquistador, y sus infortunados súbditos fueron esclavizados cuando no exterminados. El dios de los incas vió sus templos profanados y destruído el culto; pero también vió, si no su causa, sí la de la humanidad, vengada con el justo castigo que la Providencia reservaba á los inicuos campeones de la conquista.

Quito, así como las demás provincias del Perú, sufrió el vasallaje de tres largos siglos, pero cúpole la honra de ser la primera, entre las secciones de Colombia, que intentara la obra patriótica de sacudir el oprobioso yugo. El 10 de Agosto de 1809 fueron depuestas las autoridades españolas y en su lugar se constituyó una Junta para representar á Fernando VII. De seguida invitó esta Junta á sus vecinos del Perú y de la Nueva Granada á imitar su ejemplo; pero en lugar de cooperación, respondiéronle con amenazas de invadir su territorio y de ayudar á sus opresores á remachar las cadenas que habían osado quebrantar, y despreciaron la libertad que les ofrecía con su ejemplo.

Los corifeos de la revolución no estaban preparados, ó eran incapaces de mantener los generosos principios que habían proclamado;

comprendiólo el pueblo, que raras veces se equivoca en lo que le aprovecha, y no obstante haber sido en esta ocasión el primer cuidado de la Junta abolir las pesadas cargas que le agobiaban, se mostró ese pueblo en la hora de la prueba poco dispuesto á apoyar una causa que la vanidad ó insensatez de los conductores habían hecho hasta ridícula. Cuenca y Guayaquil en el Sur y Pasto en el Norte, aunaron sus esfuerzos para echar por tierra la farsa de un sistema que no se había sabido sostener con dignidad ni defender con valor. Las tropas, ó más bien, las montoneras armadas, que se destinaron á la defensa de la frontera del Norte, fueron fácilmente derrotadas por los aguerridos pastusos, que desde entonces adquirieron la terrible preponderancia que les hizo tan temibles á sus vecinos en el curso de la guerra.

No habían transcurrido tres meses, cuando cansados de la pesada carga que habían echado sobre sus hombros y asustados de los peligros que les rodeaban, los miembros de la Junta, que tan audaces se mostraron al principio, imploraron la clemencia del magistrado que habían injuriado, depuesto y reinstalado en el mando por ellos usurpado.

El conde Ruiz de Castilla empeñó su palabra en gaje de perdón por los insultos irrogados á su persona y ofreció implorarlo del

rey por las ofensas hechas á su autoridad. Tales fueron, no cabe duda, las intenciones de aquel anciano; pero perversos y pérfidos consejeros le indujeron al error y hasta el crimen.

Las tropas de Lima, más afamadas por su inmoralidad que por su valor, enviadas por el virrey del Perú á apaciguar la insurrección, llegaron en mala hora á apoyar las órdenes de este magistrado, violando la fe y el honor empeñados por el presidente de Quito, á castigar á los promotores de la revolución del 10 de Agosto y á los que en ella se habían comprometido.

Muchos de los principales vecinos de Quito fueron arrestados, reducidos á prisión y sometidos á juicio, al mismo tiempo que todos los habitantes de la ciudad y de los pueblos circunvecinos quedaron expuestos á la rapiña y brutal desenfreno de las tropas limeñas. Las quejas de estos desgraciados fueron desatendidas, ó sólo sirvieron para provocar la risa de los crueles gobernantes. La ferocidad de aquellos malhechores armados llegó á su colmo por la impunidad de sus crímenes y exasperó grandemente á los pueblos, como era natural sucediese.

Unos pocos individuos de las clases inferiores de la sociedad tomaron entonces una resolución digna de hombres de mejor cuna. Armán-

dose de puñales se lanzaron sobre las prisiones, donde se mantenía detenidos á algunos de los soldados indígenas por su participación en la última revuelta, mataron y dispersaron á las guardias y pusieron en libertad á los presos.

Las autoridades instigaron á los mercenarios de Lima á vengarse del pueblo, y las primeras víctimas de esos hombres diabólicos fueron los desgraciados ciudadanos que habían sido encerrados en los calabozos, cuya única culpa era su pusilánime esfuerzo para libertar la patria y su debilidad en haber confiado en el honor de los mandatarios españoles.

Siguió luego una matanza general que el pueblo resistió valerosamente, la que, gracias á la influencia del clero, fué al fin apaciguada; pero no antes de que cayesen asesinados los distinguidos patriotas Salinas, Quiroga y Morales, cuya sangre no tardó mucho en ser vengada. Fuertes, instigador principal de tamaño crimen, fué víctima poco después del furor popular; y ni los muros de un convento bastaron á proteger al desgraciado Ruiz de Castilla, á quien cupo la misma suerte de aquel malvado. A los ochenta años de edad pereció inhumanamente sacrificado este débil anciano en 1811, á tiempo que la ciudad declaraba su independencia de España.

Fué de muy corta duración este período de independencia, que tan sólo Quito se atrevió á defender contra los ataques de las provincías hermanas y de las tropas del Perú; pero al fin se vió forzada á sucumbir en Noviembre del siguiente año. Sometida de nuevo á la autoridad del rey, contempló en silencio y llena de ansiedad la lucha y subyugación de la Nueva Granada y los esfuerzos heroicos de Venezuela.

Ocho años de duda y zozobra transcurrieron en ignominiosa paz, cuando al fin, en 1820, la chispa de la revolución prendió en Guayaquil y esparció sus abrasadoras llamas allende las nieves del majestuoso Chimborazo. Pero por desgracia, en vez de encender esas llamas el fuego sagrado de la libertad, los mismos hijos de la heroica Quito sirvieron de instrumento para extinguirlas, ayudando á sus dominadores. Guachi fué el teatro de aquel sacrificio cruento, donde sucumbieron los libres de Guayaquil combatiendo en lucha desigual con las tropas realistas. En ese campo se disiparon las esperanzas de los oprimidos quiteños, y Guayaquil misma se vió expuesta á una invasión.

IV.—Lucha en pro de la independencia ecuatoriana.

En esta crisis, Colombia, libre por sus riunfos al Norte de la república, extendió su mano amiga á Guayaquil, pidiendo solamente en pago de su auxilio su anexión á la república y negándole el derecho de declararse independiente de ella. Guayaquil, que por afecto tanto como por interés, se inclinaba más bien á su antigua unión con el Perú, sin desconocer los fundamentos de las pretensiones de Colombia, rehusó hacer el sacrificio de su independencia, aunque sí aceptó la protección que se le ofreció, con lo que tácitamente quedó sometida.

El general Sucre, amigo del Libertador, y uno de sus mejores tenientes, fué escogido y enviado por él para presentar á la Junta de Guayaquil la ley fundamental de Colombia, que incluía esta provincia dentro de sus límites territoriales; celebró un tratado, asegurando la amistad de esta sección y la subsistencia de las tropas colombianas, y dejó para después la incorporación del territorio de Guayaquil á Colombia. La traición del coronel López y la sublevación de la flotilla pusieron á Guayaquil al borde del precipicio, de

donde vinieron á rescatarla acontecimientos felices.

Pero una nueva invasión hizo peligrar otra vez su independencia. El presidente de Quito despachó 3.000 hombres en dos divisiones y por distintos caminos contra Guayaquil. La habilidad de Sucre salvó el país y burló la pericia del jefe realista.

Con menos de la mitad de la fuerza de su contendor, el general colombiano, por medio de hábiles maniobras, impidió la reunión de las dos columnas que habían marchado simultáneamente de Guaranda y de Cuenca derrotó ésta y obligó la otra á retirarse. Lleno de esperanzas y halagado por la victoria, se adelantó Sucre, con el intento de libertar á Quito; pero la esperanza es ilusoria y la victoria inconstante.

El temerario valor del general Mires, segundo de Sucre, marchitó los laureles del vencedor de Yaguachi y burló las esperanzas de Quito en aquel mismo campo, que había sido ominoso á las armas independientes el año anterior.

Entonces Sucre, imitando al Libertador, en cuya escuela se había formado, y que reunía á los talentos del negociador la pericia del militar, por medio de un tratado ventajoso que celebró el 21 de Noviembre, salvó el honor de las armas colombianas y libró á la pro-

vincia de Guayaquil de la invasión que la amenazaba.

El triunfo de los españoles, sin embargo, les dió tiempo de poner el país en estado de defensa y de aumentar las fuerzas de las diferentes divisiones de su ejército y dar nuevo vigor á la guerra.

Al Norte de Quito, la tenacidad de los pastusos, las inaccesibles rocas del Juanambú y el clima mortífero de Patía eran barreras formidables, ante las cuales tenían que estrellarse los deseos más ardientes de libertar á Quito. Pasto, siempre fatal á las expediciones de los independientes, había sido la tumba de Macaulay y Caicedo; y entre sus breñas, luchando valerosamente, había caído prisionero el eximio patriota Nariño.

La llegada del general Mourgeon, destinado al mando de las provincias de Quito, que á más de sus talentos militares poseía los modales del hidalgo español y que venía acompañado de 600 veteranos, mandados por expertos oficiales, aumentó los no pocos obstáculos que se oponían al proyecto de Bolívar de libertar á Quito.

Tal era el estado de ese país cuando el Libertador se puso en camino el 13 de Diciembre de 1821 para el valle del Cauca y Popayán, después de ordenar la marcha de las columnas de *La Guardia* colombiana, que se

movían en distintas direcciones hacia esta última ciudad, punto de asamblea.

V. — Proyectos de guerra y de política con respecto á Ecuador.

Pasando por Purificación, Neiva, La Plata, Yumbique y Caloto, llegó Bolívar á Calí el 1.° de Enero de 1822.

Aunque no se detuvo en el tránsito, es en verdad sorprendente la atención que prestó á los más minuciosos detalles de todo lo que podía en alguna manera contribuir al bien de los habitantes del territorio por donde transitaba, y á la comodidad de las tropas que debían seguirle en aquella dirección.

Al rendir la jornada por aquellas ardientes llanuras y hasta en los helados páramos de Guadanas, en vez de descansar se ocupaba en el despacho de los negocios, y sobre todo en preparar cuanto fuese necesario para acelerar la marcha del ejército en ese país desprovisto de recursos. No se limitaban á esto solamente sus atenciones; resolvía en su mente fecunda un vastísimo proyecto, fruto de sus meditaciones y objeto de sus más ardientes deseos.

Por mucho tiempo había abrigado la espe-

ranza de unir los diversos Estados de la América del Sur con los lazos de mutuo interés; pero los sucesos de la guerra y las difíciles comunicaciones con aquellos países tan distantes, habían hecho hasta entonces imposibles las relaciones entre ellos y por lo mismo la realización de su proyecto. Los triunfos de las armas independientes en los últimos años y el actual estado de prosperidad de Colombia, facilitaban ahora sus planes. Después de consultar con el ejecutivo y con muchos miembros influyentes del Congreso y del Gobierno, se decidió á invitar, por medio de enviados especiales, á los demás Gobiernos de la América del Sur, como ya lo había hecho con Méjico, á que enviasen plenipotenciarios al istmo del Panamá, para formar una confederación y establecer una asamblea, por el modelo de la liga anfictiónica *que serviría de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes y de fiel intérprete de los Tratados públicos, caso de ocurrir alguna duda, y de conciliador en las diferencias que surgieran.*

D. Joaquín Mosquera, que acompañaba al Libertador desde Bogotá, fué encargado de la misma cerca del Gobierno republicano de Lima, y partió para esa capital tan luego como se estableció el cuartel general libertador en Calí.

La primera intención del Libertador fué embarcarse en el puerto de la Buenaventura, en el Pacífico, con 2.000 hombres de las mejores tropas de *La Guardia*, en los transportes que había ordenado al general Sucre enviase á dicho puerto, y dirigir en persona la campaña.

Las ventajas de este plan por aquel lado del Ecuador eran evidentes. Dejando una fuerza suficiente para la defensa de la provincia de Popayán, en la ciudad de este nombre, y con encargo de llamar la atención de los enemigos hacia aquel punto, se trasladaba el teatro principal de la guerra á un país abundante en toda clase de recursos para los movimientos del ejército y más aparente para operaciones ofensivas. Tenía, además, la ventaja este plan de evitar la deserción, vicio muy frecuente en las tropas nuevas de Colombia, alejando á los reclutas del lugar de su residencia é interponiendo entre ellos y sus hogares el ejército realista.

Mas el principal objeto de Bolívar era hacer que Guayaquil, de grado ó por fuerza, reconociese el Gobierno de Colombia; pues consideraba dudosa la posición que había asumido dicha provincia, incompatible con los verdaderos intereses de la república, la seguridad de la división de Sucre y el feliz resultado de la campaña.

Era de temerse también que el Gobierno del Perú tratase de influir en la decisión de Guayaquil, exponiendo así á Colombia á un conflicto ó á la guerra civil; fatales ambas cosas á la independencia y dañosas á la causa de la América del Sur. La política vacilante de la Junta de gobierno daba motivo á graves conjeturas, que se disiparían con la sola presencia del Libertador, sin comprometer la armonía que felizmente existía entre las naciones cuyos intereses estaban esencialmente enlazados.

Listo ya todo para llevar á cabo esta resolución, recibió el Libertador noticias que le obligaron á desistir del intento.

El general Mourgeon acababa de desembarcar en Esmeraldas con tropas que llevaba de Panamá para reforzar á los realistas y á encargarse del mando de Quito; y dos fragatas de guerra españolas, se decía, cruzaban en aquellos mares. Como no tenía la república buques de guerra en el Pacífico con que convoyar los transportes, no le quedó á Bolívar otro recurso que marchar por Patía y Pasto.

Guayaquil, por el momento, quedó en posesión de su independencia, aunque el Libertador intimó á la Junta en los términos más categóricos lo que tenía resuelto con respecto á aquel territorio, y después de decirles que

una ciudad y un río no constituyen una nación, agregaba dirigiéndose á Olmedo: *Yo me lisonjeo, excelentísimo señor, con que la república de Colombia habrá sido proclamada en esa capital antes de mi entrada en ella. V. E. debe saber que Guayaquil es complemento del territorio de Colombia; que una provincia no tiene derecho á separarse de una asociación á que pertenece, y que sería faltar á las leyes de la Naturaleza y de la política permitir que un pueblo intermedio viniese á ser un campo de batalla entre dos fuertes Estados; y yo creo que Colombia no permitirá jamás que ningún poder de América* ENZETE *su territorio.*

VI.—Dificultades de la campaña del Ecuador.

El Libertador redobló su actividad para vencer los nuevos obstáculos que habían surgido. Las columnas del Norte en marcha recibieron órdenes de cambiar de dirección; y en vez de penetrar en el valle del Cauca, se dirigieron á Popayán por el páramo de Guanacas. Visitó entretanto los diferentes pueblos del distrito, hasta Buga, por el Norte, á fin de facilitar con su presencia la ejecución de sus órdenes para el aumento y sostén del ejército, y seguidamente regresó á Popayán;

donde llegó el 26 de Enero á activar las operaciones que iban á emprenderse y organizar los cuerpos de ejército que empezaban ya á reunirse en esta ciudad.

Más de una vez he descrito la dificultad de organizar y mover un ejército en Colombia. Pero es necesario, para estimar debidamente los esfuerzos del Libertador y sus dotes militares, estudiar esas marchas y tener presentes los escasos recursos del país en que se ejecutaban.

Algunos batallones habían tenido que marchar desde Valencia á Maracaibo, de allí á Santa Marta por agua, penetrar por tierra al Magdalena, subir este río en embarcaciones pequeñas é incómodas hasta el puerto de Ocaña, pasar de allí á la ciudad del mismo nombre, atravesar el páramo de Chachirí, seguir camino por Bucaramanga, el Socorro y Chiquinquirá hasta Bogotá y desde esta capital á Popayán, por las llanuras ardientes de Neiva, y tramontar la elevadísima cordillera de los Andes por Guanacas.

Si la vista se cansa siguiendo sobre el mapa la ruta que he trazado, larga y penosa, ¡cuántos no serían los sufrimientos y fatigas de aquellas tropas en esa marcha de *más de setecientas leguas*, por un país escasamente poblado, falto de los recursos más indispensables para la vida, empobrecido por la gue-

rra, en una palabra, casi en el estado primitivo de los pueblos!

No es de extrañarse que en semejante marcha hubiese cuerpo que perdiese la tercera parte de su fuerza, ni que al llegar á Popayan, en el hospital hubiese más enfermos que sanos en el cuartel. Popayán, cuyo benigno clima es proverbial, se inficionó con los gérmenes de toda suerte de enfermedades contraídas por las tropas en su prolongada marcha por regiones deletéreas, y gran número de veteranos vencedores en Boyacá y Carabobo encontraron allí una tumba prematura.

Los reclutas que se allegaron para reemplazarlos, eran por lo general seres miserables, arrebatados del seno de sus familias, sin apego alguno á las banderas que juraban, ni interés por la causa que debían defender, y no debe sorprendernos que abandonasen esas banderas en la primera ocasión.

Para formar el ejército de 6.000 hombres que venció en Carabobo, la Nueva Granada sola dió 20.000 reclutas; pero más cabal idea se tendrá del carácter destructor de esta guerra examinando los escalafones de los diferentes cuerpos. El batallón *Rifles*, desde el día de su creación, á mediados de 1818, hasta Junio de 1822, cuando llegó á Quito, había recibido 22.000 reclutas en sus filas, y en esta última fecha apenas contaba seiscientos hom-

bres; y aunque es cierto que este cuerpo estuvo constantemente empleado en servicio activo, lo es también que en el tiempo de que hablo era el más disciplinado y mejor arreglado de los que tenía la república, y su comandante, el bizarro coronel Sandes, uno de los mejores y más vigilantes oficiales del ejército.

No obstante las precauciones que la prudencia y la severidad militar dictaban, los cuerpos reunidos en Popayán se disminuían por la deserción y las enfermedades, y fué necesaria toda la influencia y energía del Libertador para llenar las bajas.

Los soldados de Venezuela llegaban al lugar de asamblea extenuados de fatiga, y las tropas de la Nueva Granada, demás de los sufrimientos físicos, miraban con horror la campaña en un país donde en vez de laureles encontraban recuerdos de las derrotas de sus hermanos y las tumbas de los que valerosamente cayeron, guiados por Caicedo, Macaulay, Nariño y Valdés.

No era en verdad el valor de los enemigos que iban á combatir, y el que por cierto no era de despreciar, lo que los arredraba; eran otras causas naturales las que inspiraban su repugnancia, ó terror si se quiere. El distrito de Patía, que debía atravesar el ejército, tiene la maldición de poseer uno de los climas

más mortíferos del mundo, con un suelo desapacible y estéril, y con habitantes cuya ferocidad corre parejas con aquella espantosa región, morada de cuanto de pernicioso y destructor encierra la Naturaleza: las fiebres, las pestes y la langosta brotan de su suelo. Los patianos son una raza que desciende de esclavos fugitivos ó libertos, que más por amor á la rapiña y al crimen que por odio á una causa, que eran incapaces de comprender, habían abrazado el partido realista desde los principios de la revolución, tan sólo porque á su sombra podían ellos entregarse á mansalva á las depredaciones siguiendo sus instintos perversos y sus malos hábitos.

En todo tiempo era peligroso el tránsito por aquellos lugares, y el ejército no podía contar con más terreno que aquel en que se acampaba. Las guerrillas, que pululaban en Patía, no tenían el valor de atacar las tropas sino cuando eran muy superiores en fuerzas y siempre en las breñas y desfiladeros que sólo ellos conocían, pero sí caían frecuentemente sobre los equipajes y los rezagados y cortaban las comunicaciones del ejército con Popayán.

Al salir de Patía y dejándola á la espalda, se encuentra el Juanambú, rápido torrente que se desprende de las montañas y cuyas escarpadas riberas, ó mejor dicho escabro-

sos ribazos, son su más formidable defensa.

Vencida esta barrera, se da con una faja de bosque agria y cerrada en extremo, que se extiende entre el Juanambú y el Guáitara, la que, cubierta de nieblas y breñas, ofrece á cada paso á los incultos pastusos guaridas donde refugiarse y posiciones inexpugnables para apoyar su valor en defensa de sus derechos ó de su fanatismo.

Esos derechos les eran desconocidos, pero no así sus preocupaciones fanáticas. El obispo de Popayán, español de nacimiento y bribón por instinto, había abandonado su rebaño al entrar las tropas colombianas en su diócesis, y fijado su residencia en Pasto, donde fulminaba anatemas contra el Gobierno de Colombia, excitando con sus discursos y su ejemplo las pasiones del pueblo.

Todos, sin excepción, eran allí hostiles á la causa colombiana y estaban resueltos á sacrificar sus tesoros y su sangre en defensa del rey y la religión.

Demás del entusiasmo de los habitantes y de la naturaleza del suelo, Pasto estaba defendido por una guarnición española. Lo dicho es apenas un débil bosquejo de los obstáculos que aguardaban á *La Guardia* colombiana en la campaña de 1822, que se iba á emprender.

Poco después de su llegada á Popayán re-

cibió el Libertador pliegos del general Mourgeon, en los que se revelaba el carácter del nuevo presidente de Quito.

Decíale en ellos que había ordenado se restituyesen á sus cuerpos los prisioneros patriotas hechos en la jornada de Guachi, bajo su palabra de honor; pero en tanto que hacía estas manifestaciones pacíficas, activaba los preparativos para la próxima campaña. Sus maneras corteses y su conducta caballerosa reconciliaron á los quiteños, si no çon la causa realista, al menos con su persona y sus principios humanitarios.

Un hombre como Mourgeon, al comenzar la guerra habría logrado más en favor de España que Boves con todos sus triunfos sangrientos y que Morillo con sus vergonzosos patíbulos. Ahora ya era tarde.

Mourgeon hizo todo cuanto podía hacer: cicatrizar algunas de las heridas abiertas por sus antecesores y conquistarse un nombre, cuyos rasgos prominentes fueron la justicia, la prudencia y la filantropía.

Sagaz el Libertador, comprendió al punto el daño que semejante enemigo podría hacer, y resolvió atraerlo á su causa, si posible era, pues no podía el jefe español serle hostil sin contradecir sus principios liberales, aunque el deber y el honor le vedasen abrazarla de lleno. El ejemplo de O'Donojú en Méjico se

creyó influiría en la determinación del presidente de Quito, tanto más cuanto la situación en que se hallaba se asemejaba mucho á la de su compañero el virrey de Méjico cuando firmó el tratado de Córdoba.

El Libertador al salir de Bogotá había enviado comisionados á Quito á tratar con el jefe de aquella presidencia. Ignoraba él entonces que Mourgeon se hallase á su frente, y aunque el objeto que se proponía era virtualmente el mismo, el carácter de este general le inspiró más confianza y de consiguiente amplió las instrucciones que antes había dado á sus comisionados.

También escribió al obispo de Popayán, cuyo ardiente celo y lealtad disminuían á medida que perdía terreno la causa de su rey. Esta carta que transcribo demuestra lo que ya he tenido ocasión de decir varias veces: que Bolívar no desperdiciaba ninguna coyuntura que pudiese servir al adelantamiento de los principios que sostenía.

«Ilmo. Señor: Jamas había pensado dirigirme á US. I. porque estaba persuadido de que mi decoro sería ofendido por la respuesta que hubiera recibido; pero todo ha cambiado y US. I. mismo debe haber cambiado.

»Cuando nuestros gobiernos republicanos, por su demasiada liberalidad, parecían amenazar á la Iglesia, á sus ministros y aun á las leyes santas que

el Cielo nos ha puesto para nuestra dicha y salvación, US. I., con algún género de justo temor, prefería la obediencia de un gobierno absoluto y fuerte á un gobierno laico por su naturaleza y también frágil por su estructura.

»La revolución de España ha pesado tanto en la balanza de este equilibrio religioso, que todo el temor se ha cargado sobre la conciencia de los españoles europeos, y toda la seguridad se ha venido á la conciencia de los republicanos de América. US. I. puede informarse por los recién venidos de España cuál es el carácter antirreligioso que ha tomado aquella revolución; y yo creo que US. I. debe hacernos justicia con respecto á nuestra religiosidad, con sólo echar la vista sobre esa constitución que tengo el honor de dirigirle, firmada por el santo obispo de Maracaibo, cuya conciencia delicada es un testimonio irrefragable de la buena opinión que hemos sabido inspirarle por nuestra conducta.

»Aquel obispo, como el de Santa Marta, el de Panamá, principal agente de su insurrección, muestran bien cuán acepta es á la verdadera religión la profesión de nuestros principios.

»El Ilmo. Señor arzobispo de Lima ha dado un grande ejemplo de esta misma sumisión á nuestro sistema, y el Ilmo. Señor obispo de Puebla, tío del señor general Iturbide, es el motor único del gran trastorno que ha sucedido en Méjico.

»Aquel obispo era más adicto á Fernando VII que US. I. mismo: él fué uno de los persas enemigos de la constitución, mucho más aún de las insurrecciones; pero al ver brotar del fondo del infierno un torrente de maldición y de crímenes, arrollarlo

y asolarlo todo en la Iglesia española, el obispo de Puebla no pudo salvar la suya sino poniendo el mar entero entre Méjico y España.

»Si US. I. estuviera en comunicación con el Gobierno español y hubiera recibido esas fulminaciones atroces dictadas por el desenfreno de una impiedad sin límites, US. I. sería otro obispo de Puebla.

»Tengo el honor de dirigirle á US. I. dos proclamas que son el garante más cierto de mis sentimientos pacíficos y de mis intenciones liberales. Puede US. I. ver en estos documentos las leyes que me he propuesto seguir en el curso de mi conducta futura.

»El Congreso de Colombia, por su sabiduría y bondad, me ha enseñado cuál es la carrera que debo seguir en mi vida pública, y yo protesto que el Congreso será aún más benéfico en la práctica que yo en mis ofertas.

»Soy con la más alta consideración de US. I. su atento obediente servidor.»

Los acontecimientos posteriores hicieron infructuosos los pasos dados por el Libertador, y el coronel Paz del Castillo, á quien se había enviado á desempeñar la comisión, cerca del Presidente de Quito, regresó al cuartel general el 9 de Febrero.

Las nuevas de la revolución que llevó al seno de Colombia la provincia de Panamá, consolaron al Libertador del fracaso de las negociaciones con los realistas de Quito, como

que facilitaba la reducción de aquella parte de la república, abriendo la comunicación entre las extremidades del Norte y Sur de Colombia.

Apenas tuvo aviso de esta feliz ocurrencia, me envió á Panamá á conducir una columna de las tropas que había dado orden se dirigiesen al Istmo, para de allí seguir á reforzar la división de Sucre en Guayaquil. Ochocientos hombres se embarcaron con tal objeto, y aumentaron, hacia fines de Marzo, las fuerzas colombianas en el Sur (1).

VII.—El desgobierno de la revolución en el Cauca.

Ni en medio de la confusión y estrépito del campamento y las faenas de los preparativos de la campaña, olvidó el Libertador los deberes de magistrado, si no para remediar los agravios del pueblo, al menos para interponerse entre el opresor y la víctima.

La provincia de Cauca, Popayán especialmente, desde el principio de la revolución,

(1) Véanse las instrucciones á O'Leary, tomo XIX, página 140, de la correspondencia de *Memorias del general O'Leary*.

había sufrido todos los horrores consiguientes al estado anormal de las cosas, sin derivar uno solo de los beneficios que con el cambio de Gobierno se les habían hecho esperar, y no obstante sus padecimientos, el Gobierno independiente había desatendido sus justas quejas sin ponerles remedio.

Los magistrados que habían sido nombrados por el nuevo sistema, parecían competir unos con otros en la carrera deshonrosa de rapiña, asesinatos y todo género de excesos é inmoralidades. Los subalternos imitaban los ejemplos criminales de los jefes, y parecía, según la elocuente expresión de Bolívar, *que el genio del crimen se hubiese sentado en el Sur de Cundinamarca, y que ni la inocencia ni la justicia pudieran elevar su voz, sofocada por las pasiones infames y crueles.*

Popayán había presenciado las escenas más atroces: un padre arrebatado del seno de su familia y vilmente asesinado, para saciar la sed de sangre de un beodo sin entrañas; una hermosa doncella arrancada del regazo de la madre para satisfacer los brutales instintos de un raptor despiadado. El Gobierno era sabedor de tamaños crímenes; pero ni la sangre del anciano padre ni la castidad de la virgen fueron vengadas, y los infelices caucanos no sólo tenían que sufrir la opresión de las autoridades locales, sino también la indiferencia

con que desatendía sus clamores el Gobierno supremo de Cundinamarca.

Los caucanos habían oído decir que el Libertador era un hombre justo, y se decidieron á dirigirse á él en busca de remedio, y no se equivocaron ni salieron burlados.

Al saber las violencias y crímenes que habían pesado tan duramente sobre los habitantes de aquella provincia, estalló su indignación contra los criminales que los habían perpetrado y contra los magistrados que habían consentido ó tolerado tanta infamia; porque así como las buenas acciones regocijaban su generoso corazón, las villanas le exasperaban.

Elevó sus quejas al Gobierno general, aun cuando á la cabeza de éste se hallaba el mismo personaje que presidía á Cundinamarca cuando aquellos crímenes se cometieron.

En su nota al secretario de justicia sobre este asunto, describía enérgicamente los males de que era víctima aquella provincia. Para no desvirtuarla, prefiero transcribir la nota á que me refiero, tal cual la dictó á su secretario el coronel J. Gabriel Pérez:

"En medio de las muchas atenciones que rodean á S. E. el Libertador, en la organización del ejército libertador del Sur y dirección de la presente campaña, le ha sido preciso destinar algunos momentos para oir los clamores de los habitantes del departamento del Cauca, que se quejan altamente de casi

todos los funcionarios, así militares como civiles, que han ejercido autoridad en él.

„Asesinatos, estupros, violencias, robos, y, en fin, todo género de crímenes se han cometido aquí, unos por los jefes y otros por los subalternos. No hay el ejemplar de un solo castigo ni de la persecución de un delito. El crimen y la impunidad marchan juntos, y las leyes, sin ejercicio, duermen profundamente. S. E., al oir tantas y tantas atrocidades, ha recordado la época de las crueldades de los españoles en Venezuela, y sólo con ellas ha podido compararlas.

„S. E. el Libertador, antes de ahora, previno á S. E. el vicepresidente de Cundinamarca, por las muchas quejas é informes que recibió de los crímenes cometidos aquí, que mandase á hacer una indagación legal de ellos y pusiese el remedio correspondiente. El Libertador cree que habrán sido satisfactorios al Gobierno los que recibió, puesto que hasta ahora nada ha sabido S. E. del resultado de esta investigación.

„S. E. el Libertador desearía que el Poder ejecutivo tomara en consideración estas noticias, que hiciera sentir por sus medidas, á los habitantes del Cauca, que el Gobierno de la república no tolera el crimen, sino que lo castiga severamente, y que con el nacimiento de Colombia y con el régimen constitucional han desaparecido la arbitrariedad y el despotismo de los españoles, sucediéndoles el imperio de la ley.“

VIII.—El Libertador dispone abrir un canal interoceánico para comunicar el Atlántico y el Pacífico.

Si la inocencia y la humanidad hallaban un protector en Bolívar, teníanlo también las ciencias y todo proyecto de utilidad pública, y es prueba de ello que desde su llegada al Cauca despachó comisionados á explorar el terreno situado entre el río San Juan, que desemboca en la bahía de la Buenaventura, sobre el océano Pacífico, y el Atrato, que lleva sus aguas al Atlántico, y mandó que se examinase con todo cuidado el trayecto que, en los ratos desocupados que sus deberes religiosos le dejaban, había descubierto el cura de Navilla. Dirigió entonces al coronel Cancino, gobernador de Chocó, el siguiente oficio:

"He tenido el honor de recibir el oficio de US. de 25 de Enero último, en San Pablo, y de dar cuenta de él á S. E. el Libertador, quien se ha servido prevenirme diga á US. que haga trazar el canal por la parte del istmo que separa los dos ríos, y tiene sólo tres millas, en un terreno de cascajo y greda deleznable.

„Que haga US. abrir picas y ponerlas corrientes hacia los demás puntos en donde pueda también

abrirse el canal, ó se hayan reputado fáciles para esta apertura.

„Que encargue US. á Jamaica los instrumentos necesarios para esta operación, los que se pagarán por cuenta del Gobierno, pues S. E. estará para el mes de Octubre en el Chocó, y está resuelto á ejecutar la útil empresa de comunicar los dos mares.

„Y espera que, para cuando llegue, ya US. habrá hecho cuanto le previene arriba, habrá tomado noticias ciertas, informes exactos, prolijos y circunstanciados de cuanto es necesario para esta importante obra, consultando á los prácticos de los lugares."

Pero este funcionario le prestó á tan importante asunto menos atención de la que merecía, y así quedó postergada la idea benéfica del Libertador, á la que no pudo volver á atender por las ocupaciones más apremiantes de la campaña.

IX.—Bolívar habla á los pastusos, quiteños y españoles.

Al llegar al Cauca había hablado á sus habitantes en estos términos:

"¡Colombianos del Sur! El ejército libertador viene á traeros reposo y libertad.

„¡Caucanos! El día de vuestra recompensa ha lle-

gado. El heroísmo de vuestros sacrificios asegura para siempre vuestra dicha; él será el patrimonio de vuestros hijos, el fruto de vuestra gloria.

„¡Pastusos! Habéis costado llanto, sangre y cadenas al Sur; pero Colombia olvida su dolor y se consuela acogiendo en su regazo maternal á sus desgraciados hijos. Para ella todos son inocentes, ninguno culpable. No la temáis, que sus armas son de custodia, no son armas parricidas.

„¡Quiteños! *La Guardia* colombiana dirige sus pasos hacia el antiguo templo del padre de la luz. Confiadle vuestra esperanza. Bien pronto veréis las banderas del iris sostenidas por el ángel de la victoria."

Antes de reunirse al ejército que había marchado hacia el Juanambú, dirigió á los patianos, pastusos y españoles esta otra:

"Patianos: El ejército de Colombia va á entrar en vuestro territorio con miras benéficas y con intenciones pacíficas. Su objeto es terminar la guerra, reunir los miembros discordes de la familia colombiana, poner de acuerdo los intereses de todos los hermanos y borrar para siempre el odioso nombre de enemigos.

„Patianos: El Gobierno de Colombia os ama, porque habéis cambiado vuestros sentimientos de rencor contra vuestros hermanos. Ya os mostráis moderados y amantes de la paz. Así, seréis tratados como amigos cordiales, ninguno será perseguido por ninguna causa ni pretexto; vuestras familias se-

rán respetadas, como también vuestras propiedades.

»El ejército no se servirá de nada sin pagar su precio. No tendréis motivo alguno de queja, y por el contrario, yo espero que alabaréis la conducta de los que, hasta ahora, habéis llamado vuestros enemigos.

»Pastusos: Yo os ofrezco solemnemente las mismas seguridades, las mismas garantías que á los patianos; seréis respetados con vuestras propiedades. Ninguna ofensa recibiréis de nosotros; os trataremos como amigos; os veremos como hermanos, y Colombia será para vosotros tierna madre. Ningún pastuso debe temer, ni remotamente, castigo ni venganza.

»Españoles: La guerra ha cambiado, y con ella los motivos de odio. Vosotros pertenecéis á una nación libre y, por tanto, no sois nuestros enemigos. La mayor parte de la nación española ha mostrado su inclinación hacia nosotros, y pronto la paz curará nuestras mortales heridas. La guerra que continuáis, españoles, es una guerra desesperada, sin motivo, sin objeto. La España está dividida en partidos, y su Gobierno sin fundamento ni opinión. Nada debéis, pues, esperar de ella. El Nuevo Mundo entero está libre, y tanto la Europa como la América del Norte están prontas á reconocer nuestros Gobiernos. ¿Qué esperáis sino nuevos torrentes de sangre, y dar nuevas causas de encono á los hijos de la América? Sed al fin justos. Si queréis volver á vuestra patria, el Gobierno de Colombia os enviará á ella con vuestras familias y bienes, y si queréis ser colombianos, seréis colombianos,

porque nosotros deseamos hermanos que aumenten nuestra familia. El que quiera abrazar la causa de Colombia puede contar con su destino y empleo.

»¡Españoles! Si os conducís como debéis, seréis tratados con una generosidad sin límites; pero si sois obstinados, temed del rigor de las leyes de la guerra.»

ECUADOR EMANCIPADO

(1822)

I.—Campaña del Ecuador: Bomboná.

Reunidos los diferentes cuerpos del ejército en el cuartel general, se dió principio á la campaña de 1822, en los primeros días del mes de Marzo.

A pesar de los infatigables esfuerzos del Libertador y de sus tenientes para aumentar las fuerzas, ó al menos para conservar las que había logrado reunir, sólo tres mil hombres marcharon de Popayán, y aun este corto número llegó al Juanambú muy reducido por las fatigas y las enfermedades. Se pasó el río de este nombre, débilmente defendido por los realistas, que prefirieron tomar posiciones en las formidables y ásperas serranías de Cariaco, para oponerse á la marcha de los independientes. Allí, formados los dos mil hombres de que constaba la división al mando del co-

ronel don Basilio García, apoyaron su derecha sobre el volcán de Pasto; una profunda barranca defendía el frente y su ala izquierda el correntoso Guáitara.

A pesar de ser tan fuerte la posición, el Libertador no vaciló en atacarla el 7 de Abril, llevado de su impaciencia natural y confiando en el valor é intrepidez de *La Guardia*. La refriega fué sangrienta en extremo y la preciosa sangre colombiana corrió á torrentes. El general Pedro León Torres, que mandaba la vanguardia, compuesta de los batallones *Vargas* y *Bogotá*, embistió por el centro y la izquierda de las posiciones enemigas, mientras el general Valdés, con el batallón *Rifles*, las flanqueaba, dando un rodeo y trepando las alturas del Yusepe, para caer sobre su ala derecha. Torres atacó denodadamente, pero fué rechazado y él mismo herido mortalmente (1).

---

(1) Pedro León Torres murió en Yacuanquer el 22 de Agosto de 1822, á los treinta y dos años de vida, por consecuencia de las heridas que recibió en Bomboná. Fué uno de los más heroicos campeones de la independencia americana, de los más modestos, de los más útiles y de los que más combatió.

Había nacido el año de 1790 en Carora, ciudad que entonces pertenecía á la provincia de Caracas y hoy forma parte del Estado Lara, en los Estados Unidos de Venezuela. Desde 1810, es decir, desde los veinte años, ntró este heroico venezolano al servicio de la indepe

Le sucedió en el mando de la división el coronel Carvajal, quien reuniendo la tropa,

---

dencia. Sirvió en 1810 con el general Toro en la primera campaña de Venezuela. En 1811 y 1812 sirvió á las órdenes de Miranda. Prisionero de los realistas, escapóse y corrió en busca de sus banderas, que esta vez empuñaba la mano de Bolívar. Desde 1813 acompañó al Libertador. Hizo las tremendas campañas de Venezuela en 1814 y se batió en San Mateo, La Puerta, Aragua, Maturín (tres veces), Magueyes, Urica, etc., etc., etc.

Escapado de aquel diluvio de sangre, emigró á las Antillas en 1815 para reaparecer en 1816, viniendo con Bolívar de Haití. Le tocó realizar desde Ocumare, con Mac Gregor y Soublette, aquella audacísima marcha al través de Venezuela dominada por las tropas europeas de Morillo y las tropas americanas de Morales, marcha que se conoce en nuestra historia por «la invasión de los seiscientos». Durante esta invasión peleó en Quebrada Honda, en Alacrán, donde mandó el centro; y luego, reunidos los invasores con las tropas de Piar, en la batalla del Juncal, donde quedó deshecho Morales. En 1816 Pedro León Torres, en la flor de la vida, ya ha ganado por su bizarría las presillas de teniente coronel. En 1817 hizo á las órdenes del denodado y ambicioso general Piar la campaña de Guayana. En el asalto que ordenó Piar á la plaza fortificada de Angostura y que no tuvo éxito, fué Pedro León Torres el único que tomó el fuerte y las baterías que, según el plan de ataque, le correspondieron tomar.

El 11 de Abril de 1817, en San Félix, una de las más brillantes y memorables victorias de Piar, Pedro León Torres, ya coronel, representó un papel de primer orden y contribuyó á decidir la batalla. «A Torres primero que á nadie para general»—exclamó el vencedor.

El general Pedro León Torres pasó los Andes con el

renovó la carga, pero sin mejor éxito, y cayó también herido.

La carnicería era espantosa; pero el Libertador permanecía sereno, aguardando el resultado del ataque de Valdés, y al ver que éste había ganado la cumbre de la elevada montaña que dominaba la posición de los españoles, ordenó al batallón *Vencedor,* que con la caballería había quedado de reserva, acometer de firme.

Este cuerpo encontró la misma resistencia que los demás, pero logró, aunque con grandes pérdidas, desalojar á los realistas de sus

---

Libertador en 1819 é hizo la campaña que terminó en Boyacá con la emancipación del virreinato neo-granadino.

En la campaña de 1821, que terminó con la victoria de Carabobo, su papel fué secundario: su nombre no suena. Pero luego siguió al Sur de Colombia, á Popayán, al frente de una división. Se aproxima el momento de la campaña del Ecuador, en la que él iba á perder la vida é iba á perder la república á uno de sus más nobles defensores.

En Bombona, el 7 de Abril de 1822, se portó como un verdadero héroe. Aquel pundonoroso oficial tenía motivos de batirse como un desesperado, por la circunstancia de haber entendido mal una orden de Bolívar y puesto á almorzar la tropa en vez de proceder *sin almorzar*. Bolívar lo hizo entregar el mando de la división á otro jefe. Pedro León Torres, como refiere O'Leary, tomó entonces un fusil y dijo á su jefe;—*Libertador, si no soy digno de servir á mi patria como general, la serviré al menos como granadero.* Bolívar le abrazó por

parapetos, casi al tiempo en que, desconcertados por su ala derecha con el movimiento de *Rifles*, cedían el terreno de aquel lado. La fuga se hizo entonces general.

El Libertador ocupó el campo de batalla, no para celebrar el triunfo de Bomboná, sino para lamentar la preciosa sangre que había costado. La noche impidió la persecución, y el estado lastimoso de las tropas la hizo imposible el día siguiente. La división de vanguardia, entre muertos y heridos, perdió dos tercios de su fuerza, y de éstos, casi todos los jefes. No fué menor el estrago hecho en las

---

respuesta y lo restituyó al mando de las fuerzas. Pedro León Torres ese día hizo prodigios de heroísmo. Mandaba el centro de las tropas republicanas. Allí cayó herido para morir poco después en plena juventud. Su hoja de servicios se compone de cuarenta acciones de guerra.

Venezuela perdió en Pedro León Torres á una de sus columnas. Era hombre robusto, bien apersonado, el carácter serio y conciliador, muy activo, muy bravo. En medio de tantos soldados insolentes y desmandados, contrastaba Pedro León Torres por su alta idea del deber y por su espíritu de disciplina.

A Bolívar le afectó la muerte de aquel valiente, que desaparecía á los treinta y dos años, lleno de prendas morales y apto para empresas de confianza.—*Con la muerte de Torres*—dijo—*hemos perdido á un compañero digno de nuestro amor; el Ejército, un soldado de gran mérito, y la república, uno de sus hombres de esperanza para el día de la paz.*

(NOTA DE R. B.-F., 1915.)

filas del batallón *Vencedor;* tan sólo la caballería quedó sin daño, porque la naturaleza del terreno no le permitió maniobrar. Los realistas tuvieron pocos muertos y heridos durante el combate, porque peleaban tras de trincheras; pero cuando comenzó la retirada, los cuerpos se dispersaron y el coronel García entró casi solo en Pasto.

El parte oficial, suscrito por el general Salom, quien desde el mes de Febrero era el jefe del Estado Mayor general libertador, da una idea exacta de esta gloriosa y sangrienta batalla. Dice así:

«En la mañana de ayer, nuestra descubierta á las órdenes del teniente coronel París, comandante del batallón *Bogotá*, recibió la orden de hacer un reconocimiento bajo las órdenes inmediatas del señor coronel Barreto, que se adelantó con un piquete de *Guías*, hasta medio tiro de fusil del centro de las posiciones enemigas que cubrían las alturas de Cariaco; pudo, en efecto, este intrepidísimo coronel reconocer en cuanto fué posible el flanco derecho del enemigo, que aunque estaba apoyado al gran volcán de Pasto, parecía ofrecer un acceso, aunque extremadamente dificultoso.

»El centro del enemigo estaba cubierto por un espeso bosque y por una barranca profundísima, la cual estaba coronada del todo de sus tropas.

»El flanco izquierdo parecía más accesible, y de ningún modo lo era.

»El enemigo en número de dos mil hombres,

compuestos de los batallones de *Aragón*, *Cataluña* y *Pasto*, ocupaban la posición más formidable que se puede concebir. Todo su frente se hallaba cubierto por una cañada, que no tenía más que un paso por un puente dominado casi perpendicularmente por todos los fuegos cruzados de su frente, y aun de sus flancos. Las riberas de esta escarpada cañada tenían abatidas de árboles inmensos. Los costados se apoyaban, el uno sobre el torrente impetuoso del Guáitara, que jamás permite vado, y el otro al pie de un volcán que es, por decirlo así, el antemural de Pasto, por la parte del Sudoeste.

»S. E. el Libertador, viendo sus bravas tropas animadas del heroico entusiasmo que las distingue, juzgó difícil, pero no imposible, batir á los defensores de Pasto, y, en consecuencia, ordenó el ataque en el orden siguiente: al señor general Valdés se le encargó la dirección del ataque del flanco izquierdo del enemigo con el batallón de *Rifles de la Guardia*, á las órdenes del señor coronel Sandes y guiado por el señor coronel Barreto, que había recorrido el terreno. El señor general Torres se encargó de atacar la derecha y centro de las posiciones enemigas con los batallones *Bogotá* y *Vargas* y el primero y segundo escuadrón de *Guías*. El batallón *Vencedor de Boyacá*, con los *Cazadores Montados* y *Húsares de La Guardia*, quedaron de reserva, bajo el fuego de la artillería enemiga.

»El señor general Torres no pudo penetrar de modo alguno nuestra derecha y se vió obligado, para efectuar su ataque, á caer sobre el terrible centro que cubría el enemigo con toda la artillería y fusileros. El ardor de este general lo llevó hasta

las abatidas (de árboles), sobre las cuales no pudo penetrar; allí nuestros esfuerzos fueron impotentes, y los fuegos del enemigo mortíferos. La metralla hacía estragos horrorosos en aquella impavidísima columna. Los fusileros enemigos dirigían sus fuegos con el acierto más funesto para nosotros.

»En media hora, el general, todos los jefes y oficiales, excepto seis, y una centena de hombres fueron muertos ó heridos, sin dar un paso atrás, y, por el contrario, rechazando valerosamente cuantas tentativas hizo el enemigo por completar su destrucción.

»El señor coronel Lucas Carvajal sucedió al señor general Torres, y fué igualmente herido (1).

»El teniente coronel graduado Luque tomó el

(1) Varios soldados con el nombre de Carvajal dió Venezuela á la guerra de independencia. La característica de los tres Carvajal más célebres fué el valor.

El primero, Francisco Carvajal, era un llanero de Maturín. Desde 1812 estuvo al lado de Bolívar, hasta que murió en la derrota de Aragua, el 18 de Agosto de 1814. Se le llamaba *El tigre encaramado*, porque se echaba con la ferocidad de un tigre contra los enemigos, las riendas en los dientes y en cada mano una lanza. De él quedan rasgos de bravura notables, aun en aquella época y entre aquellos hombres.

El segundo Carvajal venezolano, de renombre, fué Juan Carvajal, compañero del general Páez y uno de los héroes de Las Queseras. Hizo las campañas de Venezuela con Páez y con el Libertador. Con éste pasó los Andes en 1819, y se distinguió, junto con Rondón, á la cabeza de los húsares. Era un terrible cargador. Cuando el general Valdés, según las instrucciones de Bolívar, pretendió abrirse paso por Pasto para poner

mando del batallón *Bogotá* por la herida del comandante París y también fué herido haciendo esfuerzos gloriosos. El comandante de *Vargas*, teniente coronel García, que desde el principio de la acción tuvo una herida y tres contusiones, estuvo constantemente en el campo de batalla, mandando las reliquias de su valiente batallón, y aun se le veía sentado, con un fusil en la mano, batiéndose como un soldado.

»Mientras tanto, el señor general Valdés, pie á tierra, con la audacia y el talento militar que siempre lo han distinguido, trepaba por las faldas del volcán con el batallón de *Rifles*, por donde era realmente imposible. Las tropas, para subir, tenían que clavar las bayonetas para poderse apoyar y dar un paso adelante.

»Esta falda estaba defendida por tres compañías

---

al Libertador en contacto con las repúblicas del Sur, murió Carvajal en el extremo meridional de Colombia, en la derrota que infligieron los españoles á Valdés el 3 de Febrero de 1821.

El tercero, el más notable, propuesto por Sucre para general de brigada por su comportamiento en Ayacucho, fué Lucas Carvajal. Desde Niquitao y los Horcones y Taguanes, en 1813, acompañó al Libertador hasta Junín y Ayacucho. Estuvo en Carabobo y en Boyacá. Entró en la ciudad de La Paz, en Bolivia, el 8 de Febrero de 1825 con el general Sucre. Lo asesinaron en Casanare el año de 1830.

Fué él quien sustituyó al general Pedro León Torres en el mando de la división del centro durante la batalla de Bomboná, para caer también herido, como Torres, al frente de aquella división.

(Nota de R. B.-F., 1915.)

selectas del batallón *Aragón*; pero nuestros *Rifles*, que fueron en este día superiores á sí mismos, sin disparar un tiro, llegando á la bayoneta, dispersaron, mataron ó hirieron estas tres compañías, que, á culatazos, pudieran defenderse.

»La primera y segunda de *Rifles*, á las órdenes de sus bravos capitanes, tenientes coroneles graduados Ramírez y Wright, lograron, al fin, coronar la cima de la posición enemiga, mientras el resto del batallón, por la dificultad del terreno, con más lentitud seguía el mismo movimiento.

»En fin, después de tres horas de combate, el enemigo se encontró flanqueado y aun cortado, y la acción decidida por nuestras tropas; desgraciadamente, era de noche, y no se podían conocer los enemigos ó amigos: así, la obscuridad salvó de una destrucción total las tropas enemigas.

»Al ver S. E., aunque muy confusamente, que el enemigo estaba cortado, mandó, media hora antes de la noche, al bravo batallón *Vencedor*, á las órdenes de su benemérito comandante, teniente coronel Pulido, que tomase á la bayoneta las trincheras y los parapetos del enemigo, que defendían con su artillería y fusileros, para impedir que todas las fuerzas contrarias cargasen sobre el batallón de *Rifles*, como se logró, en efecto, esta diversión, pero á costa de ochenta hombres que perdimos en menos de veinte minutos, habiendo quedado gravemente herido el bravo capitán graduado, teniente coronel Manuel Morillo. El batallón *Rifles*, más dichoso que los otros, apenas tuvo cincuenta y cinco muertos y heridos; entre los primeros debemos hacer una particular mención del capitán Featherstontaugh,

que, sable en mano, se abría paso entre los enemigos, y recibió la muerte de un bayonetazo.

»La pérdida del enemigo, según su propia confesión, pasa de doscientos cincuenta hombres entre muertos y heridos, prisioneros y dispersos, no debiendo extrañarse esta desproporción, porque, combatiendo perfectamente á cubierto, nos era casi imposible hacerle estragos por nuestra parte.

»Nosotros quedamos dueños del campo de batalla, de sus piezas de artillería, de todos sus despojos, de algunos prisioneros y de la mayor parte de sus heridos; pero, sin la noche, todo este cuerpo debió haber quedado en nuestro poder, pues el mismo comandante García no pudo retirarse sino á la cabeza de sesenta hombres, en medio de las tinieblas y chocando á cada instante con nuestras avanzadas, que no podían moverse porque estaban rodeados de precipicios que no conocían, por haber ocupado aquel terreno durante la obscuridad.

»A los talentos y virtudes militares del señor general Valdés debe la República esta victoria, como también al invencible batallón *Rifles* y á los señores coroneles Barreto y Sandes y tenientes coroneles graduados Ramirez y Wright.

»El señor general Torres, que fué gravemente herido á la cabeza de su columna, merece un elogio más particular por su rara intrepidez, y no merecen menos este mismo elogio los batallones *Bogotá* y *Vargas*, de los cuales se puede decir que fué fácil destruirlos, pero imposible vencerlos; sus comandantes, París y García, son dignos de una particular recomendación; igualmente el jefe de Estado Mayor, teniente coronel Murgueytio, los mayores

Galindo y Valencia y el capitán graduado de teniente coronel Vicente Micolta, y el capitán Joaquín Barrera, todos heridos, aunque levemente.

»S. E. el Libertador ha confesado altamente que el dolor de ver tan bravos soldados heridos en el campo no ha podido aliviarlo sino la satisfacción de haber visto su *Guardia*, no sólo sostener su brillante reputación, sino superarla con mucho, combatiendo con más valor que nunca.

»En el campo de batalla mismo ha dado los siguientes ascensos: al señor general de brigada don Manuel Valdés, á general de división; al señor general de brigada Torres, á general de división; al señor coronel Barreto, á general de brigada; al señor comandante Sandes, á coronel vivo y efectivo; á los comandantes de *Bogotá* y *Vargas*, al grado de coroneles, y el mismo grado al teniente coronel Pedro Murgueytio; al abanderado de *Rifles* y al sargento primero del mismo cuerpo, Feliciano Martínez, á subtenientes del mismo batallón. Estos últimos tuvieron una conducta muy distinguida, y aún más el capitán de la primera, teniente coronel Carlos Ramírez.

»Los escuadrones de *Guías*, á las órdenes del teniente coronel Calderón, sufrieron torrentes de fuego con una alegría imperturbable, y los comandantes de *Húsares* Laurencio Silva y de *Cazadores montados* Juan José Flores, no pudiendo participar, por la imposibilidad del terreno, con sus escuadrones de la gloria del peligro, ardían por volar con sus caballos por sobre las rocas escarpadas de Cariaco.

»S. E., en fin, se considera deudor á *La Guardia*

de una victoria gloriosa, que ofrece á los anales militares de Colombia.»

II.—Capitulación de las tropas españolas y rendición de Pasto.

El Libertador, no queriendo dejar sus heridos á la merced del enjambre de crueles montoneros armados que acechaban la retaguardia del ejército, no pudo perseguir á García, ni aprovecharse de la victoria; y era tal la obstinación de los pastusos, que no se conseguía un solo guía entre ellos. Falto de víveres y rodeado de mil dificultades, el Libertador, después de pasar algunos días en el pueblo de Consacá, resolvió repasar el Juanambú y esperar en las poblaciones contiguas de Patía los refuerzos que había pedido á Popayán. La situación del ejército era desconsoladora en extremo; no porque temiese al enemigo, incapaz de medirse con él en campo raso, sino porque el clima mortífero en que acampaba y la absoluta escasez de víveres le amenazaban con una completa destrucción; pero no se desalentaba, tanta era su confianza en el jefe que lo mandaba. Mientras más crecían las dificultades, mayor era el poder de su genio, y aunque su salud estaba tan quebrantada con las fatigas de la campaña y los

miasmas envenenados del valle de Patía, que después de la batalla de Bomboná fué necesario llevarle en litera hasta el Peñol, sus facultades mentales conservaban todo su vigor en medio de tantos sufrimientos y contrariedades.

Desde el mismo campo de Bomboná envió al general Barreto y al coronel Juan Paz del Castillo por refuerzos á Popayán. Les escoltaba un escuadrón de caballería y una compañía del batallón *Bogotá,* y con todo, tuvieron que combatir á cada paso con las guerrillas que les obstruían el tránsito, y á duras penas consiguieron llegar al lugar de su destino. El 26 de Mayo, después de recibir en el pueblo del Trapiche los refuerzos que se esperaban, el ejército colombiano emprendió de nuevo la ofensiva, bajo los auspicios del reciente triunfo.

El Libertador había escrito antes al jefe realista, ofreciéndole una honrosa capitulación, que éste dijo estar dispuesto á aceptar, si obtenía primero el consentimiento del presidente de Quito, á lo que no asintió el Libertador, sabiendo que García sólo quería ganar tiempo para reorganizar su ejército y obtener noticias de Quito, que sabía estaba amenazado por Sucre.

Bolívar, por su parte, esperaba también noticias de lo ocurrido en el Sur; pero compren-

día la necesidad de ocupar á Pasto, país de abundancia y formidable posición estratégica como base de operaciones.

Días antes de entablar las negociaciones que dieron por término la capitulación de aquella ciudad, había acaecido un incidente con motivo de una carta descortés que el coronel García dirigió al Libertador, la cual dió á conocer á ese jefe el carácter enérgico y digno del general republicano.

Extraño mucho—le decía éste—*que US. me pida los prisioneros del 7 y días posteriores, cuando US. no me ha mandado ninguno de los que ha tomado durante la campaña, á excepción de tres oficiales, entre los cuales dos estaban enfermos, y de consiguiente no eran prisioneros.*

Yo estoy cansado de las burlas de US. y desearía mucho que cesasen nuestras comunicaciones, si han de continuar con el estilo impropio de la presente. Yo creo merecer bien los dictados gloriosos que mi patria me ha dado, y nadie tiene derecho á privarme de ellos. Devuelvo á US. sus comunicaciones para que las envíe con el tratamiento que me corresponde, ó las guarde para siempre.

En cuanto á las noticias que US. me comunica, las tengo en el mismo grado de veracidad que mereció la que US. me comunicó el 8 en Cariaco, de que había perdido la batalla sin perder

un hombre. El señor general Mires seguirá la suerte que US. guste, y el señor general Torres será tratado como quiera US. hacerlo; pero más tiene que temer el partido español de mí que yo de él.

No accedió, pues, el Libertador á la condición puesta por el coronel García, que era ya innecesaria; la suerte de Quito se había decidido, y el presidente don Melchor Aymerich estaba prisionero. No poco trabajo costó al coronel García reducir á los tenaces pastusos á consentir en entrar en tratados con los independientes, y fué necesaria toda la influencía del obispo para hacer ceder la obstinación del pueblo.

Los comisionados españoles coroneles Pantaleón Fierro y Miguel Retamal, encargados de ajustar y firmar las bases de la capitulación, salieron de Pasto el 30 de Mayo, y encontraron al Libertador en Berruecos en marcha sobre aquella ciudad con el ejército. Nombró éste á los coroneles José Gabriel Pérez y Vicente González para tratar con aquéllos, y sin esperar la ratificación siguió, sin más escolta que sus edecanes, para la ciudad, que durante tantos años había resistido los ataques de Cundinamarca y Quito, y las fuerzas unidas de Colombia.

Al entregarse así al honor de los más obstinados enemigos de la república, abrigaba la

esperanza de disipar todo vestigio de desconfianza.

La capitulación que tuvo la generosidad de conceder á los habitantes de aquel distrito estaba bien calculada para tranquilizarlos, porque se les eximía de contribuciones y del servicio militar, y los funcionarios que desempeñaban destinos bajo el Gobierno español, retenían sus empleos.

Cuando los indios pastusos felicitaron á Bolívar por su llegada, él les demostró los grandes beneficios que les resultarían de la constitución de la república, y les aseguró su protección, diciéndoles en prueba de ello que pidiesen la merced que gustasen, que él se la concedería. Le contestaron que sólo deseaban continuar pagando el tributo. Tal es la fuerza del hábito, que aquellos indios se apegaban con ahinco á ese recuerdo de su servidumbre y rechazaban con horror y recelo el bien que se les ofrecía.

Ellos comprendían su posición social mejor que los representantes de Cúcuta.

El pago de seis á nueve pesos por los varones de diez y ocho á cincuenta años, les libraba de cualquier otro impuesto; ¿qué tenían ellos que hacer con aspiraciones políticas? Mejor hubiera sido instruirlos primero para hacerlos capaces de comprender la libertad.

El Libertador continuó su marcha hacia Quito y dejó á Pasto entregada á la buena fe de sus habitantes.

III. — Campaña del Ecuador: Pichincha.

El general Sucre, después del tratado de Babahoyo, se contrajo á organizar otro ejército en la provincia de Guayaquil. Los mismos motivos que impidieron al Libertador ir en persona á Guayaquil, impidieron por algún tiempo el envío de los cuerpos destinados á reforzar la división colombiana estacionada allí.

Abandonado á los escasos recursos que la Junta de gobierno le daba á su pesar, se vió Sucre en la necesidad de buscar auxiliares en otra parte. El batallón *Numancia*, que se había pasado á las filas republicanas cuando el general San Martín desembarcó en la costa al Norte de Lima, se componía de hijos de Colombia, que animados del amor patrio, desplegaron la bandera colombiana al incorporarse al ejército del Protector (1). El coman-

(1) El batallón *Numancia*, organizado en Venezuela y enviado al Sur, estaba compuesto, en casi su totalidad, de barineses y barquisimetanos. Su coronel, Tomás de Heres, era de Angostura, hoy Ciudad Bolívar. Al *Numancia* se le consideraba como el mejor batallón

dante Tomás de Heres, venezolano, que desde 1814 había estado al servicio de los españoles, fué el principal autor del paso del batallón *Numancia* (1).

Sucre reclamó este batallón; pero San Martín, por motivos de conveniencia, prefirió despachar la división que estaba situada en Piura, compuesta de dos cuerpos de infantería y dos escuadrones de caballería recientemente organizados, en todo 1.100 hombres, á las órdenes del coronel Andrés de Santa Cruz. Habiéndose movido este cuerpo de Piura, al mismo tiempo que Sucre salía de Guayaquil con los batallones *Albión*, *Paya* y *Yaguachi* y un escuadrón de dragones, se reunieron en Saraguru, en la provincia de Loja, el 19 de Febrero, y ambos marcharon contra Cuenca, que fué ocupada sin resistencia el 21.

De conformidad con las instrucciones que había recibido del Libertador, Sucre marchó

---

realista del Perú. El general San Martín y los patriotas de Lima hicieron lo indecible para que esta tropa americana abandonase á los realistas. Pueden conocerse detalles de las intrigas patrióticas, para que el *Numancia* abandonase las banderas del Rey, en la *Historia del Perú independiente*, por Paz Soldán.—(NOTA DE R. B-F., 1915.)

(1) Véanse los documentos relativos á este paso en el tomo V, páginas 316 á 348, de la *Correspondencia de Heres*, de las *Memorias del general O'Leary*.—(NOTA DEL T.)

sobre Quito á principios de Abril. El 14 venció el principal obstáculo, franqueando la cordillera del Azuay, y concentró de seguida sus fuerzas en Alausi. El 21 fué ocupada Ríobamba, después de una carga brillante de caballería, en la que compitieron en bizarría y destreza los *Granaderos del Río de La Plata* y los *Dragones de Colombia,* al pie del estupendo Chimborazo.

En La Tacunga recibió Sucre el refuerzo de los restos de un cuerpo, que salió con 800 hombres de Panamá en el mes de Marzo, y que en la marcha de Guayaquil hasta el cuartel general, tuvo de bajas las dos terceras partes de su fuerza. Después de faldear el magnífico y terrible Cotopaxi, y de obligar al enemigo á abandonar la formidable posición de Jalupana, Sucre descendió al valle de Chillo y se presentó delante de Quito en la llanada de Jurubamba el 21 de Mayo.

Con otro hábil movimiento, envolvió el ala derecha de los realistas, y ascendió las alturas escarpadas del Pichincha, antes de amanecer el 24, para interponerse entre Quito y Pasto.

Este atrevido movimiento produjo otro imprudentísimo del jefe español, que, arrastrado por su valor ó desesperación, al comprender las intenciones del jefe colombiano, se precipitó á su encuentro. El resultado de la batalla fué la completa rota de los españoles y la con-

siguiente ocupación de la segunda ciudad del antiguo imperio de los Incas, la que por una singular coincidencia capituló el día aniversario de su subyugación por las armas de Pizarro.

Sucre describe con característica sencillez la gloriosa jornada que completó la libertad del territorio colombiano:

"Después de la pequeña victoria de nuestros *Granaderos* y *Dragones* sobre toda la caballería enemiga en Ríobamba, ninguna cosa había ocurrido particular. Los cuerpos de la división se movieron el 28, y llegaron á Tacunga el día 2. Los españoles estaban situados en el pueblo de Machachi, y cubrían los inaccesibles pasos de Jalupana y la Viudita. Fué necesario excusarlos haciendo una marcha sobre su flanco izquierdo, y moviéndonos el 13, llegamos el 17 á los valles de Chillo, cuatro leguas de la capital, habiendo dormido y pasado los helados del Cotopaxi. El enemigo pudo penetrar nuestra operación, y ocupó á Quito el mismo día 16 en la noche.

„La colina de Puengasi, que divide el valle de Chillo de esta ciudad, es de un difícil acceso; pero pudimos burlar los puestos del enemigo y pasarla el 20. El 21 bajamos al punto de Turubamba, que es el ejido de la capital, y presentamos una batalla, que creíamos aceptarían los españoles por la ventaja del terreno en su favor; pero ellos ocupaban posiciones impenetrables, y después de algunas maniobras fué preciso situar la división en el pue-

blo de Chillogallo, una milla distante del enemigo.

„El 22 y 23 los provocamos nuevamente á un combate, y desesperado de conseguirlo, resolví marchar por la noche á colocarnos en el ejido del Norte de la ciudad, que es mejor terreno y que nos ponía entre Quito y Pasto; adelantando, al efecto, al señor coronel Córdova con las dos compañías del batallón *Magdalena*.

„Un escabroso camino nos retardó mucho la marcha; pero á las ocho de la mañana llegamos á las alturas del Pichincha que dominan á Quito, dejando muy atrás nuestro parque cubierto con el batallón *Albión*.

„La compañía de cazadores de *Paya* fué destinada á reconocer las avenidas, mientras que las tropas reposaban, y luego fué seguida por el batallón de *Trujillo*, del Perú, dirigido por el señor coronel Santa Cruz, comandante general de la división del Perú.

„A las nueve y media dió la compañía de cazadores con toda la división española, que marchaba por nuestra derecha hacia la posición que teníamos; y roto el fuego, se sostuvo mientras conservó municiones; pero en oportunidad llegó el batallón *Trujillo*, y se comprometió el combate: muy inmediatamente, las dos compañías de *Yaguachi* reforzaron este batallón, conducido por el señor coronel Morales en persona. El resto de nuestra infantería, á las órdenes del señor general Mires, seguía el movimiento, excepto las dos compañías del *Magdalena* con que el señor coronel Córdoba marchó á situarse por la espalda del enemigo; pero encontrando obstáculos invencibles, tuvo que revolverse.

„El batallón *Paya* pudo estar formado cuando consumidos los cartuchos de estos dos cuerpos tuvieron que retirarse, no obstante su brillante comportamiento.

„El enemigo se adelantó, por consiguiente, algún poco; y como el terreno apenas permitiese entrar más de un batallón al combate, se dió orden á *Paya* que marchase á bayoneta, y lo ejecutó con un brío que hizo perder al enemigo en el acto la ventaja que había obtenido; y comprometido nuevamente el fuego, la maleza del terreno permitió que los españoles aún se sostuviesen. El enemigo destacó tres compañías de *Aragón* á flanquearnos por la izquierda, y á favor de la espesura del bosque conseguía estar ya sobre la cima, cuando llegaron las tres compañías de *Albión*, que se habían atrasado con el parque, y entrando con la bizarría que siempre ha distinguido á este cuerpo, puso en completa derrota á los de *Aragón*.

„Entretanto, el señor coronel Córdova tuvo la orden de relevar á *Paya* con las dos compañías del *Magdalena;* y este jefe, cuya intrepidez es muy conocida, cargó con un denuedo admirable, y desordenado el enemigo y derrotado, la victoria coronó á las doce del día á los soldados de la libertad. Reforzado este jefe con los cazadores de *Paya*, con una compañía de *Yaguachi* y con las tres de *Albión*, persiguió á los españoles, entrándose hasta la capital y obligando á sus restos á encerrarse en el fuerte del Panecillo.

„Aprovechando este momento, pensé ahorrar la sangre que nos costaría la toma del fuerte y la defensa que permitía aún la ciudad, é intimé verbal-

mente al general Aymerich por medio del edecán O'Leary, para que se rindiese; y en tanto, me puse en marcha con los cuerpos y me situé en los arrabales, destinando antes al señor coronel Ibarra, que había acompañado en el combate á la infantería, que fuese con nuestra caballería á perseguir la del enemigo, que yo observaba se dirigía hacia Pasto. El general Aymerich ofreció entregarse por una capitulación, que fué convenida y ratificada al siguiente día en los términos que verá US. por la adjunta copia que tengo el honor de someter á la aprobación de S. E.

„Los resultados de la jornada de Pichincha han sido la ocupación de esta ciudad y sus fuertes el 25 por la tarde, la posesión y tranquilidad de todo el departamento y la toma de 1.100 prisioneros de tropa, 160 oficiales, 14 piezas de artillería, 1.700 fusiles, fornituras, cornetas, banderas, cajas de guerra, y cuantos elementos de guerra poseía el ejército español.

„Cuatrocientos cadáveres enemigos y doscientos nuestros han cubierto el campo de batalla; además tenemos 190 heridos de los españoles y 140 nuestros. De los primeros contamos al teniente Molina y al subteniente Mendoza, y entre los segundos á los capitanes Cabal, Castro y Alzuru, tenientes Calderón y Ramírez, subtenientes Borrego y Arango.

„Los cuerpos, todos, han cumplido su deber: jefes, oficiales y tropa se disputaban la gloria del triunfo. El boletín que dará el Estado Mayor recomendará á los jefes y subalternos que se hayan distinguido, y yo me haré el deber de ponerlos en la consideración del Gobierno; en tanto, hago una particular memo-

ria de la conducta del teniente Calderón, que habiendo recibido consecutivamente cuatro heridas, jamás quiso retirarse del combate. Probablemente morirá; pero el Gobierno de la república sabrá compensar á su familia de los servicios de este oficial heroico.

„La caballería española va dispersa y perseguida por el cuerpo del comandante Cestari, que antes había yo interpuesto entre Quito y Pasto. El 26 han salido comisionados de ambos Gobiernos para intimar la rendición á Pasto, que creo será realizada por el Libertador; otros oficiales marchan para Esmeraldas y Barbacoas; de manera que, en breve, el reposo y la paz serán los primeros bienes que gozarán estos países, después que la república les ha dado independencia y libertad.

„La división del Sur ha dedicado sus trofeos y sus laureles al Libertador de Colombia."

Grande fué el contraste que presentaron los habitantes de Quito y Pasto en el curso de esta campaña; aquéllos odiaban tanto á los realistas como éstos á los colombianos. Las guerrillas de Quito eran tan numerosas y cometian los mismos desafueros y hostilidades contra los españoles que las de Pasto y Patía contra los republicanos.

Los quiteños estuvieron en constante comunicación con Sucre durante su marcha; suministráronle víveres, caballos y todo lo necesario para mantener el ejército y asegurar la victoria. Los pastusos, al contrario, rehusaron

someterse, aun después que su general y los veteranos de *Aragón* y *Cataluña* lo habían hecho, y si al fin cedieron, fué, como ya dije, debido al influjo que sobre ellos había adquirido el obispo de Popayán, en los tristes días de devastación y crimen.

Antes de salir de Pasto, donde tuvo noticia del triunfo de Pichincha, el Libertador anunció á la república el éxito feliz de la campaña del Sur en esta proclama:

"¡Colombianos! Ya toda vuestra hermosa patria es libre. Las victorias de Bomboná y Pichincha han completado la obra de vuestro heroísmo. Desde las riberas del Orinoco hasta los Andes del Perú, el ejército libertador, marchando en triunfo, ha cubierto con sus armas protectoras toda la extensión de Colombia. Una sola plaza resiste, pero caerá.

„¡Colombianos del Sur! ¡La sangre de vuestros hermanos os ha redimido de los horrores de la guerra! Ella os ha abierto la entrada al goce de los más sagrados derechos de libertad y de igualdad. Las leyes colombianas consagran la alianza de las prerrogativas sociales con los fueros de la Naturaleza. La Constitución de Colombia es el modelo de un Gobierno representativo, republicano y fuerte. No esperéis encontrar otro mejor en las instituciones políticas del mundo, sino cuando él mismo alcance su perfección. Regocijaos de pertenecer á una gran familia que ya reposa á la sombra de los bosques de laureles y que nada puede desear sino ver acelerar la marcha del tiempo, para que desarrolle

los principios eternos del bien que encierran nuestras leyes.

„Colombianos: Participad del océano de gozo que inunda mi corazón y elevad, en los vuestros, altares al ejército libertador, que os ha dado gloria, paz y libertad."

IV.—Bolívar en Quito.—La cuestión de Guayaquil.

Al pasar el Guáitara se entra en la provincia de los Pastos, una de las planicies más elevadas del globo, encerrada entre dos ramales de la cordillera de los Andes.

Bolívar, verdadero amante de la Naturaleza, se encantó con su viaje á Quito, contemplando las elevadas cimas del Yana Urca, Cotacache, Imbabura y Pichincha, cubiertas de nieve perpetua, á pesar de estar situadas bajo la línea equinoccial. Los pintorescos valles de Ibarra y Otabalo le deleitaron tanto como le entristecieron, al recordar que el lamentable estado de su país natal le había compelido á cambiar las dulces y útiles tareas del filósofo por los arduos deberes y la azarosa vida del soldado.

En esta bella porción de Colombia se goza de todos los climas, y en el espacio de pocas leguas se producen con abundancia los frutos

más preciados de distintas zonas. En ninguna otra provincia ha sido la Naturaleza más pródiga en sus dones que en la de Quito.

El 16 de Junio entró el Libertador en la ciudad de este nombre, y fué en ella recibido como era de esperarse del entusiasmo de sus habitantes por la causa de la independencia. Los transportes de su alegría sólo pueden compararse á su gratitud al héroe que ellos veían por la primera vez y á quien Colombia debía su existencia política y Quito su libertad.

Cuando el general Sucre ocupó la ciudad después de la capitulación invitó á las diferentes corporaciones y á los principales vecinos á que declarasen por un acto solemne la unión de las provincias que constituían la antigua presidencia de Quito á la República de Colombia, como la más acepta recompensa que podían acordar al Libertador por sus servicios, y el más cumplido parabién que podían darle á su llegada.

Enajenados de gozo los quiteños al verse libres del despotismo español, no obstante hallarse todavía entre ellos los más celosos agentes realistas, aunque humillados y sometidos, acaso con más entusiasmo que reflexión y prudencia, sellaron definitivamente su suerte política, anexando sus provincias al territorio de la república el día 29 de Mayo.

La utilidad de la medida era cuestionable, porque nada tenían de común los naturales de Quito con los de las secciones del Norte. Sus hábitos, inclinaciones, gustos, todo era diferente, y hasta la lengua de los indígenas era distinta, pues éstos habían conservado la de Atahualpa. La Naturaleza misma parecía haber señalado el Guáitara y el Juanambú como parajes propios para asiento de su dios Término. Acaso creyó el pueblo de Quito inútil oponerse á la unión; acaso recordaron las atrocidades cometidas por las tropas peruanas en tiempo del conde Ruiz de Castilla, atrocidades que los habían alejado del Perú, ó tal vez, convencidos de la necesidad de unir su suerte á una de las poderosas repúblicas limítrofes, prefirieron la que llevaba el romántico nombre de Colón y poseía las glorias de Bolívar.

Hay motivos para creer que la reputación del Libertador pudo mucho en las deliberaciones de los quiteños, y es cierto que tan sólo la adhesión á su persona pudo inducirles á conservar la unión con Colombia, luego que palparon la incompatibilidad de intereses. Demás de esta señalada prueba de deferencia hacia el fundador de la república, la asamblea popular acordó distinciones de honor á él y á sus compañeros de armas.

Se ordenó la erección de una pirámide en

el campo de Pichincha con esta inscripción: *Los hijos del Ecuador á Simón Bolivar, el ángel de la paz y de la libertad colombiana.*

Se decretaron medallas á los oficiales y soldados y se instituyó una fiesta cívica en recuerdo de tan fausto suceso. El entusiasmo no da lugar á la reflexión, y los quiteños olvidaron que sus recursos no estaban de acuerdo con su munificencia. Pichincha, hasta hoy, no ostenta otro monumento que su extinguido volcán cubierto de nieves eternas.

Aunque vencidos los españoles y libres las provincias del Sur de realistas, no por eso había completado el Libertador su tarea.

Todavía Guayaquil se resistía á reconocer el Gobierno de la república, y las noticias que se recibían presentaban la capital de aquella provincia en gran fermento, producido por el desenfreno del espíritu de partido. La posesión de mando y la ambición de conservarlo, pasión muy natural en el hombre, impelieron á la Junta de gobierno á decidirse en favor de la independencia de la provincia y á robustecer y promover esta idea en toda ella.

El partido que sostenía su independencia se componía casi exclusivamente de hombres ricos, de respetabilidad y de militares; pero los miembros de la Junta carecían de las dotes necesarias en tiempos de perturbación y de discordia civil, para dar cima á un gran

proyecto, ó dirigir una revolución. Olmedo, su presidente, era un hombre excelente, pero al mismo tiempo el menos calculado para ese puesto en aquellas circunstancias.

Habiendo nacido en una comarca que por su situación, belleza y fertilidad es la envidia de las regiones que baña el mar del Sur, ponía Olmedo todas sus complacencias en su tierra natal y en el río que la hermosea. Filósofo sin pretensiones, prefería estudiar el mundo en su gabinete mas bien que en el tumulto de la sociedad. Como poeta, menos ambicionaba gobernar su país que celebrarle en sus versos. Los acontecimientos políticos que ocurrieron después le sacaron de su retiro y sus paisanos le hicieron la honra de confiarle las riendas del gobierno. Como hijo de Guayaquil, la idea de la independencia halagaba tal vez su patriotismo. Educado en Lima, el suave y afeminado caracter de los peruanos, no desemejante del suyo propio, y los recuerdos de su primera juventud, le ligaban al Perú. Como americano, admiraba el valor y constancia que desplegaron en la guerra de independencia los soldados de Colombia; y en su amor á las bellezas de la Naturaleza, gozábase en admirar desde las risueñas márgenes del Guayas el estupendo Chimborazo, que alza la nevada frente allá en las nubes sin que el distante espectador acierte á distinguir si es cosa del

cielo ó de la tierra. El genio, aún más sublime, de Bolívar, ganó su respeto y veneración. Mas estos eran sentimientos que profesaba como poeta y como americano y no vínculos que le ligasen á la república de Colombia.

Si hubiera nacido en las márgenes del Plata ó del Maule, habría tenido quizás las mismas ideas. Por tales razones, Olmedo, en caso de no ver establecida la independencia de su propio país, habría preferido su unión al Perú.

El temperamento de Roca, otro miembro de la Junta, era menos impasible que el del presidente. Olmedo no amaba á Colombia; Roca la odiaba. Toda su familia tenía grande influencia entre la gente de color, á la que pertenecía; pero como eran seis hermanos, y dos abogaban por la independencia, dos por el Perú y dos por Colombia, el influjo de don Francisco estaba contrapesado por el de sus hermanos. Ximena, el tercer vocal de la Junta y el de menos influencia, más notable por sus modales cultos que por su talento, se inclinaba al Perú, pero mucho más á la independencia.

Esta república tenía, indudablemente, algún derecho á la provincia en disputa. En otro tiempo perteneció al virreinato del Perú, y aun después de haber sido cedida á la Nueva Granada, de la cual se le declaró parte integrante, siempre estuvo subordinada á aquél en lo eclesiástico y militar.

Además, aunque los principales autores de la revolución, á que debía Guayaquil su independencia, eran colombianos, fué con el auxilio de tropas peruanas que la efectuaron.

Por otra parte, como los Estados de la América del Sur, por tácito consentimiento, reconocieron al declararse independientes las demarcaciones territoriales del sistema español en 1809, Colombia, de conformidad con esa declaración, reclamaba jurisdicción sobre Guayaquil.

El Protector del Perú, aunque conocía la grande importancia de esta provincia, que entre otras ventajas tiene la de poseer el único astillero en aquella costa del Pacífico, no estaba en posición para entrar en disputas con Colombia sobre su ley fundamental, y menos aún con la sólida autoridad del Libertador, quien no hacía secreto de estar resuelto á sostenerla.

Empero lo que no se atrevia San Martín á tentar por las armas, trató de conseguirlo por medio de intrigas. Con varios pretextos envió oficiales de su ejército á Guayaquil, y procuró siempre tener allí agentes activos que adelantasen sus miras. Entre otros, descollaba el general Salazar, que vivía con el boato de un embajador y se distinguía por su generosidad.

La juventud de Guayaquil, irreflexiva, como en todas partes, deslumbrada con la vis-

tosa apariencia de los oficiales peruanos, que hacía contraste con los modales bruscos y el exterior un tanto extravagante de los veteranos colombianos, que solían pasar por aquella ciudad desde el campo de Carabobo camino al de Pichincha, se hizo partidaria decidida de San Martín.

El general La Mar, colombiano de nacimiento, que se había granjeado cierta reputación al servicio de España, y que recientemente, según sus mismas palabras, *había abandonado las filas realistas para incorporarse al ejército peruano, con más alto grado*, ansioso de probar su gratitud al Protector, sostenía las pretensiones de éste, aunque no con el éxito que era de esperarse del influjo de su familia, establecida en Guayaquil, y de su propia popularidad en el lugar. Sus deudos, como los de Roca, estaban divididos en opiniones, y su influencia, por lo mismo, neutralizada.

Numéricamente, acaso era más débil el partido de Colombia; pero suplían el número una constancia y una actividad iguales á la importancia del premio que se disputaba, y alentábalos, además, en sus esfuerzos la proximidad del Libertador.

Desde que se recibió en Guayaquil la noticia del triunfo de Pichincha, las pasiones políticas se enardecieron y la situación llegó á

ser, en verdad, peligrosa. Los independientes y los peruanos creyeron oportuno el momento de adoptar medidas decisivas, y urgieron á la Junta de gobierno á defender la ciudad.

Los partidarios de Colombia, por el contrario, aconsejaron que la Junta convocase el colegio electoral y declarase la unión con Colombia antes de la llegada del Libertador. La Junta vaciló, y quedaron burladas las esperanzas de todos los partidos. En tanto, la ciudad se hallaba casi en anarquía.

Por medio de pasquines y por la Prensa se desfogaban los partidarios de uno y otro bando. Una esperanza les quedaba aún á los que sostenían la independencia: el cuerpo que Santa Cruz había llevado á la campaña tenía órdenes de regresar á Guayaquil, á embarcarse para el Perú en la escuadra del almirante Blanco, que con este objeto había llegado al puerto, pero no antes de apoyar el pronunciamiento en favor del Perú que se tenía preparado.

Habiendo previsto el Libertador que tal cosa pudiera suceder, al entrar á Quito despachó al general Salom con parte de la división de Sucre, á ocupar á Guayaquil, y detuvo á Santa Cruz por algunos días. Esta medida desconcertó á los enemigos de Colombia, y sólo la Junta conservó esperanzas de

salvar la independencia de la provincia del peligro que, según ellos, la amenazaba.

Entretanto, y mientras Salom marchaba sobre Guayaquil, el Libertador daba pruebas á los quiteños del interés que tomaba en su prosperidad.

La provincia de Quito, á pesar de su extensa costa y de los puertos seguros que en ella abundan, por la falta de caminos dependía exclusivamente de Guayaquil para su comercio y relaciones con otros países. Maldonado, á quien su ciudad natal debe tantos beneficios, proyectó abrir un camino, más bien una vereda, al través de los Andes hasta la costa de Esmeraldas. El Libertador prohijó el proyecto de aquel insigne patriota y concedió exenciones de impuestos en favor de los que edificasen casas ó estableciesen plantaciones en el camino y sus inmediaciones; disminuyó los derechos de importación sobre los efectos traídos por el puerto de Esmeraldas, que habilitó por el tráfico, é hizo otras concesiones favorables á la empresa.

Con sus maneras insinuantes y atractivas granjeóse Bolívar el afecto de todos los habitantes de Quito. Hospitalario y de fácil acceso á todos ellos, formaba notable contraste con los gobernantes españoles.

V.—Bolívar en Guayaquil.

Su partida fué motivo de general sentimiento en la capital; en todas las poblaciones de la populosa provincia por donde pasó fué acogido con entusiastas aclamaciones. El Cotopaxi, Chimborazo y Tunguragua jamás habían visto ovación semejante.

El general La Mar salió hasta Guaranda al encuentro del Libertador, quien le recibió con su habitual y bondadosa galantería. En el camino recibía todos los días felicitaciones de Guayaquil, adonde llegó la tarde del 11 de Julio, casi al mismo tiempo en que desembarcaban las tropas que conducía el general Salom.

Reinaba en la ciudad la mayor confusión; individuos asalariados por los diferentes partidos políticos se esforzaban en expresar los sentimientos de los corifeos de quienes eran ciegos instrumentos. Los gritos de "¡Viva la independencia!" "¡Viva el Perú!" "¡Viva Colombia!" ensordecían el aire, y era tanto el gentío que se agolpaba en las calles, que con mucha dificultad pudo el Libertador llegar hasta la casa que se le tenía preparada, acompañado de los miembros de la Junta de gobierno y de las varias corporaciones, que le

recibieron bajo un magnífico arco triunfal, erigido en el punto donde desembarcó.

El síndico del Ayuntamiento le dió la bienvenida á nombre de sus conciudadanos, en un discurso que ofendió mucho á la Junta y á los partidarios de la independencia. Esta había preparado las cosas de manera que la recepción fuese digna y en apariencia cordial, mas sin comprometer la existencia política de la provincia con palabras que pudiesen inducir á su huésped, pues como tal consideraban al Libertador, á creer que las autoridades civiles apoyaban de alguna manera las pretensiones de Colombia.

La víspera de su entrada, el síndico del Ayuntamiento, señor Llona, al ser requerido, había leído á la Junta el discurso que, según decía, tenía preparado para el acto de la recepción del Libertador, discurso que mereció la aprobación de la Junta, porque expresaba sus verdaderos sentimientos. ¿Cuál no sería su desengaño y sorpresa al oir al mismo Llona al día siguiente, y en su presencia, dirigir la palabra al Libertador, diciéndole que *el genio del mal había desaparecido de ese suelo afortunado al contemplar al ángel de la paz, y que el pueblo acudía presuroso á levantar en triunfo la bella estatua de la libertad, que yacía ultrajada por aquellos* (señalando á los miembros de la Junta) *que, hechizados, han tolerado*

los gritos y aclamaciones de ¡Viva Guayaquil libre! *en el día de su mayor gloria. El pueblo, señor, lo repito, se gloría en manifestar á V. E. sus sentimientos como un testimonio público de su inalterable constancia y sus votos de amor ardiente á la libertad y á la patria?* (1).

La respuesta del Libertador á este discurso estuvo todavía más en desacuerdo con los sentimientos de la Junta y su partido, cuyos miembros presentes á la ceremonia se retiraron avergonzados y humillados. Como ninguno de ellos llevase distintivo ni señal alguna por donde se conociesen las funciones que desempeñaban, el Libertador no pudo hacer ninguna demostración personal á aquellos magistrados, lo que agravó el disgusto que les había causado aquel acto.

Advertido de ello, sin embargo, envió luego al punto el Libertador uno de sus edecanes á explicar su involuntario error al presidente. El edecán preguntó si daría las mismas explicaciones á los demás miembros de la Junta. *No*—respondió Bolívar—. *Es el genio de Olmedo, y no su empleo, lo que yo respeto.*

Al siguiente día le presentaron este memorial, que copio, suscripto por muchas personas respetables:

---

(1) Traducido de la versión inglesa.—(N. DEL T.)

«Hasta hoy hemos dado, ante toda la América, las pruebas más relevantes de nuestro amor por el orden, sosteniendo con todos nuestros esfuerzos al Gobierno constituído provisionalmente en el estatuto extraordinario que promulgaron nuestros representantes.

»V. E. ha oído el voto libre de esta capital, por su incorporación á la República de Colombia, en el Cabildo de 31 de Agosto de 1821, á que concurrió *invitado* el jefe de la división del Sur, según lo expresa el acta de aquel día. Sin embargo de cualquier protesta posterior del Cabildo, la opinión por la incorporación á la citada República se difundió con tanto tesón y energía que en nada contuvo en lo sucesivo al Cantón de Porto Viejo ni al batallón de *Libertadores* para que secundasen esta misma decisión.

»Los hechos han sido notorios; cualquier colorido que después se les haya dado ha sido efecto de reflexiones y opiniones particulares, que no deben entorpecer el giro en los grandes negocios de tendencia nacional.

»V. E., en fin, ha visto ayer la gloriosa entrada de S. E. el Libertador presidente, vitoreada por toda la capital, que proclamaba con entusiasmo á Guayaquil incorporado á Colombia. En este acto solemne y augusto no ha intervenido fraude ni artificio, porque el buen pueblo está suficientemente ilustrado en la materia de que tanto se le ha tratado en los papeles públicos.

»Tenemos, pues, la absoluta pluralidad de la provincia en favor de la agregación. Los demás pueblos son, en realidad, unos territorios de los

propietarios de la capital, como lo han dicho los impugnadores del manifiesto de Porto Viejo sobre su incorporación á Colombia. La clase notable y propietaria de la provincia está unánimemente decidida por la misma agregación. Consistiendo, pues, en estas voluntades la terminación de este negociado, urge apresurarlo con solemnidad en favor de la República. Si el voto de los representantes fuese contrario al de sus comitentes, se tendría por un acto de singular opinión; aguardarlo es inútil, porque dilata el cumplimiento que merece el plácito espontáneo y solemne de un pueblo que quiere eyes, reposo y felicidad.

»Nosotros, que reconocemos en V. E. uno de los representantes nuestros, le invitamos reverentemente para que finalice este interesante asunto, conforme á una decisión tan altamente pronunciada. V. E. es el iris de nuestra prosperidad, y nunca empleará más debidamente sus altas atribuciones que contrayéndolas á sostener y fomentar el bien suspirado de esta provincia leal y pacífica.

Tenga V. E. presente que desde el primer Congreso electoral se conoció la uniformidad de nuestros intereses con los de Colombia, y nuestros representantes, conducidos entonces por el verdadero bien de nuestra sociedad, dispusieron en el artículo 15 del Estatuto que nuestra ordenanza mercantil fuese, en lo posible, la de Cartagena. Hoy, cuando vemos en todos ramos legislada la República del modo más sabio y conforme á la dignidad de un pueblo libre, nos apresuramos á buscar en ella estos bienes de paz y de felicidad, que jamás po-

dremos conseguir en nuestra pequeña extensión por solos nuestros esfuerzos.

»Queremos tener libertad respetada, seguridad inviolable y propiedad sin turbaciones, para ser considerados nacionalmente y ponernos en actitud de unir nuestros recursos á los de los pueblos todavía tiranizados, y, conduciéndolos al goce de sus derechos, finalizar la obstinada contienda con los peninsulares.

»Y exigimos que si en el mismo acto de presentar á V. E. nuestros votos no fuesen elevados por el mismo conducto de nuestro síndico al conocimiento de S. E. el Presidente de la República de Colombia, lo haga por sí mismo, con la protesta correspondiente.»

Pero ya la unión que se solicitaba se había efectuado de hecho, porque desde que el Libertador pisó el suelo de Guayaquil, la Junta, que nunca había inspirado mucho respeto, se había desvanecido como una sombra. Todavía flameaba, sin embargo, la bandera que se había adoptado cuando la provincia proclamó su independencia, y sus tropas llevaban aún la misma escarapela.

El Libertador, á pesar de su firme determinación de no apoyar ninguna decisión que alterase la ley fundamental de la República, deseaba dar un colorido popular al acto, más por deferencia á los individuos que por motivos de conciencia sostenían la independen-

çia, que por respeto á las formas que él despreciaba.

Y fué con este propósito que contuvo las tentativas que se hicieron aquel día para proclamar la República por el partido que había estado sufriendo la preponderancia de la Junta, el cual deseaba ahora vengarse y hacer alarde de su poder con actos de violencia. Su proclama á los habitantes de Guayaquil fué un golpe mortal á la Junta y á sus partidarios:

«¡Guayaquileños! Terminada la guerra de Colombia, ha sido mi primer deseo completar la obra del Congreso, poniendo las provincias del Sur bajo el escudo de la libertad y de las leyes de Colombia. El ejército libertador no ha dejado á su espalda un pueblo que no se halle bajo la custodia de la constitución y de las armas de la República. Sólo vosotros os veíais reducidos á la situación más falsa, más ambigua, más absurda para la política como para la guerra. Vuestra posición era un fenómeno, que estaba amenazando la anarquía; pero yo he venido, guayaquileños, á traeros el arca de salvación. Colombia os ofrece, por mi boca, justicia y orden, paz y gloria.

»¡Guayaquileños! Vosotros sois colombianos de corazón, porque todos vuestros votos y vuestros clamores han sido por Colombia, y porque de tiempo inmemorial habéis pertenecido al territorio que hoy tiene la dicha de llevar el nombre del padre del Nuevo Mundo; mas yo quiero consultaros, para

que no se diga que hay un colombiano que no ame su patria y leyes.»

Convocó la Junta, en consecuencia, el colegio electoral, para llenar las formas de un acto preconcebido, prejuzgado y de antemano decidido. Entretanto, ocurrían en la ciudad disturbios frecuentes entre los partidos. El día 13, una turba, compuesta de individuos adictos á los partidarios de Colombia, arrió la bandera de Guayaquil del asta en que estaba colocada, frente á la casa del Libertador, é izó en su lugar la tricolor de la República, la que fué vitoreada por la multitud y saludada por los buques anclados en el río.

Y aconteció que esto pasaba á tiempo que los miembros de la Junta, que acababan de tener una conferencia con el Libertador, salían de su casa, y al oir los gritos descompasados de la muchedumbre, temiendo las peores consecuencias y creyendo, sin razón, que los amotinados estaban apoyados por los amigos de aquél y prontos á cometer violencias de toda especie, huyeron y se refugiaron en una casa vecina.

Al saber lo que pasaba mandó el Libertador reponer la bandera de Guayaquil, y aseguró á Olmedo que él desaprobaba, en todo, la ocurrencia que le había causado tanta alarma. Sin embargo, la bandera de Guayaquil flotó al viento por la vez postrera.

Deseando poner fin á este estado de anarquía y escandalosa confusión, se encargó desde aquel instante del mando civil y militar de la provincia, y lo participó á la Junta, añad endo que esta medida en nada coartaba la libertad del pueblo para emitir sus opiniones, tocante á su futuro bienestar, por medio de sus representantes. Así terminaron, por el momento, los disturbios de Guayaquil.

FIN

ÍNDICE

Páginas

LA FUNDACIÓN DE COLOMBIA

(1819)

ESPAÑA INICIA NEGOCIACIONES CON LOS AMERICANOS

(1820)

LA REGULARIZACIÓN DE LA GUERRA

(1820)

COLOMBIA Y ESPAÑA

(1821)

CARABOBO

(1821)

DESPUÉS DE CARABOBO

(1821)

HACIA EL ECUADOR

(1822)

ECUADOR EMANCIPADO

(1822)

IX.—JOSÉ M. RAMOS MEJÍA: *Rosas y el Doctor Francia. (Estudios psiquiátricos.)*
Presidente del Consejo Nacional de Educación en la República Argentina.
Precio: 3,50 pesetas.

X.—PEDRO M. ARCAYA: *Estudios de Sociología venezolana.*
Miembro de la Academia de la Historia, de Venezuela, y Ministro de Relaciones Interiores.
Precio: 4 pesetas.

XI-XII.—J. D. MONSALVE: *El ideal político del Libertador Símón Bolívar.*
Miembro de número de la Academia de la Historia, de Colombia.
Dos gruesos vols. á 4,75 cada uno.

XIII.—FERNANDO ORTÍZ: *Los negros brujos. (Apuntes para un estudio de Etnología criminal.)*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.
Precio: 4,50 pesetas.

XIVf—JOSÉ NICOLÁS MATIENZO: *El Gobierno representativo federal en la República Argentina.* - Precio: 5 pesetas.
Proesor en las Universidades de Buenos Aires y la Plata.

XV.—EUGENIO MARÍA DE HOSTOS: *Moral Social.*
Profesor de Sociología en la República Dominicana y de Derecho Constitucional en la Universidad de Santiago de Chile.
Precio: 4 pesetas.

XVI-XVII.—J. V. LASTARRIA: *La América.*
Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en las Repúblicas del Plata y en Brasil, etc.
Precio: 8 pesetas los dos volúmenes.

XVIII.—CECILIO ACOSTA: *Estudios de Derecho internacional.*
Miembro de la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, de Caracas.
Precio: 3,50 pesetas.

XIX.—WILLIAM R. SHEPHERD: *La América Latina.*
Profesor de Historia en la Universidad de Columbia (E. U.)
Traducción directa del inglés, por R. Blanco-Fombona.
Precio: 3,50 pesetas.

XX.—EMILIO RABASA: *La organización política de México. (La Constitución y la Dictadura.)*
Ex senador del Congreso Federal de México.
Precio: 4,50 pesetas.

XXI.—Alejandro Alvarez: *El derecho internacional del porvenir.*
Secretario general del Instituto americano de derecho internacional.
Precio: 3,50 pesetas.

XXII.—José Ingenieros: *Ciencia y Filosofía. (Seis ensayos.)*
Profesor en la Universidad Buenos Aires.
Precio: 3,50 pesetas.

XXIII.—Carlos Pereyra: *La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática.*
Antiguo profesor de Sociología en la Universidad de México y miembro del Tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.

XXIV.—Daniel Mendoza: *El Llanero. (Estudio de sociología venezolana.)*
Abogado venezolano.

XXV. — Agustín Codazzi: *I. Las costas de Sur-América. II.—Los yacimientos de Yuruary.—III. Las grandes cuencas hidrográficas de Venezuela.—IV. Los volcanes.*
Director de la Academia de Matemáticas de Caracas.
Precio: 3,25 pesetas.

XXVI.—José Gil Fortoul: *Filosofía constitucional.*
Profesor de Ciencias políticas.
Precio: 4 pesetas.

XXVII.—Francisco García Calderón: *Ideas é impresiones.*
Precio: 3,50 pesetas.

BIBLIOTECA DE HISTORIA COLONIAL DE AMÉRICA

MAESTRE JUAN DE OCAMPO: *La Gran Florida* (descubrimiento).

F. SALCEDO Y ORDÓÑEZ: *Los chiapas* (Ríos de la Plata Paraguay).

DIEGO ALBÉNIZ DE LA CERRADA: *Los desiertos de Achaguas* (Llanos de Venezuela).

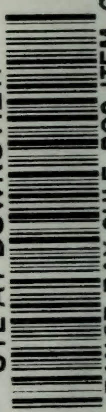
MAESTRE JUAN DE OCAMPO: *Los caciques heroicos Paramaiboa, Guaicaipuro, Yaracuy.*

FRAY NEMESIO DE LA CONCEPCIÓN ZAPATA: *Los caciques heroicos: Nicaroguán.*

MAESTRE JUAN DE OCAMPO: *Nueva Umbría: Conquista y Colonización de este reino en 1518.*

MATEO MONTALVO DE JARAMA: *Misiones de Rosa Blanca y San Juan de las Galdonas (1656)*

3,50 cada vol.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 30 27 12 015 5